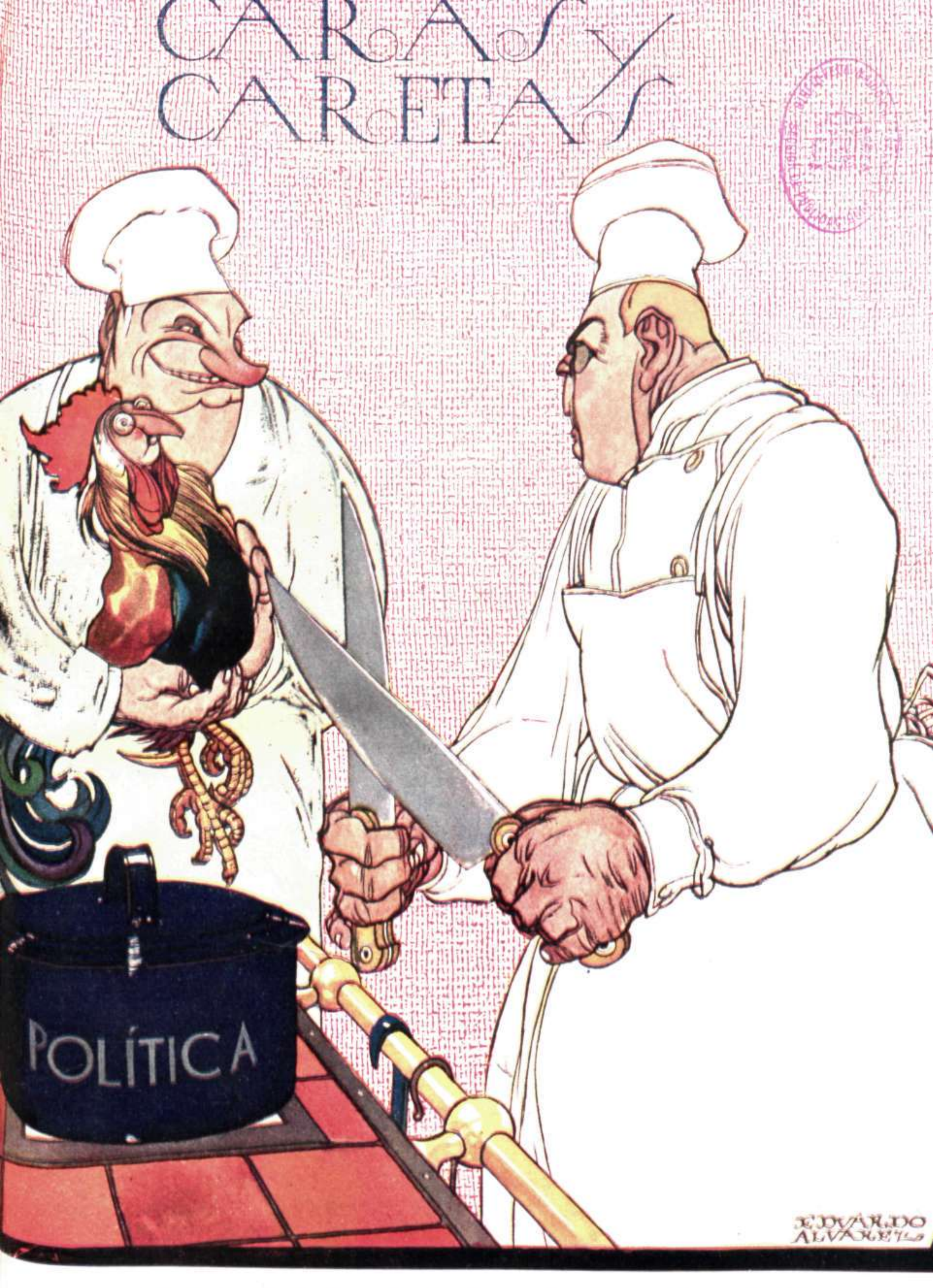


PREPARANDO EL MENÚ

Irigoyen.— Estoy pensando en el caldo gordo que me va a dar una vez que lo tenga en la cacerola.

Alvear.— Usted delira, mi amigo; este gallo no irá a la cazuela. Es mi m[illegible]



Conste

por la presente (así lo ha manifestado un afamado bacteriólogo) que fueron descubiertos en un cuello lavado y planchado

Millones de Bacterias.

En defensa de la salud pública, la Municipalidad de Bs. Aires acaba de dictar medidas severas **reglamentando** los servicios de los talleres de lavado y planchado.

Usando **Cuellos "MEY"** queda eliminado el peligro de infeccionarse, pues,

CUELLOS "MEY"

no tienen contacto con ropa usada ni se lavan, porque se tiran cuando están sucios, y se reponen con otro

"MEY"

que siempre es nuevo, elegante y lustroso, ofreciendo las más amplias garantías de higiene.

La docena: $ 1.20

Los Cuellos "MEY" no se lavan pues una vez sucios se tiran al canasto.

"A la Elegancia Económica"

Bs. AIRES | ESMERALDA 122

*E*l COLEGIO *de* UKRIDGE *para* PERROS

Por

P. G. WODEOUSE

EXPRESAMENTE TRADUCIDO PARA CARAS Y CARETAS





Atiéndeme, viejo compa — dijo Stanley Featherstonehaugh Ukridge, el paciente y resistente hombre, mientras echaba mano a la bolsa de mi tabaco y, como el que no quiere la cosa, a lo distraído, metiéndose un puñado de picadura en el bolsillo: — escúchame, hijo de Belial, que te voy a hablar yo.

— ¿El qué? — contesté retirando de su alcance la bolsa.

— ¿Quieres hacer una enorme fortuna?

— Sí, quiero.

— Entonces escribe mi biografía. Prepara resmas de papel y dispónte a emborronarlas. He realizado un concienzudo estudio de tus producciones literarias últimas y todas ellas valen bien poco, esa es la verdad. Estás desorientado, viejo compa.

El defecto capital de tus escritos consiste en que no pones en ellos, con ese aplomo que da la experiencia y la observación propias, los diversos impulsos de la naturaleza humana, sobre todo aquéllos que, como los míos, resultan ejemplares por el esfuerzo y la rectitud que significan. Además, saltas de un asunto a otro sin profundizar en ninguno, ¿comprendes? Ahora bien: si tú te agarras a las brillantes oportunidades que te ofrece mi vida, tan rica en enseñanzas, lograrás escribir algo sólido, interesante y educativo. ¿Vas comprendiendo? Una serie de artículos que registraremos en Norteamérica y en Inglaterra, explotándolos en revistas, en libros, en el teatro y luego en el cine. ¿Has comprendido? Tómame por sujeto, por asunto: nos entenderemos perfectamente; te inspiraré cosas nuevas, insospechadas, y ya que tenemos a ganar cincuenta mil libras como cincuenta mil centavos... ¿eh?

— ¿No será mucho?

— No rebajo un penique. Y óyeme, viejo compinche: tú eres un excelente amigo y nosotros, ¿recuerdas? hemos congeniado durante muchos años, así es que los negocios entre ambos han de ser liberales. ¿No? Sí. Pues bien; deseo darte «facilidades» desde el principio y te vendo ahora mismo, en cien cochinas libras, mi parte en los derechos ingleses a percibir.

— ¿Pero es que yo tengo cara de poseer cien «ojos de buey»?

— Bueno, entonces seré todavía más condescendiente: cincuenta libras y son tuyos los derechos ingleses y americanos.

— Oye: el cuello de tu camisa se tuerce y se sale del ojal.

— Pues, de una vez, vengan veinticinco libras y es tuya toda mi participación.

— Muchas gracias.

— ¡Ah! ¿Tampoco accedes, viejo compa? Bueno — propuso como inspirado: — déjame media libra ahora y ya arreglaremos detalles con más calma. ¿Eh?

Si a persona alguna corresponde escribir la complicada e ingeniosa carrera social de S. F. Ukridge, indudablemente nadie podrá disputarme tal privilegio. Nuestra amistad con él data de los placenteros días escolares; juntos nos revolcábamos por el césped y nos propinábamos trompadas, evidente prueba de que nos queríamos; y cuando lo expulsaron del colegio por sus repetidas y endiabladas travesuras fuí yo el que derramé media docena de lágrimas furtivas.

A partir de este acontecimiento se establece un vacío en nuestras relaciones. Yo me interné en la Universidad de Cambridge para absorber cultura y apenas, muy de tarde en tarde, pude obtener noticias de sus andanzas por alguna lacónica tarjeta postal que me enviaba desde diferentes partes del universo. Alguien me dijo, por aquel entonces, que lo había visto en Nueva York, dedicado a la cría de carneros, y no faltó otro que, en Buenos Aires, lo conoció como socio de un frutero exportador. Poco tiempo después se pudo comprobar que, por lo menos una noche, jugó fuerte en la ruleta de Monte Carlo.

Cuando, ya saturado de ilustración abandoné la Universidad para radicarme en Londres, tuve la grata sorpresa de tropezármelo, reanudando en el acto nuestro estrecho compañerismo.

El encuentro se verificó en Picadilly. Digamos, de paso, que si de dos amigos, uno de ellos tiene la suerte de que le vengan bien las prendas del otro, la amistad que se establece no puede ser más íntima. Mis camisas y mis zapatos conocían personalmente la piel de Ukridge.

De nuevo, en una de sus bruscas escapadas, desapareció de Londres y no supe de él hasta que, una mañana, nuestro amigo común, Jorge Tupper, me trajo noticias frescas del perdido.

— ¿No has visto a Ukridge? — me dijo Tupper.

— Al fin se aquietó; parece que sentó la cabeza. Vive con una tía en casa propia, en un gran edificio de Wimbledon Common. Una mujer muy rica. Hará un hombre de provecho del sobrino.

Yo pensé que tenía razón mi amigo... hasta cierto punto; pero, por otra parte, consideraba que

un tan doméstico final en la hogareña compañía de una parienta prosaica y sin duda maniática, constituía algo no decente, algo casi trágico para la pintoresca carrera de S. F. Ukridge. Y cuando, una semana después, vi al hombre, mi corazón siguió albergando esta deplorable creencia.

Fué en Oxford Street, a esa animada hora en que las mujeres andan de compras. Ukridge, parado entre unos cuantos perros que le rodeaban, se me apareció con los brazos cargados de paquetes y envoltorios. Su rostro estereotipaba disconformidad y estaba tan elegantemente vestido, que tardé unos segundos en reconocerlo.

Todo lo que un hombre a la moda considera indispensable lo llevaba encima mi amigo, desde el alto sombrero de seda tornasolada hasta los inmaculados botines «último figurín»; pero advertí en seguida que si la primer prenda le molestaba la frente, los zapatos le lastimaban y el cuello resplandeciente simulaba ser para él, por los gestos que hacía, una especie de dogal cuyos bordes pretendían incrustársele en la piel.

Cambiado entre ambos un efusivo saludo, me dijo:

— Ella me hace llevar estas «cosas» — quiso explicarme mientras torcía la cabeza hacia el interior de una de las tiendas, gesto que aprovechó el almidonado cuello para rozarle una vez más.

— De todos modos — contesté yo, tratando de orientar la conversación hacia motivos más agradables — debes de pasarlo admirablemente. Jorge Tupper me aseguró que tu tía es muy rica. Supongo que te estarás dando la gran vida.

— *Aquéllo* está bien, eso sí — admitió Ukridge; — pero resulta un poco cargante tal existencia, viejo compa.

— ¿Por qué no me vienes a ver con frecuencia, como antes?

— Es que no puedo disponer de las noches — me confesó con un reflejo alarmante de sus ojillos, que refulgían bajo el ala del lujoso sombrero.

— ¿Pues, entonces, podré yo verte en tu casa?

— No sueñes con eso, correligionario, no sueñes — se apresuró a replicarme. — Tú eres mi mejor amigo; a ti nada te puedo ocultar ni negar. El hecho es que en *mi* casa no me hallo muy sólidamente, y mi prestigio se vendría abajo si te recibiera. Tía Julia te juzgaría demasiado plebeyo.

— Yo no soy eso, tú.

— Bueno, pero lo pareces. Llevas un sombrero despachurrado y un cuello blando todo arrugado ¿comprendes ahora? Si sabes interpretar bien mis consejos, viejo compinche, aléjate de mi lado antes de que ella te divise. Que te vaya bien, adiós, mi querido amigo.

— ¡Chúpate esa! — iba yo repitiendo cariacontecido, al cruzar la calle, ya de espaldas a mi escrupuloso amigo. — Debería haberlo conocido mejor. Sin duda se le ha subido el barrio de su tía a la cabeza.

□

UNA tarde, apenas penetré en mi departamentito de Elbury Street, Bowles, el encargado del edificio, vino hacia mí y me dijo:

— Buenas tardes, señor. Un caballero espera por usted arriba.

— ¿Quién es?

— Un míster Ukridge, señor. Aquel que...

Un vozarrón, semejante a un trueno, interrumpió nuestro diálogo llenando la casa con su recio eco.

—¡A ver, Bowles, viejo animal!—retumbó la voz.

El aludido, de oficio realquilador de departamentos amueblados en los distritos Sur y Oeste de Londres, desempeñaba además las funciones de comisionista en licores y tenía unas apariencias de superioridad solemne que me resultaban intolerables. Tipo de gran estatura y con una cabeza pelada como una bola de billar, verdosos los ojos y grandotes; unos ojos que me solían mirar con tan manifiesta condescendencia, que parecían decir: ¡Hum! Joven, demasiado joven y por consiguiente no tan habituado como yo a las cosas buenas.

Consideremos ahora la cara que pondría este personaje al oirse llamar «viejo animal». Pero no; estamos juzgando lógicamente, porque — ¡oh, fenómeno inexplicable! — la dignidad de mi casero no pareció sulfurarse. Fuí yo el que, en el colmo de la sorpresa, le vi responder a tan recio llamado con servicial acento de criado diligente. No me hubiera admirado más si sorprendo al arzobispo de mi condado en plena farra nocturna.

— ¿Señor? — contestó.

— Tráeme seis costillas grandes y un tirabuzón — sonó la recia y autoritoria voz de arriba.

— Al momento, señor — cumplimentó el de abajo mientras, dirigiéndose apresuradamente hacia mis habitaciones, abría la puerta exterior.

Le seguí.

— ¡Gran Dios! — exclamé a medio resuello en cuanto contemplé el espectáculo que se me ofrecía en el interior de mi hogar.

Una jauría, dos jaurías, acaso ocho jaurías de perros husmeadores y rabilargos se atropellaban allí, hocicqueando los muebles y ensuciando la alfombra. Eran perros raza Pekín, no por pequeños menos molestos y desagradables.

¿Cuántos eran, por las once mil Vírgenes?

Al principio creí que bien pudieran llegar a las cinco docenas, pero investigaciones posteriores redujeron su número a ocho, a ocho unidades que parecían multiplicarse a mis ojos milagrosamente, tal como los panecillos y los peces por gracia de Jesús de Nazareth.

Los ladridos formaban una orquesta discordante, chillante y a la vez bronca, mientras el director de orquesta, confortablemente tumbado en uno de mis sillones, fumaba con beatífica placidez.

¿Necesito decir que se trataba de Ukridge en persona?

— Hola, querido — me saludó con tono señorial apenas me divisó, como dándome a entender que yo podía considerarme como en *mi casa*.

— A tiempo has llegado — agregó. — Tengo que tomar un tren dentro de veinte minutos.

Los canes, como si la voz del amo fuera un conjuro para ellos, se aquietaron de pronto. Parecía incuestionable que la personalidad de Ukridge ejercía magnetismo sobre determinados especímenes del reino animal.

— ¿Y...? — inicié yo con ganas de confidencias.

— Voy a llegarme a Sheep's Cray, en el condado de Kent. Además alquilaré un «cottage» allí.

— ¿Entonces vas a quedarte a vivir allí mismo?

— Sí.

—Eso significa que te separas de tu estimable tía.

— ¡Oh, la dejé, con cien mil de a caballo! La vida es curiosidad, es movimiento, ir y venir por todas partes; hacer combinaciones... vivir, en una palabra, ¿eh? Y el hombre de temple, como yo, que se propone amasar una fortuna, ¿comprendes tú que vegete en Wimbledon? Aparte de estas sólidas consideraciones, la parienta quiso dominarme y acabó por decirme que le hacía muy poca gracia y que me agradecería que no volviera jamás a verla. ¿Vas enterándote?

Me enteraba. Al mismo tiempo me daba cuenta de la transformación sufrida por mi amigo desde mi último encuentro con él. Su presencia, que pudiéramos llamar majestuosa, le convertía en una especie de agradable figurín. ¡Las envidias y admiraciones que habría despertado en el barrio de

Wimbledon! Era, como dicen los avisos de los diarios, un elegante «distintivamente individual».

¿Qué no? Veamos. Sobre unos pantalones de franela «dulce», color gris, un saco de golf y una camisa obscura, llevaba el hombre algo así como un «robe de chambre» surcada de brillantes rayas amarillas. Su garganta aparecía al aire libre, desnuda en tres pulgadas de extensión; sus escasos cabellos estaban revueltos y su típica nariz hallábase adornada con unos lentes de acero sujetos detrás de las orejas por medio de esos alambres que precintan algunas botellas, y su conjunto asemejábalo a un extravagante domador de fieras.

Bowles se presentó con un platón lleno de sangrantes costillas.

— Excelente ración — exclamó Ukridge, — échelas al suelo.

— Muy bien, señor — contestó el aludido obedeciendo.

— Me gusta ese hombre — explicóme Ukridge, cuando aquél salió cerrando la puerta. — He sostenido con él una conversación interesante antes de que tú llegaras. ¿No sabías que tiene un primo trabajando en los «music-halls»?

— No tengo intimidad bastante con él — repliqué.

— ¿No? Me ha prometido presentarme a su pariente. Acaso me sea útil trabar conocimiento con un hombre que conoce los trapecios. Ya ves; estoy metido en un programa de los más extraordinarios — me aseguró con tono dramático. — Algo estupendo, definitivo en su clase. Puedes, si quieres, prestarme alguna indicación de las tuyas, aunque realmente será mejor que te la guardes. En fin, compa: mi idea es una gran idea, la idea de un millar de años.



— ¡Los pequeños perros! ¡Se han ido! ¡Se han ido! — gritó desolado mister Nickerson.

— ¿Cuál es? — pregunté entre curioso y escamado.

— Voy a amaestrar especialmente éstos y otros perros.

— ¿Amaestrar perros?

— Para los escenarios de los «music-halls». Los perros, tú sabes, trabajan lo más bien en los escenarios. Hay cubetas de dinero a ganar. Yo voy a empezar modestamente con estos ocho. Cuando les haya enseñado los trucos y travesuras que tengo inventados ya, entonces los venderé a un precio superior y luego compraré doce, que también educaré a la alta escuela para a su vez venderlos y adquirir veinticuatro, y así sucesivamente en aumento. ¿Vas comprendiendo? Entretanto, estos ocho...

— Espera un momento — le interrumpí.

Comenzaba a sentirme mareado. Una invasión perruna amenazada a las Islas Británicas; una avalancha, un alud gigantesco y frenético de perros de Pekín, todos amaestrados, galopaban ladradores por todos los rincones, calles, cafés, restaurantes, teatros y circos de mi patria. ¡Oh!

— ¿Cómo te las arreglarás para tantas multiplicaciones perrunas?

— ¡Bah! Eso es pan comido. Sencillísimo. Hay una demanda enorme y la oferta actual no abastece ni la décima parte del mercado. Según uno de mis más modestos cálculos, estoy seguro de cinco a siete mil libras en el primer año. Esto, puedes creerlo, antes de que el negocio perruno tome las proporciones que yo calculo.

— ¡Ah, calculas! — dije por decir algo.

— Sí, naturalmente. Cuando cuente con una docena de ayudantes a mis órdenes comenzaré a manejar fuertes sumas. En seguida he aquí mi proyecto: establecer un amplísimo colegio canino en el campo, con extensos terrenos propios en los alrededores. Un régimen perfectamente gimnástico-pedagógico; clases regulares y un programa de enseñanza educativo de primera fuerza. Un buen número de profesores especialistas a cargo de los cuales funcionarán diversas aulas, y por encima de todos, vigilándolo todo, dirigiéndolo todo, yo en persona. ¿Has comprendido el plan? Una vez las cosas marchando, andan por sí solas, y todo lo que queda por hacer es sentarse en un mullido sillón, fumar puros habanos y firmar cheques.

— ¡Ah! ¡Oh! — exclamé en distintos tonos.

— No se trata solamente de Inglaterra — continuó enardeciéndose Ukridge. — Todo el mundo civilizado está pidiendo perros amaestrados. América pide perros amaestrados; Australia pide perros amaestrados; Africa está en condiciones de recibir una cantidad apreciable de ellos; en las Islas Filipinas podrían colocarse algunos millares y... para qué te lo voy a ocultar, a ti, que eres mi excelente amigo: mis propósitos son rectilíneos, querido compa; no he de callar ante tu compañerismo y discreción: voy derecho al monopolio perruno, ¿has comprendido? Un monopolio tentacular, circular, mundial. Cualquiera que desde el último rincón del mundo necesite un perro amaestrado, ese perro tendrá que pedírseme a mí automáticamente. Algo grande. En fin; tratándose de ti... puedes — te permito — meter algún capital en el negocio.

— No, gracias.

— Muy bien; sigue tu propio camino; ya te arrepentirás. Solamente te pido una cosa.

— ¿Qué? — dije cubriéndome instintivamente el bolsillo de la cartera.

— Que no te olvides de esta lección, de este maravilloso ejemplo que ahora te voy a poner delante de las narices. Un individuo aportó novecientos dólares para explotar una nueva marca de automóviles y en menos de siete años recogió como beneficio la bonita suma de cuarenta millones, siendo... Oye: este reloj ¿marcha bien? ¿Sí? Entonces ¡por san Roque! estoy perdiendo mi tren. Anda, ayúdame a «movilizar» estos animales.

La canina tropa fué movilizada. No necesitamos decir las sospechosas humedades que sufrieron mis modestos muebles, ni cómo quedó la alfombra sembrada de despojos después del banquete de las chuletas.

Lo despedí a la puerta de la calle. Iba en medio de sus perros «pekineses» todavía no amaestrados; llevaba en el bolsillo cerca de una libra de tabaco pagado por mí, tres pares de calcetines que se le ocurrió envolver y guardar sin comentarios y alguna otra insignificancia. En cambio, dejaba mi botella de whisky vacía y dos horas de fregoteo y ventilación en el piso.

Tomó un taxi y dió la dirección de Charing Cross, la estación en que debería tomar el tren para llegar a la *tierra prometida* de sus proyectos e iniciar en ella, con el estupendo empuje de su imaginación, la magna empresa de su vida, el gigantesco negocio perruno que ya plasmara en su cerebro.

No sin emoción, estreché fuertemente su mano y le deseé un buen viaje.

□

TRANSCURRIERON seis semanas, seis tranquilas semanas sin ver a Ukridge, lo que solía restablecer mi sistema nervioso aunque, por otra parte, me privaba de sus originales proyectos.

Una mañana recibo un urgente y vehemente mensaje telegráfico firmado por el hombre. Lo leí con la curiosidad de siempre, y advertí en cada palabra el espíritu combativo y torturado de mi amigo, luchando sin tregua contra todo género de adversidades abrumadoras.

Era un llamado apremiante, un grito, varios gritos proferidos por su boca y transmitidos por el alambre en uno de esos momentos trágicos en que se sufre un eclipse total en la dura pelea por la existencia.

«*Vente pronto, querido. Vida y muerte amenazada, corriendo inminente peligro tu viejo compinche. Situación desesperada. No faltes. — F. Ukridge.*»

No puedo negarlo. Sin detenerme a considerar anteriores experiencias, me conmoví intensamente y me dispuse a tomar el primer tren en auxilio de mi viejo compañero.

El limpio «cottage» alquilado en Sheep's Cray y destinado presumiblemente a convertirse, en lo futuro, en la Meca histórica para los amantes de los perros, era un pequeño edificio situado cerca del camino que conducía a Londres, un tanto retirado de la villa. Di con él fácilmente, pues Ukridge parecía haber adquirido cierta celebridad en el vecindario.

Sin embargo, observé que la entrada ofrecía dificultades. Golpeé durante unos minutos con mis manos sobre la puerta y no obtuve respuesta; luego me puse a gritar como un energúmeno con idéntico resultado; y cuando, harto de golpes y gritos me iba a retirar, pensando que su morador se hallaría ausente debido a alguna imprevista circunstancia, la puerta se abrió súbitamente.

Penetré sin más, y penetré a la moda rusa; quiero decir, aprendiendo a pisar a saltos, manteniéndome en equilibrio inestable y dando unos pequeños y bruscos saltos debido a los accidentes rústicos que obstruían el vestíbulo.

— Lo siento, viejo compinche — dijo una voz cerca de mí, voz que correspondía a Ukridge; — no te hubiera hecho esperar si hubiera sabido que eras tú. Creía que era Gooch, el almacenero, mi proveedor, a quien debo miserables seis libras.

— No es extraño — dije yo.

— Es un hombre molesto — dijo él con amargura; — no me deja salir una sola vez que no me caiga encima con sus reclamaciones.

Y mientras nos metíamos en la salita, agregó:

— Es un poco duro para mí, y me lastima en lo más hondo de mis sentimientos. Vine aquí — tú lo sabes muy bien — para iniciar una vasta empresa y por consiguiente, a beneficiar a las gentes al establecer aquí una industria próspera, y lo primero que hacen los vecinos es volverle a uno las espaldas y hasta morder la mano que ha de alimentarles. ¡Oh! Tú que conoces mi temperamento comprenderás a tu viejo amigo. Una desconfianza, una envidia «remarcable» comenzó a herirme; los «chupasangres» comenzaron a explotarme desde que llegué. ¡Ah! Y total, ¿qué pedía yo, qué pido siempre, tú lo sabes? Nada; un poco de confianza, un poco de simpatía y otro poco de buen humor, es todo lo que yo pido.

— ¿Y qué ha ocurrido, vamos a ver?

— Figúrate. Mis proveedores querían algo a cuenta y comenzaron a hostilizarme en caravana, pidiéndome el saldo. Me vienen fastidiando y yo te llamé, molestándote, porque ahora necesito más que nunca tener limpios de polvo y paja mis pensamientos, y es imprescindible que reuna todas mis energías y todo mi poder reconcentrativo — ¿comprendes? — para acometer mi extraordinariamente delicado trabajo. Yo no puedo distraerme en estos momentos críticos, no puedo darles nada a cuenta. Además, me irrita esa impaciencia. Si hubieran procedido con mayor tino, no te quepa duda — tú, que me conoces, — de que les habría podido satisfacer en parte sus endiabladas cuentas. Pero a las cosas hay que darles tiempo, lo mismo que a la fruta. ¿No?

— Sí.

— Pues bien. Hasta he tenido la condescendencia de razonar con muchos de ellos. Les dije poco más o menos. Vean, soy un hombre ocupado; mis tareas no son cualquier bagatela; estoy educando, dentro de los métodos más modernos, a nueve perros de Pekín que pronto estarán aptos para presentarse en los más famosos «music-halls» ingleses y ahora vienen ustedes a distraer mis difíciles ocupaciones y quizá a poner en duda mis habilidades, presentándome una facturas cuyo examen me haría perder un tiempo precioso. ¿Qué espíritu de solidaridad es ese? — les apostrofé. — No es, seguramente, el espíritu que anima a la conquista de las riquezas, sino un espíritu mezquino de vuelo rastrero al olor de los peniques. Yo vuelo más alto, amigos, yo... ¿Comprendes, caro compa? Les eché un discurso. Estas estrechas y odiosas ideas de vender al contado nunca podrán alcanzar gran éxito entre las personas decentes. Pero vete tú a convencerles a ellos acerca del crédito considerado como fuente de potencialidad y desarrollo. Bueno; empezaron a venir a cada instante a la casa y no tardaron en abordarme en plena vía pública, izando en el aire, a modo de amenaza, las facturas rechazadas. Se me hizo la vida insoportable en esa forma. ¿Vas comprendiendo?

— Sí, voy y vengo.

— Y ahora, ¿qué crees que me ha ocurrido como última desgracia que me obligó a telegrafiarte?

— ¿Qué?

— Los perros.

— ¡Ay! ¿Se han vuelto hidrófobos?

— No; peor. El dueño de la casa se los ha llevado como garantía del alquiler. Ha saqueado mi plantel educativo, allanándolo vilmente. Ha deshecho mis negocios por su misma base. ¿Alguna vez en tu vida has oído algo tan monstruoso? Yo bien sé, sin que me lo recuerden, que he dejado de pagar puntualmente dos meses de alquiler, todo lo cual es un pequeño retraso. Pero, ¡por los clavos de Cristo! un hombre como yo, con una estupenda iniciativa entre manos, se supone que no puede preocuparse de resolver nimiedades. Su cerebro debe... debe... ¿comprendes?

— Perfectamente.

— Y como estoy paralizado, lejos de mis inteligentes animales, me acordé de mi viejo amigo Flupperton, que ya me ha hecho algunos favores, y entonces... te telegrafié a ti. ¿Te das cuenta?

— Pluscuamperfectamente.

Hubo una larga pausa.

— Yo pensé — habló Ukridge con aire meditativo e insinuante — que tú podrías indicarme a alguien que me sacara del atolladero.

Advertí que hablaba con aparente despreocupación, pero sentí cómo me miraba al rostro, estudiando en mis rasgos fisonómicos la impresión de sus frases.

Por mi parte, permanecía impasible, impenetrable como una esfinge de carne y hueso que no desea que se trasluzcan sus defectos, en este caso el estado de mis finanzas, las que andaban como de costumbre o un poco peor debido a ciertas especulaciones ruinosas a que me entregara, engañado como un chino, el sábado anterior en los bazares de Kempton Park.

Había que obrar con rapidez, sin aturdirse ante el ataque.

Pensé con la velocidad de cien mil relámpagos.

— ¡Jorge Tupper! — grité alborozado como cuando Arquímedes pedía la palanca.

— ¡Jorge Tupper!—coreó Ukridge radiante, desapareciendo como por encanto sus preocupaciones. — ¡Es el verdadero hombre, Santo Dios! Has tenido una idea, una señora idea, viejo compinche.

— Yo siempre tengo algo; aprovéchate — contesté con tono de insignificancia.

— ¡Gran corazón el de Jorge Tupper, por cierto! ¡Mantequilla holandesa, viejo camarada de francachelas escolares! El me ayudará sobre la marcha y no perderá su plata. Se pagará a todo el mundo. Corre y trata de verlo cuanto antes; háblale al alma y dile que ahora es el momento preciso para ganar la partida.

Pocas horas después encontré en la ciudad a Jorge y lo convidé a cenar. Por el trayecto al restaurante le di a entender lo que esperábamos de él. Estaba seguro de que nuestro amigo no nos fallaría.

Cuando muchacho, recordaba yo que Jorge acostumbraba a escribir poesías del género sentimental para las revistas escolares, y en la actualidad era de esos buenos hombres que siempre encabezan las listas de suscripciones y de homenajes.

Escuchó muy serio mi relato, con la atención que suelen poner los funcionarios del Foreign Office cuando se trata de redactar una nota «firme» a cualquier potencia arisca, y apenas terminaba yo mi relación ya él sacaba su talonario de cheques con la gravedad del caso.

No cabía duda: el asunto en que se hallaba envuelto Ukridje había conmovido su naturaleza afectuosa aunque diplomática.

— Malo, malo — comentó Jorge cuando regresábamos de cenar. — ¿De modo que ahora se dedica a amaestrar perros? Bien; no parece una ocupación muy seria, pero, ya que se ha puesto a trabajar, hay que ayudarlo. Debemos hacer algo práctico por él. Después de todo un préstamo de veinte libras no puede resolver su situación permanentemente, bien que lo libre de momentáneas dificultades.

— Bueno — repliqué yo; — yo creo que es usted un poco optimista si lo juzga como «préstamo». Por lo demás, lo que necesita Ukridge es capital.

— Capital. ¡Ah!

— Así lo creo, y lo mismo el almacenero Gooch, que le ha fiado alguna cosilla.

— Capital — repitió con tono firme Tupper, tal como si estuviera razonando con el plenipotenciario de una gran potencia. — Capital... Bien, sí. Toda iniciativa requiere capital al principio.

Al formular este axioma sus cejas se contrajeron pensativamente. Pero ¿dónde obtener dinero para Ukridge?

— Acaso un Banco — insinué yo sin aparente malicia.

De repente la cara de mi amigo se iluminó toda.

— ¡Ya lo tengo! — exclamó. — Iré esta misma noche a Wimbledon y me entrevistaré con su tía.

— ¿Se olvida usted que Ukridge le cae tan simpático a su parienta como si fuera un conejo de Gales?

— ¡Oh! Habrá habido entre ambos un mal entendido circunstancial, pero le expondré los hechos y la impresionaré para que crea que Ukridge está haciendo reales

Con un gato por cebo, pude recobrar mis preciosos perros de las manos usureras de mi casero.

esfuerzos para ganarse la vida, y... pertenezco a la carrera diplomática — agregó con una sonrisa que hubiera envidiado lord Curzon.

— Muy bien; inténtelo si le parece. Pero es probable que la vieja le despache a usted con cajas destempladas.

— Todo tiene que hacerse diplomáticamente, ese es el problema. Además, conviene que Ukridge no sepa nada de este asunto a fin de no despertar esperanzas que luego resulten fallidas.

◘

UNA especie de fulguración amarilla me anunció, a la mañana siguiente, a mi amigo Stanley Featherstonehaugh Ukridge apenas traspuse la plataforma de la estación de Sheep's Cray.

Brillaba un sol espléndido, y sus rayos, al chocar con el pijama de mi amigo, producían una irisación tan brillante como si estallaran fuegos artificiales.

El hombre parecía un «bloque» de mostaza en ebullición.

Cuando el tren se detuvo hallábase limpiando su pipa, y al acercarme a él me di cuenta de que estaba a su lado un hombre de aspecto desagradable que por la manera de hablar gesticulante parecía muy interesado en el asunto que exponía.

Ukridge lo miraba con los ojos enrojecidos y como tratando de dominarse.

Al acercarme más, oí que mi amigo le decía al importuno:

— Mi querido señor, mi buen vecino: sea razonable o trate de poseer una visión más amplia de las cosas.

Al verme, se separó bruscamente de su interlocutor y me tomó del brazo llevándome a lo largo de la plataforma.

El hombre de aspecto desagradable nos seguía con pasos irresolutos.

— ¿Has obtenido aquello, viejo compa? — inquirió de mí Ukridge con mirada poemática. — ¿Lo has conseguido? — repitió con un tonillo ronco por la emoción del momento.

— Sí, y aquí lo traigo.

— ¡Guárdalo, no lo saques! ¡Guárdalo unos instantes! ¡Disimula! ¿Sabes quién es ese con quién hablaba? Gooch, el almacenero.

— ¿El proveedor de comestibles por valor de seis libras?

— Exactamente.

— Bien; ahora es la ocasión. Dale un poco de oro. Eso le hará perder la cabeza. Acaso se calme.

— Mi querido y viejo compinche. Yo no puedo distribuír mi dinero con el solo objeto de satisfacer a un almacenero. Ese oro tengo que destinarlo para Nickerson, el casero.

— Oye — exclamé: — creo que el de las seis libras nos persigue.

— Ya lo supongo. ¡Por todos los demonios, compa! Si ese hombre huele que llevamos veinte libras encima nos descuartiza vivos. Nos hará saltar como a monos.

Y empujándome con disimulada rapidez me obligó a deslizarme por una pequeña puerta que daba al costado de una parte despoblada de aquella villa.

— Gracias sean dadas a los dioses benignos, hemos conseguido desprendernos de él — exclamó Ukridge apenas estuvimos a salvo. — Y no creas que se trata de un mal sujeto, no; es un buen padre y un excelente marido. Hasta canta los domingos en el coro de la iglesia. Pero no hay visión en él; eso es lo que le falta, viejo compa: visión. No le cabe en la cabezota cómo una vasta iniciativa industrial, tal como la mía, requiere un sistema liberal y solidario de crédito; no se da cuenta de que el crédito es la sangre vivificadora en la vida del comercio y de la industria. Porque, sin el crédito, el comercio carecería de... de... elasticidad. Y si el comercio careciera de elasticidad, ¿qué demonios sería?

— No lo sé.

— No lo sabe nadie. El caos. Bien; ahora que se ha perdido el hombre, ya puedes entregarme la plata. ¿Te acogió cariñosamente el viejo Tupper?

— Radiante, en forma insuperable.

— Lo presumía, lo sabía. ¡Ah! — suspiró Ukridge conmovido al parecer. — ¡Es un gran camarada! Uno de los mejores que he tenido. Siempre me ha gustado Tupper. Un hombre en quien uno puede confiar. Algún día no lejano, cuando mis negocios prosperen en gran escala, le devolveré esas libras bien multiplicadas. Por otra parte, estoy contento de que hayas traído esa suma en pequeñas monedas.

— ¿Por qué?

— Quiero desparramarlas sobre la mesa ante los ojos asombrados del casero Nickerson.

— ¿Es aquí donde vive?

— Aquí es.

Habíamos llegado frente a una casa de techado rojo situada en medio de una espesa arboleda.

Ukridge palmoteó breve rato.

Apareció una sirvienta.

— Dígale a míster Nickerson que Ukridge el «educador» desea hablarle.

◘

LAS características que ofrecía el hombre que se hallaba ante nosotros eran muy semejantes a las que la tradición universal atribuye a los acreedores. Se parecía un poco a los severos profetas del Antiguo Testamento. De mediana estatura, con grandes barbas pluviales y perfil hebraico, miraba a su inquilino con ojos fríos y acerados, de los que parecía despedir ondas deletéreas de un singular magnetismo.

— ¿Bien? — dijo con un tono que nunca olvidaré.

— He venido para el asunto del alquiler.

— ¡Ah! — sonó la voz del viejo con otro registro muy distinto.

— Para pagarle — agregó Ukridge.

— ¿Para pagar? — casi gritó Nickerson incrédulamente.

— Aquí está la plata — declaró mi amigo.

Y con un gesto soberbio arrojó sobre la mesa un puñado de rutilantes monedas de oro y plata.

Entonces fué cuando comprendí el porqué Ukridge deseaba tener las veinte libras sueltas.

El tintineo musical que produjeron los metálicos discos al extenderse por la mesa resonó dulcemente en la habitación, y, automáticamente, el ceño y la austeridad de míster Nickerson desaparecieron de su rostro. Los ojos le bailaban una zarabanda, y en el acto se echó sobre las monedas.

— Muchas, muchas gracias. Míster Ukridge, muchísimas gracias. No queda entre ambos resentimiento alguno, yo creo.

— No de mi parte, viejo barbón — respondió mi amigo con afabilidad. — Los negocios son los negocios.

— Exactamente.

— Bueno; ahora podré llevarme los perros — habló Ukridge mientras, habiendo descubierto con su ojo perspicaz una caja de cigarros, metía mano en ella y sacaba uno, encendiéndolo sobre la marcha y guardando otro para luego, lo que hubiera hecho palidecer de dolor al casero si hubiera notado la doble maniobra.

—Cuanto antes estén conmigo los animales será mejor — agregó. — Hemos perdido varios días de educación.

—Seguramente, míster Ukridge, seguramente. Los perritos están en el fondo del jardín y en seguida se los traeré.

Y a grandes zancadas se retiró por una puerta con aire agradecido y complaciente.

—¿Ves? Es estupefacciente el poder mágico de la moneda — comentó Ukridge. — Es una cosa que desagrada contemplar tan a lo vivo. Yo a esto lo llamo sordidez. ¿No has visto al viejo barbón? Le chisporroteaban los ojos como brasas cuando extendí la plata por la mesa. Miserias humanas, ¿sabes? En cambio, viejo compinche, no son del todo malos estos cigarros; probablemente se los regaló algún inquilino infeliz y voy a tomar otros dos o tres aprovechando su ausencia.

Un minuto después se oyeron pasos precipitados y apareció míster Nickerson.

Su aspecto era angustioso; simulaba un perro de lanas en desgracia con su dueño.

—¡Míster Ukridge! — gritó al entrar.

—¡Hola! — respondió éste.

—Los... pequeños... perros...

—Bien; adelante.

—¡Los pequeños perros!

—¿Qué pasa con ellos?

—¡Que se han ido!

—¿Se han ido?...

—¡Se han escapado, sí!

—¿Se han escapado? ¿Cómo demonios pudieron haberse escapado?

—Lo ignoro, señor. No quedan ni rastros de ellos.

Ukridge alzó los brazos con dramática desesperación, dando fuertes trancos por la pieza y deteniéndose de pronto para, con una nueva y vigorosa sacudida aérea de sus apéndices delanteros, amenazar con gesto tremebundo a media humanidad que se le atreviera.

—¡Ah! ¡Por todas las legiones dominiacas! — rugió.

—Lo siento muchísimo — sonó una voz plañidera.

—¡Por los cuernos de Lucifer! — gesticuló el abandonado. — Es duro, es bien duro lo que oigo. ¡Ah! Vengo aquí a inaugurar una gran empresa, un espléndido negocio que hubiera traído el trabajo y la prosperidad para todo el vecindario, eso es, y apenas dispongo del tiempo preciso para ocuparme de los primeros detalles de la instalación y del comienzo educativo gimnástico, cuando ¡oh! viene este hombre y me arrebata los perros. Y ahora, con mísero tono compungido me anuncia que...

—¡Míster Ukridge, yo le aseguro!...

—Me dice con tono compungido que los perros se han ido. ¡Se han ido! ¡Ira de Dios! ¿A dónde se han ido? Seguramente estarán en alguna parte. He aquí perdida una oportunidad que no se presentará jamás. ¡Nueve valiosísimos perros del Pekín ya casi totalmente educados para los mejores escenarios que se pierden, se esfuman, en los precisos momentos en que podía venderlos con una enorme ganancia!

Míster Nickerson, completamente apabullado por esta filípica, trasudaba como un delincuente, y, no sabiendo qué actitud adoptar, determinó, con harto dolor de su alma metalizada, extraer de las profundidades de su bolsillo un puñado de monedas y ofrecérselas en compensación.

Ukridge, con un gesto de soberano desdén que le hubiera envidiado el eminente Zacconi, rechazó la plata.

—Este caballero — dijo con ademán tribunicio señalando mi persona al estupefacto casero, envolviéndole en una mirada despectiva — es abogado.

Y dirigiéndose a mí, agregó:

—Ha sido una suerte que me hayas acompañado en esta visita. ¿Te fijaste bien en todo lo que ha ocurrido?

—Sí, me he fijado.

—¿Opinas que todo ello podría dar lugar a una acción judicial?

Le dije que sí, que habría muchas probabilidades para entablar algo parecido, afirmación que casi produce un colapso a Míster Nickerson.

Con los ojos humedecidos, este hombre se puso a rogar a Ukridge que aceptara las monedas.

—¿Qué es esto que pretende darme? ¿Qué pretende usted? — inquirió con un tono poco tranquilizador.

—Yo... yo, míster Ukridge... yo pensé que aceptando usted su plata podríamos considerar saldado el asunto.

El educador canino se volvió hacia mí y lanzó un «¡Ja, ja, ja!» estentóreo.

—¡Ja, ja, ja! — reí yo haciendo coro.

—El cree que se puede terminar este asunto devolviéndome mis monedas. ¿No es estupendo?

—¡Estupendo! — dije yo.

—Mis perros, tasados muy bajos, valen centenares de libras, y él se ha podido figurar que puede «comprarme» con veinte miserables piezas de oro. ¿Podrías tú figurarte tal cosa, viejo compa, de no haberlo visto por tus propios ojos?

—Nunca.

—Le diré lo que voy a resolver — sentenció después de una pausa ceñuda y elocuente y «absorbiéndose» al casero con la mirada. — Míster Nickerson: tomaré ese dinero (el aludido le dió las gracias más humildes con un ademán), y como tengo algunas insignificantes cuentas por saldar en el pueblo, de las que no puedo ocuparme, quedan desde luego a su cargo.

—Ciertamente, míster Ukridge, ciertamente — murmuró resollando el asustado israelita.

—Y después de disponer esto... lo demás lo pensaré. Si es que me decido a poner el caso en manos de la justicia, este caballero, mi abogado, se lo comunicará a su debido tiempo.

□

Dios me lo perdone si lo calumnio, pero me pareció que Ukridge, al salir de la casa, sobrellevaba el peso de la fatalidad con demasiada fortaleza de ánimo, sin mostrarse agobiado. El plantel de su gran empresa, la base de su espléndida industria, la sangre de su fecunda iniciativa acababa de desparramarse por todo el condado de Kent, probablemente para no regresar jamás (los perros), y el hombre parecía mostrarse recompensado con el endoso de unas cuantas pequeñas cuentas y la devolución del importe del alquiler.

¿Cómo juzgar su temple acerino?

La situación era capaz de aturdir el espíritu del hombre más templado. ¿Acaso Ukridge estaba constituído de una pasta superior a la corriente? Todo lo contrario. Su ánimo no aparentaba pesadumbre ni mucho menos, y cuando, a cierta distancia, comenzó a cantar, creí llegado el momento de sus sorprendentes expansiones.

—Bueno; ¿qué vas a hacer ahora? — le pregunté.

—¿Quién? ¿Yo? Muy sencillo — me contestó con aire de satisfacción indubitable. — Regresaremos a la ciudad en el primer tren. Hay que escapar de Sheep's Cray.

—¿Por qué razón?

—Por causa de los perros.

—¿De los perros perdidos?

—¡Oh! Naturalmente — me confesó al fin; —

se me había olvidado decirte que los perros están en mi poder.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. Anoche los saqué del jardín de Nickerson. Ingeniosa operación, viejo compinche.

Y soltó una risotada «saludable».

—Muy simplemente — continuó: Uno necesita tener la cabeza despejada y nada más. Conseguí un gato y lo até con una cuerda al pescuezo, arrastrándolo conmigo hasta el jardín de Nickerson la noche pasada. Los llamé en voz baja; me reconocieron; fuí enlazándolos con tiras de sábanas y los aupé tapias arriba, animándoles con el gato como cebo. A los quince minutos se hallaban encerrados en la casa. Y ahora que me los quiten. ¡No soy tan primo!

Permanecí silencioso unos momentos, embargado por un tumulto de sentimientos admirativos hacia él. Este Ukridge, no cabía duda, era de cuidado. Siempre había advertido en él algo que estaba por encima del sentido moral.

—Bien — le dije; — ciertamente que has tenido visión.

—¿Sí? — preguntó el hombre halagado.

—Y una larga y flexible visión.

—Me alegro de tu valiosa opinión. Todo esto es el comienzo de una gran carrera comercial.

—¿Y cuál es la próxima gran empresa?

Al preguntarle esto nos acercábamos al blanco «cottage». Me sentía tostado por el sol y deseaba hallarme bajo techo para tomar algo fresco. Veíanse abiertas las ventanas de la casita y se oían perfectamente los ladridos de los perros.

—¡Oh! Ya encontraré otro «cottage» en otro lugar — me anunció mi amigo. — No será difícil. Hay gran número de «cottages» para alquilar por todas partes. Eso sí; tengo que dedicarme seriamente a trabajar. Te asombrarás de los progresos que voy a realizar en el acto. En un minuto te darás cuenta de lo que pueden hacer mis perros sabios.

—Por de pronto, saben ladrar muy bien.

—Sí. Ahora han de estar nerviosos. Tú sabes, compa: yo he tenido una gran idea. Cuando fuí a verte a tu casa mi plan consistía en especializarme en el adiestramiento de perros para teatros, perros que deben llamarse profesionales. Pero lo he vuelto a pensar y no sé por qué no he de contribuír también a desarrollar el talento de los perros simplemente «amateurs». Y si no, dime, tú que tienes un ejemplar en tu casa («Tido», el favorito de la encargada): ¿no te llenaría de placer verle piruetear de vez en cuando? Bien; yo comprendo que eres un hombre ocupado y que no dispones de tiempo para amaestrarlo, pero aquí estoy yo. Mándamelo al colegio por un mes, a mi colegio, y te lo devolveré completamente educado, suave como un guante. Nada de preocupaciones, nada de dificultades para ti. En cuanto al pago, te daré facilidades.

—¡Qué idea!

—¡Por todos los dioses! No veo porqué los dueños de perros no han de confiarme sus animalitos del mismo modo que muchas familiss envían sus hijos para que se los eduquen en Oxford o Cambridge... Les colocaré un collar especial para significar que se han graduado en mi colegio. Algo único y original. ¿Te vas dando cuenta de lo que me propongo? Una especie de distintivo de honor. Así, el dueño de un perro «colegiado» por Ukridge estará en condiciones de mirar por encima del hombro al dueño de otro no educado por mí. Gradualmente llegará a ser un título de distinción social poseer un perro que haya cursado mis estudios... El negocio adquirirá un movimiento irresistible... Me lloverán los propietarios perrunos a cántaros... Tendré más trabajo del que realmente podré desempeñar... Instalaré sucursales... ¡El proyecto es colosal, compa, colosal!

Llegamos a la puerta. Se detuvo con la mano puesta sobre el picaporte para reanudar su discurso después de haber tomado aliento.

—La única dificultad por ahora es la carencia de capital, y tendré que limitarme a trabajar en pequeña escala, pero...

Le interrumpí con un gesto porque me pareció llegado el momento de dispararle la gran noticia.

—Oye: yo le prometí no decirte nada por temor a un fracaso, pero creo que es ocasión de anunciártelo: Jorge Tupper está buscando capital para ti.

—¡Jorge Tupper!

Ukridge puso los ojos en blanco, presa de una honda emoción.

—¡Jorge Tupper! ¡Dios, qué hombre! ¡Es la sal de la tierra! ¡Qué leal y buen amigo! Un hombre en quien uno puede confiar a ciegas. ¡Ah! si tuviera varios amigos como Tupper a mi alrededor, no habría peligro de que cayera en el desaliento. ¿Y sabes de dónde piensa extraer ese capital?

—Sí; se fué derecho a entrevistarse con tu tía para contarle tus intenciones de amaestrar perros en gran escala, y... Pero ¿qué es lo que te pasa?

Un brusco cambio de expresión había obscurecido el rostro de Ukridge. Todo su anterior júbilo se desvaneció para dar paso al más desolador espanto. Con unas barbas grises, me hubiera parecido idéntico a míster Nickerson en los instantes de la «huída» de los perros.

—¿Mi tía? — balbuceó consternado.

—Sí. ¿Qué hay con eso? Tupper pensó que, si le contaba todos tus esfuerzos ella confiaría en ti y te ayudaría.

—¡Mil cuernos ardientes! ¡De todos los «metereteș» oficiosos del mundo, de todos los más grasientos e imbéciles, Tupper es el peor! — renegó el hombre.

—Pero ¿qué quieres decir con eso?

—Un hombre jamás debe ser una amenaza pública.

—Pero...

—Los perros pertenecen a mi tía. Yo se los quité cuando me «despidió» de su casa.

Hubo un silencio angustioso.

Dentro de la casa los perros ladraban con un «acento» que se me antojó industrial y educativo.

—¡Por todos los demonios del infierno! ¡Esto sí que es duro! Y...

Se calló instantáneamente. Una voz humana que partía del interior de la casa nos hizo aguzar el oído. Era una voz de mujer, seca, firme, aguda.

—¡Stanley! — sonó con fuerza.

No se oyó más, pero era bastante.

Al penetrar ambos en el vestíbulo, los ojos de Ukridge se tropezaron con una fría y salvaje mirada de su tía. El, sorprendido, con cierto movimiento instintivo (acaso defensivo), intentó esconder su cabeza dentro del «robe de chambre», tal como un avestruz perseguido.

—¡Stanley! — repercutió en la habitación la segunda llamada.

—Sí, tía Julia — murmuró aiicaído Ukridge.

—Ven aquí. Quiero hablarte.

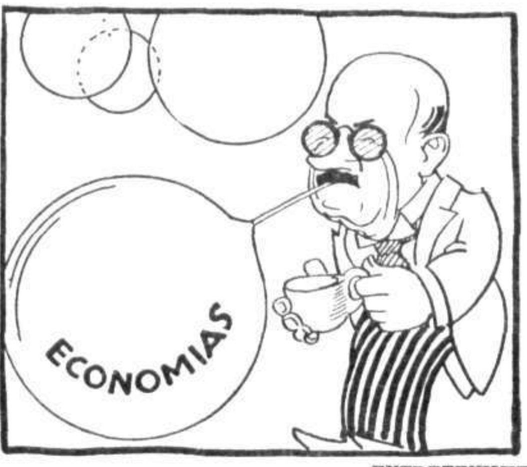
—Sí, tía Julia.

□

Me senté rústicamente al borde de la carretera. Dentro del «cottage», el ladrido de los canes no sé qué me auguraron, y entonces decidí marcharme. ¿A qué esperar? Presentía que se trataba de una escena privada, enteramente doméstica, y yo nunca deseo ser un intruso en tales circunstancias.

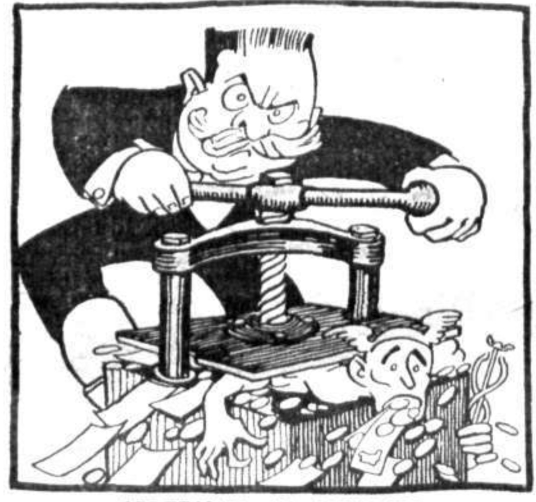
FIN

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

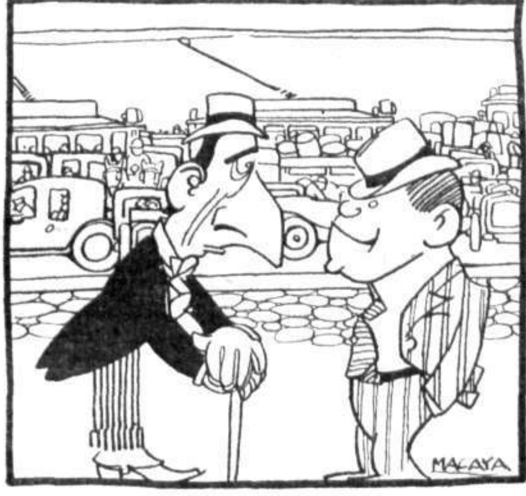




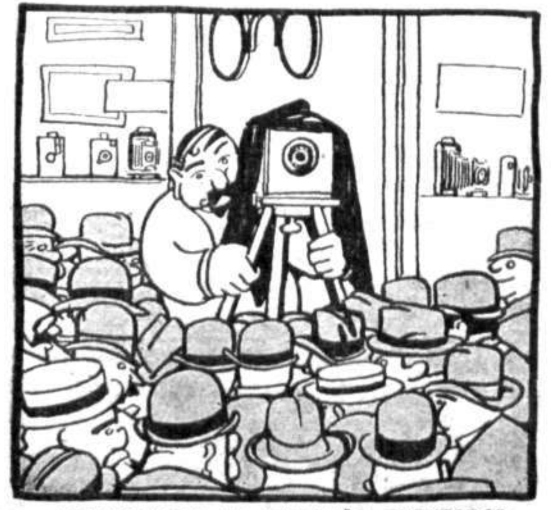
ENTRETENIMIENTO INOCENTE
La pompa de jabón del Ministro de Hacienda.



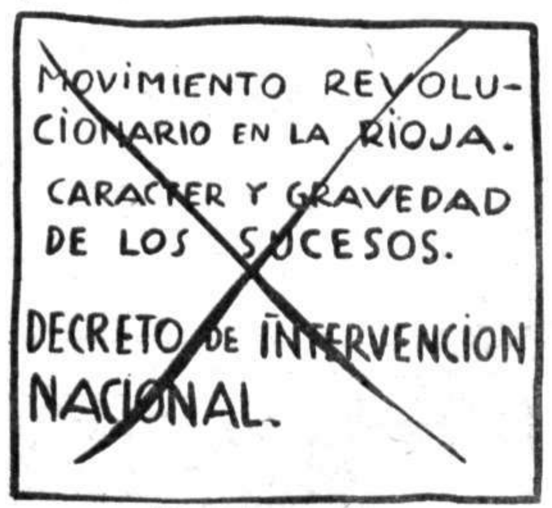
APRETANDO AL COMERCIO
Cantoni. — Grita todo lo que quieras. Aquí, mando yo.



¡QUE LE IMPORTA!
— Señor Intendente; el tráfico cada día está menos intransitable. No se pueden ni cruzar las calles.
Noel. — Hábleme de cualquier cosa menos de pavadas.



PREPARANDO LA CAMPAÑA ELECTORAL
— Pasen adelante caballeros. Aquí se hacen grandes rebajas de precios a todos los candidatos que quieran retratarse para ser pegados en la pared.



Sin ningún comentario.



Concurrentes a banquete ofrecido al señor Antonio Rilo por un núcleo de amigos con motivo de su próximo viaje al extranjero.

A LAS MUJERES POBRES

¡Mujeres pobres, que trabajan para ganar la vida; ustedes son el brazo de la Patria! Su deber de ustedes es duro, pero es claro y en cierto modo fácil de cumplir; están ustedes obligadas a trabajar con eficacia y con alegría. Hagan ustedes bien su oficio y canten mientras estén trabajando. Cuando los oficios se cumplen perfectamente, los oficios florecen, la obra se perfecciona, y el país donde la obra es perfecta es país grande. Ustedes, trabajando perfectamente, llevan la hebra de lana a la bandera, y esa hebra de lana es, en la trama, fuerte y fundamental. Perfecciónense ustedes en su oficio de tal manera que no haya más remedio, en justicia, que pagarles a ustedes lo que pidan por él. A fuerza de trabajo perfecto, logren ustedes trabajo bien pagado. Y canten ustedes toda la semana y diviértanse ustedes el domingo con toda la alegría de su corazón, llenando al aire limpio con risas de esperanza. Y cuando tengan ustedes hijos, que mamen con la leche del pecho de su madre el amor al trabajo y la alegría. ¡Y no necesitan ustedes dar más ni a ellos ni a vuestra patria para haber cumplido heroicamente su deber de patriotas! — G. MARTÍNEZ SIERRA.

La falta de amor es un grado de imbecilidad, porque el amor es la perfección de la conciencia. No amamos porque no comprendemos o, más bien no comprendemos porque no amamos. Porque el amor es el sentido último de cuanto nos rodea; es la verdad, es el gozo que está en la raíz misma de toda creación.

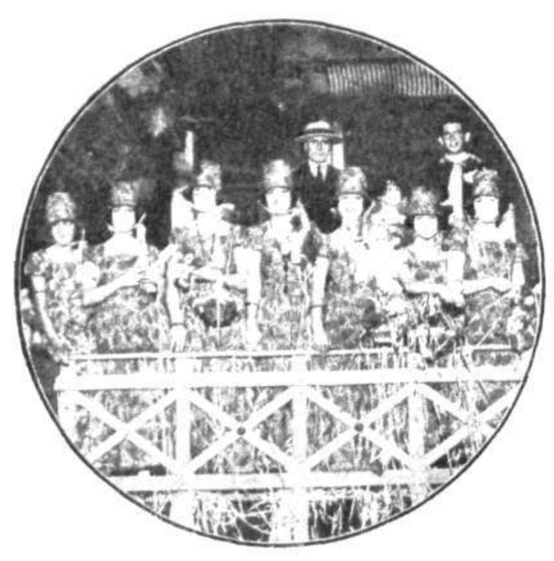
RABINDRANATH TAGORE.

De Avellaneda

Fiestas de Carnaval



Palco ocupado por las señoritas de Rojas, Carbone, Micheli y Saraceno.



Señoritas Restano, Calcagno y Hermanio, que ofrecían un vistoso conjunto.



Palco ocupado por las señoritas Cánepa Pereyra y Montes de Oca.



10.000 personas en la República

USAN DESDE HACE AÑOS LA FAMOSA

Agua Salles

que devuelve al cabello canoso su primitivo color

y no se crea que todas son mujeres, no. Hay por lo menos tantos hombres como señoras, y esto se explica. En nuestra época, ser viejo es molesto, y por eso el hombre también trata de que la vejez venga lo más tarde posible.

En esta tierra de grandes actividades se requieren hombres fuertes y jóvenes. Un hombre canoso encuentra difícilmente una posición o una novia.

¿Qué mal hay, pues, en corregir los efectos del tiempo?

El Agua Salles

tiene un buen efecto sobre la barba y el cabello; no es peligrosa y no necesita usarse cada día.

La hay en dos tipos: INSTANTANEA y PROGRESIVA

SE VENDE EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

E. SALLES, perfumista-químico. — París.

A. LOURTAU y Cía. - PARANA, 182. BUENOS AIRES



PALABRAS A DELMIRA AGUSTINI POR ALFONSINA STORNI

Estás muerta, y tu cuerpo, bajo uruguayo manto,
Se limpia de su fuego, descansa de su llama.
Sólo desde tus libros tu roja lengua llama,
Como cuando vivías al amor y al encanto.

Hoy si un alma de tantas, sentenciosa y obscura,
Con palabras pesadas va a sangrarte el oído,
Encogida en tu pobre cajoncito roído
No puedes contestarle desde tu sepultura.

Pero sobre tu pecho, para siempre deshecho,
Comprensivo vigila, todavía, mi pecho;
Y si ofendida lloras por tus cuencas abiertas

Tus lágrimas heladas, con mano tan liviana
Que más que mano amiga parece mano hermana,
Te enjugo dulcemente las tristes cuencas muertas.

EL VIEJO VIZCACHA

TANGO DE
ARMANDO C. OMAR
POR LA ORQUESTA
ROBERTO FIRPO
DISCO Nº 6240

DISCOS DOBLES NACIONAL

Las Novedades de la Semana

ROBERTO FIRPO
Orquesta Típica y Jazz-Band

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centímetros, a $ 3.—

6240 { **El Viejo Vizcacha.** Tango con serrucho. Típica. A. Omar.
My Love. (Mi amor). Shimmy con serrucho. Jazz-Band. U. Toranzo.

6244 { **Sonrisas Arabes.** (Arabian Smiles). Shimmy con serrucho. Jazz-Band. R. Despet.
La Sombra. Tango. Orquesta Típica. A. Riscossa.

FRANCISCO CANARO
Orquesta Típica y Jazz-Band

6959 { **El Besito.** Tango. Típica. J. de Dios Fil'berto.
La Vuelta de Roch-. Tango. Típica. J. de Dios Filiberto.

6964 { **Sonrisas Arabes.** (Arabian Smiles). Shimmy con serrucho. Jazz-Band. R. Despet.
China de mi Amor. Zamba. Típica. F. Canaro.

ELEUTERIO YRIBARREN
American Jazz-Band

8017 { **¡Hispanis!** Shimmy. F. Walter.
I Never Miss the Sunshine. (Yo nunca pierdo el solsito). Fox Trot. Hawey-Voderg.

8019 { **Annabelle.** Shimmy. R. Henderson.
Anoche en un Taxi. Shimmy-Fox Trot. Brown.

ORQUESTA TIPICA PACHO (Juan Maglio)

7416 { **Copa de Oro.** Tango. A. Amorino.
Cariñosa. Tango. F. Frontera.

MARIO A. PARDO
(Con acompañamiento de guitarras)

6576 { **Mi Amorcito.** Tango. Caruso-Canaro.
¡Pero Otra cosa Tienes!... Zamba. Sánchez-Arista.

IGNACIO CORSINI
(Con acompañamiento de 2 guitarras)

225 { **Sacate la Caretita.** Tango. Caruso-Cosenza-Schumaker.
Mi Alazan Tostao. Estilo. A. Río.

LOLA MEMBRIVES
(Con acompañamiento orquesta maestro Terés)

Disco doble «NACIONAL», de 25 Ctms., a $ 3.25

10445 { **Ya Viene Clariando el Día.** Chacarera. C. M. Portela.
Sos Tan Bonita. Zamba. A. R. Avilés.

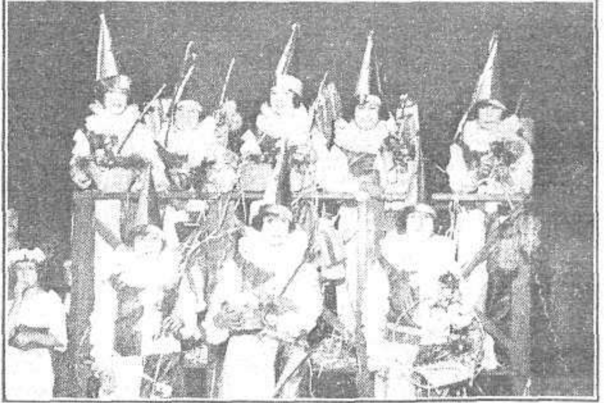
Fonógrafo Glücksmann sin bocina.

Es la máquina parlante mejor dotada, más resistente y de precio más bajo. Unica en su precio: con 200 púas . . $ 45.-



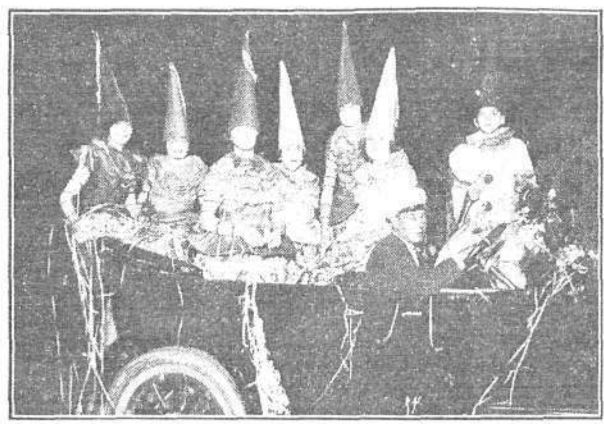
De Bernal

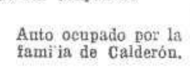
Palco ocupado por las señoritas de Boasi, Nicolieb, García, Denda y Moreyra.





Otro de los palcos, que llamó justamente la atención, por la vistosidad y alegría de sus ocupantes.

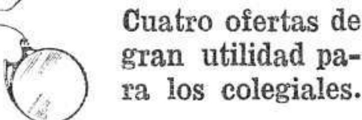




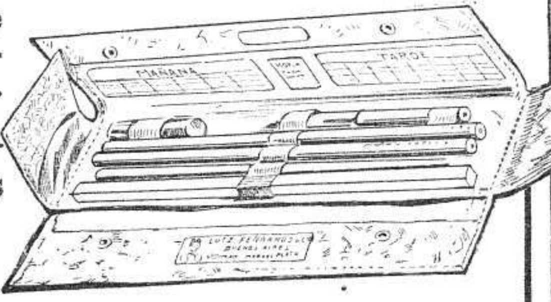
Auto ocupado por la familia de Calderón.

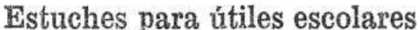


AÑO ESCOLAR 1924



Cuatro ofertas de gran utilidad para los colegiales.

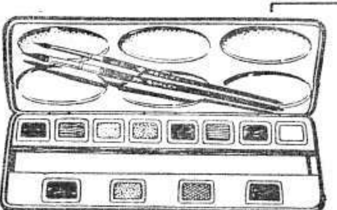




Estuches para útiles escolares

Conteniendo regla de madera, lapicera, dos lápices Faber, lápiz de bolsillo, depósito para plumas y un horario.................. $ **0.90**

Para el interior, agréguese $ 0.20 para franqueo.



Cajas de pintura para acuarelar

Con colores inofensivos.

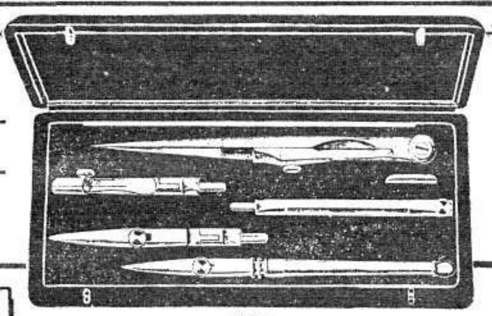
De 8 colores y un pincel.............. $ **0.80**
„ 12 „ „ „ „ .... „ **1.20**
„ 16 „ „ dos pinceles .... „ **1.60**

Para el interior, agréguese $ 0.20 para franqueo.

Cajas de compás

Con 7 piezas .... $ **4.—**
„ 11 „ .... „ **6.—**

Para el interior, agréguese $ 0.20 para franqueo.





Estuches de lápices de color

De 8 colores diferentes... $ **0.25**
De 16 colores diferentes... $ **0.50**

Para el interior, agréguese $ 0.20 para franqueo.



Corregir los defectos de la vista en los niños, es facilitarles el éxito en los estudios.

ANTEOJOS Y LENTES

Exactamente los que su médico receta.

Primer Instituto Optico Oculistico

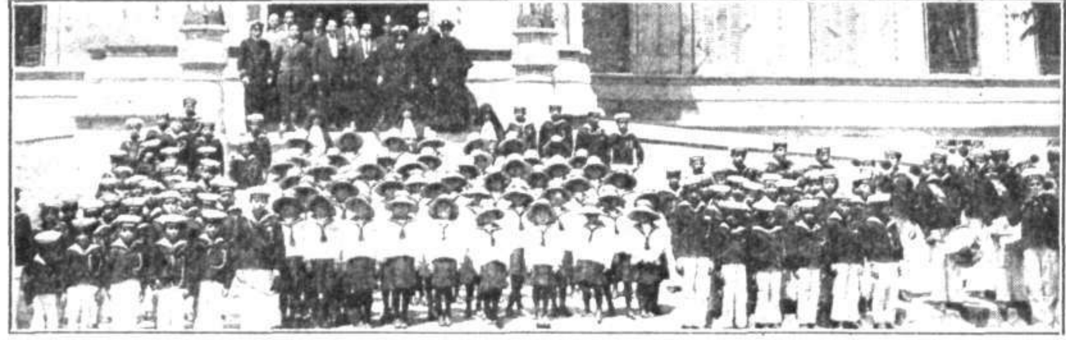
LUTZ, FERRANDO Y C^IA.

FLORIDA 240 — BUENOS AIRES

CABILDO, 1916. Belgrano. ALMIRANTE BROWN, 1067. Boca. RIVADAVIA, 6879. Flores.

ROSARIO — CORDOBA — TUCUMAN — SANTA FE — LA PLATA — MAR DEL PLATA

De Bahía Blanca



Niños del "Asilo Naval" frente a Palacio de la Municipalidad, después de asistir al lunch con que fueron obsequiados por las autoridades durante su visita a esta ciudad.

EL CREDO DE LOS KU-KLUX-KLANES

El periódico intitulado «La Cruz de Fuego», publica el siguiente credo en cada uno de sus números:

«Creo en Dios y en las enseñanzas de la religión cristiana, y asimismo creo que una nación que no cree en Dios no puede nunca prosperar.

«Creo que cualquiera iglesia que no esté basada en los principios de la moralidad y de la justicia es una burla que se les hace a Dios y al hombre.

«Creo que es indigna cualquiera Iglesia que no se preocupe por el bienestar de todo el pueblo.

«Creo en la eterna separación de la Iglesia y del Estado.

«No tengo alianza en el extranjero con ningún gobierno, con ningún emperador, con ningún rey, con ningún papa, ni con ninguna potencia extranjera política ni religiosa.

«Tengo una gran alianza con la bandera de mi patria, después de la que tengo con Dios.

«Creo en las leyes justas y en la libertad.

«Creo en la defensa y sostenimiento de la Constitución de estos Estados Unidos.

«Creo que nuestras escuelas públicas libres son la base fundamental del buen gobierno, y que los que tratan de destruirlas, son enemigos de nuestra república y son indignos de ser sus ciudadanos.

«Creo en la libertad de la palabra.

«Creo en la prensa libre, sin trabas que le impongan los partidos políticos o las sectas religiosas.

«Creo en la ley y en el orden.

«Creo en la protección que debe impartírsele a la pureza de la mujer.

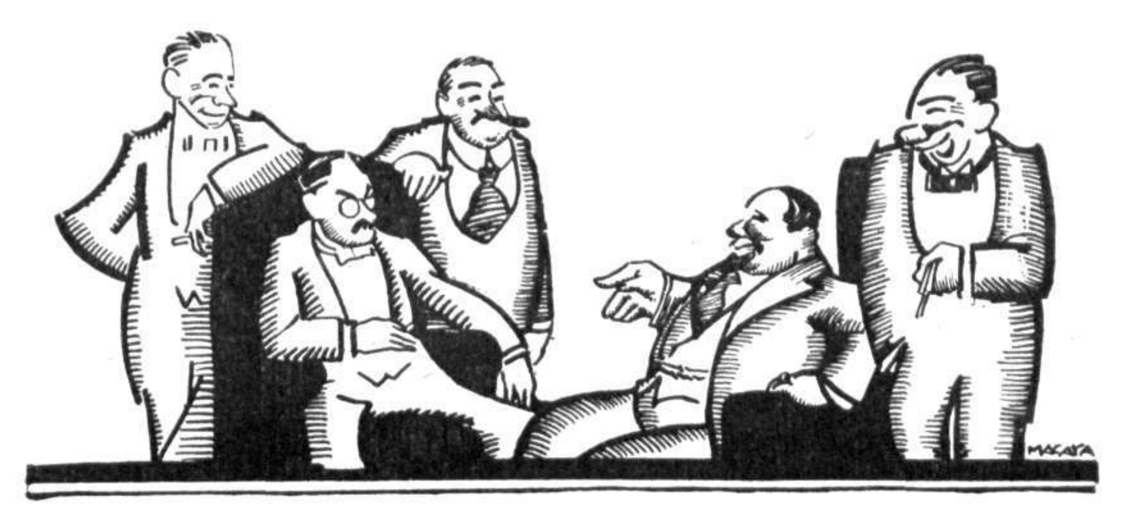
«No creo en la violencia de las chusmas; pero sí creo que deben promulgarse leyes que eviten las causas que dan origen a la violencia de las chusmas.

«Creo en la mayor intimidad que debe existir entre el capital y el trabajo.

«Creo en la supresión de las huelgas injustificadas que obedecen a los agitadores extranjeros.

«Creo en la restricción de la inmigración extranjera.

«Soy ciudadano americano de nacimiento, y creo que mis derechos en este país son superiores a los derechos de que aquí gozan los extranjeros.»



LA «ENTENTE» HISPANOITALIANA JUZGADA POR AMARRETE

L exdiputado del régimen caído, Sinforoso Robledal, castizo parlamentario español, y don Prudencio Amarrete, son ya como chanchos. Desde el instante en que los presenté, en la forma ya narrada, cobráronse mutuo y cordial afecto. El diputado va, poco a poco, penetrando en los misterios del lenguaje criollo.

— Encántame la original verba de este americano — me dice Robledal; — plasma sus ideas con un gracioso léxico naturalista, rural o campestre, y en medio de construcciones gramaticales absurdas, usa precisos y pertinentes vocablos de nuestros clásicos, caídos en desuso en España. Además es un observador muy agudo, y no carecen de profundidad muchos de sus conceptos. Nuestra actualidad política la juzgó la otra noche con singular penetración. Colige de sus conceptos, prudentes y cautelosos, que el Directorio debe derrocar la monarquía. ..

— Yo también colijo eso — digo.

— Estos americanos tienen un criterio muy rectilíneo.

— Sí, señor: derecho, viejo, como dicen ellos...

— Se advierte al punto que los americanos, de que es buen «spécimen» el señor Amarrete, van labrando la fisonomía de sus pueblos a golpes revolucionarios.

— No tienen el cuero para aceite...

— No comprendo...

— Perdone usted — me apresuro a decirle; — a veces se me pega el lenguaje de mi amigo Amarrete. Con frecuencia, al hablar, me equivoco de Continente.

Por su parte, don Prudencio está encantado con Robledal.

— Habla lo más lindo don Sinforoso. ¿Le ha oído usted, don Pancho, en el Congreso?

— Sí, varias veces.

— ¿Macanudo, no?...

— Habla bien; tiene una dicción magnífica; pero nunca dice lo que piensa.

— En un lao tiene los güevos y en otro pega los gritos. ¡Lindo el Martín Fierro!; ¿cierto, don Pancho?...

— ¡Ya lo creo!...

— ¡Qué filosofía! ¿Y la del viejo Vizcacha? Vea, amigo, en el viejo Vizcacha he aprendido yo la ciencia de la vida. Don Sinforoso me recuerda, cuando perora, a Belisario Roldán. Hablaba lindo el loco, ¿no, don Pancho?

— Admirablemente.

Don Prudencio se va a curiosear por las mesas del Casino con sus amigos los indianos. Yo vuelvo a reunirme con Robledal. Y se nos acerca Pepita, la amiga circunstancial de Amarrete, una chulilla casinera, ataviada con relativo lujo señoril y cuajados los dedos de constelaciones de similor.

— Oye, oye, Pepita — dice el diputado: — ¿qué tal don Prudencio?

— ¡Es un barbián! No es de esos de puro bulebú con soda...

— ¿Qué dices? — exclama don Sinforoso.

— ¡Que no arrugue, que no hay quien planche!...

— ¡Se le ha pegado el lenguaje de don Prudencio! — dice Robledal.

— ¡Y cómo no, mi amigo! — exclama la muchacha, poniéndose en jarras.

— Pero, oye, oye: ¿y cuándo se vaya?...

— Me mando mudar con él no más — replica la moza, imitando el tonillo criollo. — Ya me lo dijo anoche: «¡agarráte, Catalina, que vamos a galopiar. Te llevo a Buenos Aires». Primero vamos a París, para que me haga unos trajes Paquito...

— Paquin — corrige el diputado.

— Paquin, o Paquito, es lo mismo. En Francia, a los Paquitos se les llama Paquines, y en Buenos Aires creo que Paquetes, porque Amarrete me ha dicho que me va a llevar lo más paqueta.

— ¡Qué suerte, Pepita! ¿Quieres llevarme de secretario?

— ¿Para qué quiero yo secretario si no tengo secretos? Además, usted tiene que volver a macanear al Congreso.

— No lo creas, macabisa. El Directorio me ha colgado la galleta. Ya ves que yo también voy *aprendiendo a hablar en criollo* — *dice riéndose* el ilustre parlamentario.

REUNIDO el grupo en un extremo del vasto salón del Casino, se hace amena conversación sobre los sucesos de actualidad. En tono parlamentario, efecto de la nostalgia, Robledal pregunta a don Prudencio:

— Aunque ello sea extralimitar los fueros de la discreción, y aun abusando de la bon-

dad del señor Amarrete, abuso justificado por la complacencia de escuchar su elocuente palabra, quisiéramos conocer el juicio, siempre ponderado y notoriamente agudo, que le merece la confraternidad ítalo-española con ocasión del viaje de los reyes y del jefe del Directorio al país de la belleza, del arte y de la armonía.

— Lindo no más, don Sinforoso; habla usted macanudamente. Me malicio que habrá hecho roncha en el Congreso, tapándoles la boca a más de cuatro. Yo no puedo responder a su pregunta por el lado de la política internacional europea, porque de ese batifondo no capisco ni ente, aunque...

Intervengo con explicaciones ante los gestos de incomprensión de Robledal.

— Aunque ya veo que hay desavenencia en el Mediterráneo, porque franceses, ingleses, griegos, *chuecos*, eslovacos y el diablo a cuatro, se llaman a la parte en ese mar. Debe ser un pleito de aguas jurisdicionales como el que nosotros mantenemos sobre el río de la Plata con brasileños y uruguayos, y que enredó todo lo que pudo el finado Río Branco, que era, amigo, para los pleitos internacionales.

Robledal no ha entendido una palabra. Mi falta de dominio del protocolo rioplatense, deja quizá el asunto más embrollado.

— De lo único que yo puedo hablar algo — prosigue Amarrete — es de los efectos que entre los españoles y los italianos de América tendrá la farra que han armado en Roma los reyes y las reinas, juntamente con Mussolini y don Primo.

— Muy interesante, don Prudencio, muy interesante: háblenos usted de esos efectos.

— Vea, don Sinforoso: la gayegada y la gringada, como nosotros llamamos cariñosamente a las dos colonias que tanto contribuyen al progreso de nuestro páis — que va en punta, amigo, en todo el Continente — andaban medio ladeadas...

— ¿Cómo? — pregunta Robledal.

— Quiere decir — apunto — que la cordialidad no era muy efusiva.

— Es extraño; los hijos de las dos naciones que dilataron los confines del mundo, dando una el genio náutico y la otra los paladines de la epopeya; madre una del Renacimiento, propagadora la otra de la Fe, y difundidoras ambas de los sabios principios jurídicos de la Roma inmortal, unidas las dos en Europa por tradiciones seculares y...

— Eso es en Uropa — ataja Amarrete; — pero en América, otra cosa es con guitarra.

— ¿Con qué?...

— No es que se pelearan, don Sinforoso, eso no, pero no congeniaban, como manda la común latinidad...

— ¡Lindo no más el parrafito! — dice el vasco Danzarain en tono de broma.

— No me chichonée, ugartista cachafaz. La común latinidad quiere decir que todos salieron de las verijas de Roma. ¿Compriende, amigo? porque a usted hay que hablarle en lenguaje tambero...

— ¡Oh... no jorobe, amigo! Los vascos no venimos de Roma; no se pensaba tuavia en poner allí un ladrillo cuando ya los vascos estábamos en los Pirineos. Yo también sé algo de las historias. ¡Qué se ha cráido, compañero!...

— Los vascos vienen de ande San Juan perdió el poncho, y hablan un lenguaje que no lo entiende ni el diablo.

— ¿Y a qué reconcomios atribuye usted esa falta de compenetración armónica entre las dos colonias? — pregunta Robledal.

— Vea, señor: dándole vueltas al mate...

— Quiere decir cavilando — apunto.

— Yo he llegado a miliciar...

— Suponer — agrego.

— Que la cosa viene de lejos. Los españoles conquistaron Italia. Porque hubo un tiempo, amigo, en que toda la cancha del mundo era poca para la gayegada. Y no se anduvo en chiquitas: con el Cristo en una mano y el garrote en la otra, ¡amigo! los lecoscorrieron a media Uropa y a toda la indiada de América! Y aunque luego hubieron de aflojar, porque no siempre se puede andar en la buena, les quedó un orgullo de conquistadores que cada uno, amigo, parece un don Juan. Nosotros, los criollos descendientes de españoles, somos también los más garifos. Nos parece que no hay otros. Lo heredamos, amigo; no hay que hacerle.

— El italiano también es altivo — arguye Robledal.

— Cierto, señor: el italiano, en cuanto repunta no hay quien le pise el poncho; es tan altivo como el español. Y ahí está el mal: como ninguno de los dos afloja, las relaciones se empacaban.

— Quiere decir — aclaro — que se detenía la corriente afectiva.

— Y este empacamiento — prosigue Amarrete — se ha ido metiendo hasta el eje con la cuestión de Colón, al salir aura los españoles diciendo que el capitán de las carabelas era gayego, de Pontevedra. Comprienda usted, don Sinforoso, que la gringada tenía que ponerse fula...

— Muy enojada — advierto a Robledal, que se ha quedado con la boca abierta ante el extraño término.

— ¡Ah, claro, claro! — asiente el parlamentario.

— ¡Figúrese, señor, al cabo de los siglos salir con esa empanada. Pero, señor, si el propio gran gringo firmaba Cristóforo, ¿cómo iba a ser de Pontevedra? Si al meterle la firma en el contrato con Isabel la Católica para estipular lo que iba ganando por el viaje, no escribió Cristóbal, yo juez, ahí no más sobre el pucho, fallo sin apelación, diciendo que era genovés, quizás de los barrios del puerto no más. Pensar otra cosa es gana de embromar. Además, los españoles ya tienen a doña Isabel, que empeñó, amigo, toda la chafalonía...

— ¿Qué, qué?... — interroga Robledal.

— Las alhajas — digo.

— Para que don Cristóbal

pudiera poner a flote las carabelas y rumbiar para el otro mundo. Pero no les basta a los españoles con doña Isabel y quieren tener también a don Cristóbal. ¡Es mucha angurria, compañero! Hay que repartirse la historia, como buenos amigos. Ya los españoles se llevaron la mejor parte: las tierras, la indiada, que tenía que agachar el lomo con las encomiendas; y luego, amigo, lo que nunca he podido explicarme, quedó la lengua española encima de la italiana. ¿Por qué no mandaría Colón que se hablara la del Dante? Yo he maliciao siempre que don Cristóbal, como anduvo tantos años por España, buscando plata para el viaje y hablando con frailes y astrónomos, para convencerlos de que había una América, y luego su camote con doña Beatriz, que era una andaluza lo más buena moza, una papita, pues... claro... de tanto hablar castilla en la reja y en los conventos y con los astrónomos, que eran los Basauri y Urriza de aquel tiempo, medio *se le olvidó el italiano*, y se impuso la de Cervantes, que andando el tiempo nosotros los criollos hemos corregido un poco, mesturando con ella algunos términos gauchos, que no le van mal, como habrá podido apercibirse el señor don Sinforoso...

—Efectivamente; es un lenguaje muy plástico y muy interesante. La raíz es castellana y...

—Sí, dotor; sólo varían las ramas; allí tenemos el ombú; aquí hay otros árboles; pero la raíz es la misma en la lengua. Volviendo a lo de Colón, ya lo ha dejado arreglado don Alfonso en Roma, en su discurso ante don Víctor Manuel, reconociendo lealmente que don Cristóbal era italiano. Y yo creo que después de esta declaración de su rey, los españoles de Buenos Aires ya no pueden seguir embromando con que era de Pontevedra. Otra causa de disgusto entre las dos colonias fué cuando en Italia sacaron de en medio a Cadorna, porque iba mal la guerra, y pusieron al general Díaz, que lo endereció todo y corrió a los austriacos. Pues los españoles chichones empezaron a decir que Díaz era medio español. ¡Aquello, amigo, no se podía aguantar! Póngase, dotor, en su caso.

—Nada tiene de particular. Aquí tenemos ahora un general que se llama Cavalcanti, que ha dado a los moros una carga de caballería formidable.

—¡No me diga!...

—Sí, señor. Desciende de italianos. Y en la primera guerra civil tuvimos otro general extraordinario, no descendiente de italianos, sino italiano de nacimiento, Borso di Carminatti, que batió a los carlistas en Aragón y fué capitán general de Zaragoza, donde luego se sublevó, a la par de Riego en Andalucía, y murió fusilado por mandato de Fernando VII.

—Con los reyes no se juega, amigo; levantan no más el dedo y le hacen parar las patas a cualquiera.

—Pero, después de las entrevistas y fiestas celebradas en Italia, las colonias marcharán en armonía —dice Robledal.

—Me malicio, dotor, que así será no más. Ya he visto por los telegramas que en Buenos Aires se han banqueteado de lo lindo las dos colonias, y que le han metido al champán duro y parejo. Los bombos mutuos que se han atracado Don Primo y Mussolini han producido allí el mejor efecto. Los dos dictadores han dicho que van a sacar a flote a los dos países. Y ellos deben saberlo no más cuando lo dicen. Pero parece, amigo, que Francia está por montar el picaso, porque se malicia que entre Italia y España la van a sacar un poco de agua del Mediterráneo. En este entrevero, falta saber para qué lao tirará Inglaterra, porque si ella hace la pata ancha en el mar, la patota que han formado Mussolini y Don Primo va a salir medio *falluta*...

Robledal presume lo que quiere decir; pero apenas entiende una palabra.

—¿Y qué le ha parecido a usted, señor Amarrete, el discurso de Don Alfonso en el Vaticano?

—Bien no más, señor. Vea, don Sinforoso: yo siempre he cráido que sin religión no se puede vivir, porque el mundo, amigo, se llenaría de matreros. Además, cuando llega la hora de entregar el rosquete...

—¿Cómo?...

—La hora de la muerte —digo.

—Todos los apuros de este mundo ceden la cancha a los apuros del otro mundo, donde no sabemos, amigo, si la vaca nos resultará toro. Y bueno es largarse prevenidos por lo que pueda ocurrir. Yo creo que el que se porta bien aquí abajo, sin jorobar a nadies, ni alzarse con su plata, no le puede ir mal allá arriba, desde donde todo se ve. La religión es buena también para que la familia no se desmande como hacienda chúcara. Por eso yo los otros años, cuando el diputado Olivera presentó en la Cámara de mi páis el proyecto de divorcio, fuí de parecer contrario. La ley no pasó por un chiquito, por un solo voto. El dotor Ernesto Padilla, de los Padillas de Tucumán, la combatió con unos discursos, amigo, de mi flor, que pusieron a Olivera en apuros para retrucarle. Las señoras — no podía ser de otro modo — dieron la razón al Tucumano. Olivera alegaba que el matrimonio era como otro contrato cualquiera, pudiendo deshacerse el compromiso. ¡Mire, amigo, que comparar el matrimonio con un contrato de arrendamiento o de prenda agraria! ¡Una locura, señor, que sólo existe en Montevideo, porque la Banda Oriental siempre fué un loquero! El divorcio no remedia nada cuando uno anda medio ladeao con la patrona, porque queda el problema de los pibes. Y si uno se machimbra en Montevideo, convierte uno a los pibes en guachos. Hay, cierto, casos graves, como cuando le embarran a uno la mujer; pero, en este triste percance, lo mejor es, después de meterle bala al otro, sacarse uno de en medio, porque, divorciado o sin divorciar, ¿ande va uno, amigo, con las guampas sobre el mate?...

Robledal hace gestos de incomprensión. Intervengo con ilustraciones en el texto.

—Por eso, amigo —añade Amarrete— Don Alfonso ha hecho bien en prometerle no más al Papa que todos seremos buenos cristianos.

—Diga usted, señor Amarrete: ¿a qué puede atribuirse que el rey haya pedido capelos cardenalicios para los americanos?

—Vea, don Sinforoso: Nosotros, los argentinos y los brasileños, andamos siempre medio torcidos. Ellos quieren que el cardenal esté en Río Janeiro, y nosotros en Buenos Aires. Y yo me malicio que don Marcelo, cuando estuvo en España, le pediría a Don Alfonso que nos echara una manita en este asuntito. A don Marcelo se lo pedirían las damas, y como él es tan complaciente con ellas, no trepidó, lo que estuvo en Santander, en darle el encargo a su compadre. La cosa parece que marcha sobre rieles, y no valdrá, amigo, que griten los brasileños para llevarse ellos el cardenal . . .

La reunión se disuelve.

—Hemos de continuar la sesión —dice Robledal.

—¡Cómo no, don Sinforoso! —contesta Amarrete...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE



Miembros del "Circolo Italiano" que conmemoraron con un picnic el 8.° aniversario de la fundación de dicha entidad.

LA MALDAD

¿Es la Maldad una fuerza en la lucha por la vida?

Muy al contrario: la manera más fácil de triunfar en la existencia es la buena conducta de los demás.

Debemos levantarnos diariamente con el firme propósito de conquistar almas.

La maldad produce el vacío en rededor nuestro; la desconfianza y la suspicacia son fuerzas repulsivas; la simpatía, en cambio, hace de cada hombre un colaborador o cuando menos suprime en ella toda calidad de obstáculos.

Cuando alargamos la mano a un desconocido, nuestro propósito debe ser éste: hacer de él un amigo más. Las horas que pasamos en sociedad deben dedicarse especialmente a conquistar amigos.

Una sonrisa, un apretón de manos franco, un saludo afectuoso, un obsequio mínimo hecho oportunamente, un cumplimiento discreto, que no sea jamás adulación, he aquí las más eficaces redes para pescar almas sin esfuerzo.

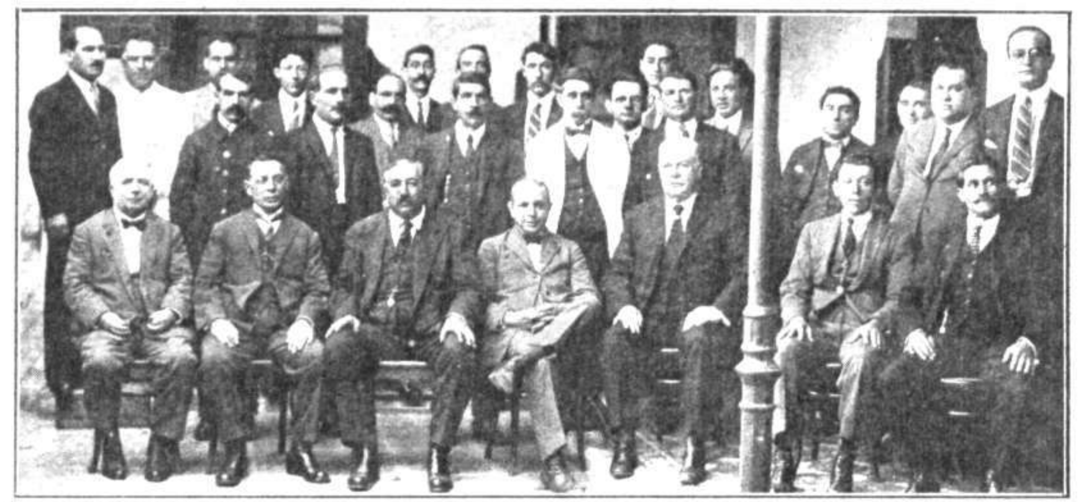
El pescador de almas logra pronto en su ejercicio una destreza insuperable.

Así como los donjuanes, mientras más conquistan más poder de seducción adquieren para seguir conquistando, así los pescadores de almas, con cada pesca fructuosa, aumentan de un modo considerable su simpatía, su don de gentes; la función crea el órgano.

Se ve, pues, que aun dejando aparte la ética, un espíritu cordial, bondadoso, hospitalario, es un elemento incontrastable en la lucha por la vida. Sea dicho esto para los utilitaristas.

Para los otros, para los que no consideran la ganancia como finalidad de toda acción, para los seres excelsos que, como Franklin, se preguntan siempre, al llegar a cualquier sitio: *¿Qué bien puedo yo hacer aquí?*, para los espíritus superiores que sólo aspiran a difundirse, a derramarse sobre el mundo, como el sol, en oleadas de luz ¿qué recompensa mejor que la delicia misma de esta difusión?

¿Cómo debe hacerse el bien? — se pregunta el divino Marco Aurelio — y responde: — *Hay quienes después de haber servido a alguien, se apresuran a apuntarle en cuenta este favor. Otros no hacen esto; pero tienen siempre presente en su memoria el servicio que han prestado y miran a quien lo ha recibido como un deudor. Otros, por último, ni siquiera piensan que han favorecido a los demás, semejantes en esto a la viña, que después de sustentar los racimos no pide nada, contenta de haber producido el fruto que le es propio. El caballo que ha andado su camino, el perro que ha ido a la caza, la abeja que ha acendrado la miel, y el bienhechor no hacen ruido, pasan a ejecutar otras acciones de la misma naturaleza, como la viña, que en la nueva estación, da nuevos racimos.* — AMADO NERVO.



Socios del "Club Pellegrini" que conmemoraron el 4.° aniversario de la fundación, organizando con este motivo un lucido programa de festejos.

LO QUE SUFREN LOS ANIMALES PARA QUE LAS MUJERES SE ADORNEN Y ABRIGUEN CON PIELES.

Aunque la Humanidad es tan egoísta que no se conmueve más que por las «estocadas» que recibe cada «paciente» en su caja de caudales, vea el sentimentalismo femenino lo que por su abrigo suave y fastuoso sufren los míseros animales cuyas pieles están más en boga. Son datos aportados a un Congreso que se acaba de celebrar en América.

En las comarcas en que la caza abunda se venden anualmente unos seis millones de cepos de acero. Con ellos se logra la captura de los 20 millones de animalejos que son precisos para adornar los bustos de las damas. Pero los aparatos en cuestión tienen — es bien sabido — un gravísimo defecto: el de no matar casi nunca su presa. Y así ocurre que los cándidos prisioneros que caen en sus garras se rompen las patas a menudo, o, a costa de esfuerzos inauditos, «abandonan» otro cualquiera de sus miembros. El que perece ha de soportar el frío, el sol, el hambre... y a veces las dentelladas de otro «prójimo», amén de los dolores consiguientes.

El Congreso de que nos ocupamos ha consignado su protesta. «In pectore», todos aprobarán tal decisión. Mas sospechamos que el comercio de pieles no va a disminuír gran cosa su volumen actual.





RIBAS
921
LOS NIÑOS
DEBEN SER LAVADOS CON JABÓN
HENO DE PRAVIA
QUE NO CONTIENE MATERIAS
CÁUSTICAS QUE DAÑARÍAN SU
DELICADA PIEL
PERFUMERÍA
GAL
MADRID
GAL
MADRID
REPRESENTANTE GENERAL PARA ARGENTINA Y URUGUAY
JORGE E. CHADWICK
HUMBERTO 1.º 3545 — BUENOS AIRES

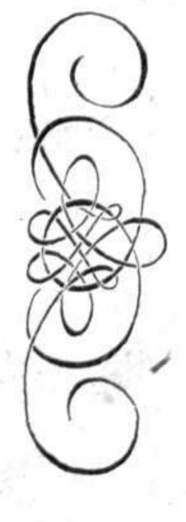


SE DICE...



Que he perdido el cariño de lo bello,
que en mi austera y fatal filosofía
he dejado la flor del pensamiento
morir de tedio y de melancolía.

Que mi rosa de otoño ya no es rosa,
ni es poesía mi verso obscuro y triste;
que en mi trágico vaso hay solo sombra
y que mi amor antiguo ya no existe.



Preguntaré: ¿la flor no cuaja en fruto?
¿no copia el pozo la lejana estrella?
¿no hay un diamante en el carbón obscuro?
¿no es la última rosa la más bella?

Dios bien lo sabe, que mi amor inmenso,
duplica con la noche que se allega,
y que en el hondo lago del silencio,
más pura cada vez, mi alma navega.

¡Qué importa si mi verso se transforma,
perdiendo su prestigio en la contienda;
más allá del Imperio de la Forma,
se halla la Eternidad, dulce y tremenda!

Efímera corola solitaria,
— he dicho alguna vez — el verbo mío,
pasará transparente como el agua,
pero esa agua de amor ha de ser río...

Río que fluya de la vida misma
hacia el Oriente puro suspirando,
y al través del Desierto, día a día,
pródigamente azul: ¡vaya aumentando!...





Todo lo reune la

CONCERTOLA

¿Porqué no la adquiere usted?

Esta hermosa CONCERTOLA nuevo modelo N.º 5 bis representando real valor artístico, la entregamos con solo un desembolso de

$ 33.=

al contado y 10 mensualidades consecutivas de $ **33.**— cada una.

Solicite hoy mismo la fórmula de solicitud.

No cerramos los sábados.

No tenemos Sucursales.

Avenida de Mayo
979
Buenos Aires

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

De Chacabuco



Parte de la selecta concurrencia que asistió al baile realizado en el Palacio Municipal a beneficio de la Escuela de Artes y Oficios.

ALAMBRE DE ALUMINIO

La aplicación del aluminio a muchas industrias ha sido realmente un gran paso por las muchas combinaciones metálicas a que se presta. El alambre de aluminio se emplea en las líneas de transmisión eléctrica de alta tensión, por ser de un peso muy ligero y ofrecer relativamente poca resistencia. Por otra parte, posee la ventaja de ser más ligero, permite tramos más largos entre poste y poste, lo que representa una economía de estos últimos. Ultimamente se fabrica aluminio reforzado con acero con el cual podráse alargar más la distancia de poste a poste.

UN NUEVO PROCEDIMIENTO PARA CONSERVAR LA MADERA

M. Chavastelon acaba de comunicarlo a la Academia de Ciencias de París. Numerosos y repetidos ensayos, llevados a cabo durante doce años, han conducido al autor a reconocer como particularmente eficaz la solución de bicromato de cobre. Esta solución puede prepararse fácilmente, mezclando soluciones hechas en caliente pero enfriadas, de bicromato de potasa y de sulfato de cobre, cada una de ellas al 6 por 100.

Si se baña previamente la madera con una solución ligera de cola fuerte y se le deja secar, la gelatina insolubilizada por el bicromato alcalino ligeramente excesivo, asegurará una obturación más completa de los poros de la madera, y, por lo tanto, la conservación será mejor.

De Carlos Casares



Concurrentes al picnic organizado por el "Centro Algarrobense" a beneficio de la Sociedad de Damas israelitas de esta localidad.

CURIOSO FENÓMENO

Cierta vecina de Chicago, la señora Field, que hasta ahora nunca se le había ocurrido trazar sobre un papel líneas representativas de imágenes, sintió hace poco impulsos invencibles de dibujar, y tomando papel y lápiz empezó a componer una porción de obras, que se consideran maestras, de estilo egipcio. Los egiptólogos se hacen lenguas de la belleza de estas composiciones que guardan una semejanza maravillosa con los diseños de la época de Ramsés II. La señora Field ha expuesto sus obras en Chicago.

Declara esta artista inconsciente que no comprende nada de lo que le sucede. Le basta sólo con colocar la punta de un lápiz sobre el papel para que, sin el menor esfuerzo de su parte, la mano, guiada por una influencia misteriosa, trace los rasgos del dibujo. Los espiritistas y los teósofos se hallan divididos acerca de la interpretación del fenómeno. Los primeros afirman que la señora Field es inspirada por un antiguo maestro del viejo Egipto, en tanto que los segundos sostienen que el propio artista ha venido a este mundo y reencarnádose en la persona de la señora de Chicago.

Señora:

La Casa Izquierdo

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490

especialista en corsés y fajas de alta calidad, le ofrece hoy un bello conjunto de interesantes modelos de su exclusiva fabricación, únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.

FAJA DE GOMA, sobre medida, confeccionada con el más puro caouchouc (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda, a.. $ **35.—**



CORSE, modelo 105. — Confeccionado en rico brocato de seda, floreado, adornado con finas valencianas, presillas y 4 ligas de seda, a pesos...... **25.—**



FAJA, modelo «Aida». — Para reducir el vientre. Confeccionada en coutil de *seda floreada, elástico* también de seda y 4 ligas, a $ **25.—**



FAJA, modelo 95. — Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Por su científica confección reduce el abdomen sin oprimir el cuerpo. En coutil de hilo y seda, elásticos de seda y 4 ligas. Artículo de gran duración, a pesos...... **35.—**



CORSE-FAJA, modelo 625. — En coutil de hilo floreado y elástico de seda, con 4 ligas, a........ $ **20.—**



FAJA modelo 40. — Preciosa faja toda de elástico de seda, muy cómoda y elegante, a pesos...... **25.—**

CANOL

La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.

Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República.

$ 8.—

Unico Concesionario para la América del Sud:

CASA IZQUIERDO
CARLOS PELLEGRINI, 490. - Bs. Aires.

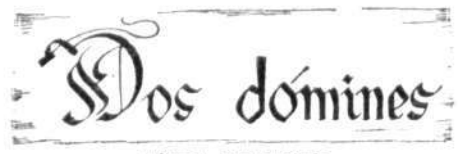
SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE EN SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490
BUENOS AIRES

UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313.



CRÓNICA BONAERENSE DEL AÑO 1608

Tanto más vale, cuánto más sabe — decía don Hernando Arias de Saavedra. — Hombre de poco saber, es de escaso entender.

— No ha de ser tanto, señoría — reparábale su amigo y compañero el capitán Manuel de Frías. — Mucho hombre bueno hay que no sabe leer...

— ¡Más bueno sería si lo supiera! ¡Ah! querido capitán, sueño imposible ha sido instruír a estas gentes...

— Como imposible no lo miro yo: Si aquel pobre dómine Victoria tuvo tan mala suerte, no por ello ha de ser imposible tener dómine que instruya.

— Sería menester, o un rudísimo soldado, que enseñara a golpes, y se metiera en cintura a hijos y padres, o un santísimo varón que soportara y remediara todo. Pero ni lo uno ni lo otro, ya no hay más... — y pesaroso, púsose a jugar sobre la mesa con el puñalillo con que raspaba las enmiendas de los escritos. El capitán Manuel de Frías era muy prestigioso y querido, considerándosele el hombre más llano y bondadoso, que, tanto se daba con sus iguales, como con el último y más infeliz pechero. Y porque andaba aquí y acullá, conocíase a todos, y todos le conocían. Ante el pesar de su amigo pensó y buscó en su memoria:

— ¡Calle! — exclamó al fin. — ¡Si yo me tengo el hombre hecho de encargo para dómine! ¡Vaya que sí!

Hernandarias lo miró con alguna desconfianza:

— ¿Soldado o santo? — preguntó.

— Eso ya no es tan hacedero, pero, tanto monta desque nos servirá. ¿Queréis que vaya por él?

— Como vos queráis; de mí ya sabéis que es mi más gran deseo hallar un dómine.

— ¡Andando! Luego vengo con mi dómine — y muy alegre, entre veras y bromas, se despidió.

Bien que el capitán Frías no fuera de gastar chanzas, y muy menos con él, Hernandarias quedóse sin saber a qué partido darse, y toda la tarde anduvo en los negocios distraído con aquella preocupación. Vecino a oraciones anunciaron al capitán Frías, quien entró seguido de un mancebo.

— Señoría, permitidme el honor de presentaros a Felipe Harias de Mansilla, el estudiante de quien os hablé para dómine.

Hernandarias lo saludó con una inclinación de cabeza, indicándole tomara asiento frente a él.

Era el mancebo de mediana estatura, magro y algo endeble, como hasta de diez y seis años, de mirar inteligente y gesto simpático.

— Bienvenido — díjole Hernandarias amable.

— ¿Sois estudiante?

— Sí, señoría, y muy pronto seré bachiller.

— ¿Qué os parece el enseñar a los pequeños desta ciudad?

— Díjele al señor capitán que me avenía gustoso a ello, y lo creo muy hacedero y de mucha necesidad.

— Son los pequeños levantiscos y malos.

— Confíe en mí Su Señoría. Muy malos son en Salamanca, y se domeñan presto. Descuide Su Señoría.

— Bien, bien, si os comprometéis haré la propuesta a Cabildo — dijo Hernandarias con franca satisfacción. — Mancebo, haréis a vuestros semejantes el mayor bien que puede un hombre hacer a otro: darle saber para que sabiendo mejore y sea más bueno.

Llamó al secretario y le ordenó citar a Cabildo para el día inmediato.

— Ved a todos los cabildantes, que no falte ninguno.

Con tal orden tuvo alas el secretario, y visitó hasta a los más apartados de la vecindad y así, al día siguiente, en casa del capitán Frías, que era donde se reunía el Cabildo por carecer de mejor casa, halláronse: el capitán Manuel de Frías, teniente general de Gobernador y Justicia Mayor; el capitán Francisco de Salas, alcalde ordinario; Víctor Casco de Mendoza, Alfredo Real y Bernardo de León, Antón Higueras de Santana, Juan Nieto de Humanes y Pedro de Frías, regidores.

Presididos por Su Señoría, hízoles éste la propuesta:

— Bien que tan malamente fuera disuelta la primera escuela que pusiera el dómine Francisco de Victoria, es mi deseo que los hijos nuestros tengan instrucción, y no he cejado en buscar dómine que le suceda. Pero mi deseo habríase visto sin cumplir si el señor capitán Manuel de Frías no hubiera hallado, y me le hubiera presentado, a un mancebo estudiante, que se aviene y compromete a enseñar.

Cambiáronse pareceres, queste le conocía al mentado mancebo, y aquél no, y luego, puestos todos de acuerdo, mandó Hernandarias al alguacil llamara a Harias de Mansilla. A muy poco compareció éste, y le fué propuesto.

— Que por cada uno de los que enseñáreis a leer recibiréis cuatro y medio pesos por cada un año, y por cada uno de los que enseñáreis a leer y escribir recibiréis nueve pesos por cada un año, pagado por tercias partes y en plata. Desto os obliguéis como se obligará Cabildo por escritura ante el Escribano del Ayuntamiento.

— Conforme con todo — dijo Mansilla. — Lo que mandéis será cumplido.

— Y yo doy un aposento de mi casa, y le acomodaré como mejor se pueda para que sea de escuela — dijo el capitán Frías.

Todos quedaron satisfechos, y el que más Hernandarias, quien, al siguiente día, con Frías y Mansilla, amuebló la habitación de la escuela, dos largos escaños en que en la guardia del fuerte dor-





mían los soldados, una mesilla, un banco, un gran cajón de menuda arena ; ara hacer las letras y nada más.

Llamados los niños, que alcanzaron a veintitrés, el dómine se desempeñó con toda buena fortuna, ya porque los niños fueran dóciles, ya porque el dómine fuera bondadoso, y Hernandarias, viendo tan buena marcha, y, buenos progresos, estaba encantadísimo:

— Así vamos a maravilla — decía a Frías. — Este es el dómine que necesitábamos.

Y como el Gobernador, los padres, y hasta las madres estaban conformes de la tan buena marcha. Así antes del año sabrían muchos leer, y algunos escribir, con lo que habría ganado en mucho la importancia de la ciudad.

Bernardo de León que, como todos, estaba conforme con el progreso de la escuela, fué a ver a Hernandarias y le dijo:

— De buenas andamos, señoría.

— ¿Por qué así, mi señor León?

— Ayer no teníamos dómine, y hoy tendremos de sobra, que el Bachiller Cuebas anda sin labor alguna y paréceme que podría compartir con Mansilla.

— Verdad... sería muy bueno...

— Si vos lo aceptáis, lo propondré a Cabildo.

— Lo acepto de todo gusto.

— Pues mañana lo propongo.

Así fué que Bernardo de León propuso:

— Que como ya son tantos los niños que sólo Mansilla no puede atender a todos, bien será queste bachiller comparta la tarea.

Aceptósele, y en las mismas condiciones de Mansilla, entró el Bachiller Cuebas a desempeñarse de dómine.

Era este bachiller hombre delgado y alto, más que cuarentón, de fisonomía entre seria y traviesa, y si agradable a primera vista, luego que se le examinaba dábase en pensar que había un no sé qué de raro, que no prevenía en su abono. Pero ni Hernandarias, ni Frías, ni nadie paró mientes en ello, y pues a primer vistazo era grato, grato les fué.

Para repartir la labor convinieron los dómines que Mansilla enseñaría por la mañana y Cuebas a la tarde, repartiéndose los niños, los ocho más adelantados para éste, y los diez y siete para el otro, que así a los adelantados podía el bachiller ilustrar sobre otros conocimientos.



De tal manera concertados no pudieron molestarse, y cada uno cuidó de enseñar cuanto mejor podía. Fué el tiempo corriendo, y marchaba todo en paz, pero... ¡mientras el diablo ande suelto, todo será revuelto!..

Mansilla notó que los estudiantes mermaban, y hoy aquél, y días después otro, y más luego otro, hasta que, de los diez y siete que tenía no le quedaron más que siete, y como en vano preguntó a los niños, echóse a buscar por su cuenta, y halló que los niños se iban a aprender con el bachiller Cuebas:

— ¡Diantre! ¿Seré yo tan torpe? — se preguntó, y como quien no quiere la cosa se fué a ver cómo enseñaba el bachiller.

Cuando Cuebas lo vió entrar no dió muestras de contento, pero se felicitó de su visita y le invitó a que tomara asiento junto a él.

— Yo aun tengo mucho que aprender — díjole Mansilla, — que estudiante soy y a Bachiller quiero llegar.

— Sí, sí, ya, ya — murmuró perplejo Cuebas.

— Conque, seguid vuestra enseñanza.

— Sí, ya, ya... — pero, más perplejo, miraba a todos lados.

Se hizo un silencio un poco largo, y un rapaz, el más rudo y holgazán de los que enseñara Mansilla, díjole a Cuebas:

— Y luego ¿cómo sigue aquella aventura?

Cuebas, un poco atontado, le explicó a Mansilla.

— Para no fatigarlos les amenizo la enseñanza con la narración de bellas aventuras, en las que hallan nobles ejemplos. — Y como Mansilla aprobara, reanudó su narración.

Los niños estaban como en misa, pendientes de lo que decía Cuebas, y así encantados les llegó la media tarde, término del estudio y todos se fueron a sus casas:

— Este es mi modo de enseñar — díjole Cuebas.

— Os felicito, señor bachiller, que sabéis unir a maravilla lo útil con lo agradable. — Y saludándole muy cordial se marchó.

Mansilla, honesto, bueno y noble, llevaba la muerte en el alma, y caminando deprisa pronto llegó a lo del capitán Frías, a quien en dos palabras enteró del suceso:

— Vamos a ver a Hernandarias — díjole éste; y allá se fueron.

Informado Hernandarias, tuvo gran cuajo; mas, pensando, les dijo:

— Mansilla, mañana iremos a la clase de Cuebas y le oiremos ocultos en la estancia vecina.

Y así se hizo; ocultos en la estancia vecina de muy temprano, oyeron desde el comenzar al llegar los niños, quienes comentaban lo del día anterior.

Sonaron tres palmadas y se oyó la voz de Cuebas en medio de un gran silencio:

— Vamos a empezar. Hoy contaré las aventuras del rey ladrón. Era éste un rey de los reinos de la Luna, tierras situadas más allá de los montes del cielo... — Y así, y en muy desenvuelta manera, siguió su narración.

De pronto se abrió la puerta de la estancia vecina y apareció Hernandarias:

— ¡Oh! no os mováis, mi señor bachiller — le dijo sonriendo. — ¡Vaya! Bonito modo es éste de enseñar. ¿Conque vosotros preferís las narraciones del bachiller a las lecciones de Mansilla? ¡Vamos! Ya se ve questo de quereros enseñar es imposible... Señor bachiller Cuebas — dijo, ya en severo tono, — mañana partiréis para donde os plazca, pero, partiréis de aquí... Y vosotros — dijo tristemente, mirando a los niños — idos... idos a vuestras casas... — Y al hacer el ademán que tomaran la puerta, la luz le dió en el rostro, y todos vieron con asombro que aquellos nobles y fieros ojos de Hernandarias brillaban con lágrimas... Y salieron con la cabeza gacha, como en un entierro, y entierro era aquél, que allí moría la escuela que tanto deseara el gobernador.

Enlaces



Señorita Raquel Dora Schapira con el señor Adolfo Gover. — Rosario.



Señorita Elena Estela Rivelli con el señor Horacio E. Cuchetti. — Passo.



Señorita Ana B. Ibarra con el señor Manuel Arbiliaga.—Ayacucho.



Señorita Luisa A. Paz con el señor Dalmiro E. Costa. — Santiago del Estero.



MALTA URANO

IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

Preparada con verdadera malta obtenida de la mejor cebada y con lúpulo de superior calidad, de sabor agradable sin ser dulce, de precio moderado al alcance de todos los bolsillos, es el alimento dietético más indicado para las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes.

Venta en Almacenes y Farmacias.

Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

GARANTIDA IMPORTADA

MALTA URANO

1170 - BARTOLOME MITRE - 1174

Teléfonos:

Unión T., Rivadavia, 1990. Coop. T., Central, 133.



ELECCIONES PROVINCIALES. — El señor Francisco Chelia, presidente de la mesa N.° 2 y vocales de la misma.



Mesa electoral N.° 1 presidida por el señor Angel Andrés Rignone.

LA MUJER

Suave como el murmullo de una fuente, grato como el perfume de las flores, melodioso como el canto de las aves en el bosque, grande como la inmensidad de los abismos infinitos, sublime como el amor divino, así es el amor de la madre.

La mujer es ser delicado, sublime, sensitivo; cuando ha llegado a la maternidad es el ser por excelencia de amor y de equidad. Este amor desbordante, sin valla, de las madres, es amor generoso y abnegado hasta más allá del sacrificio, es amor puro que engrandece a la humanidad, es amor perfección de la tierra, es el que hace la felicidad en la tierra, es el que hace la felicidad en el mundo. La madre, aprendiendo a amar a sus hijos, ama también a la humanidad.

El amor de la madre no es limitado sólo para sus hijos; el amor de la madre se ha despertado para la humanidad entera y la mujer se hace benéfica, la mujer se hace digna siendo madre.

El amor más puro, más grande, más sagrado es el de la madre. ¡Bendecid, hombres que me escucháis, a vuestros padres, bendecidlos en todos los instantes de vuestra existencia, porque no sois otra cosa que el resultado puro y grandioso de la mujer, de ese amor puro y santo de la madre!

¡Abre tu pecho, pueblo que me escuchas, a ese amor puro y sagrado y levanta en tu corazón un altar a esa mujer que te alimentó con su sangre, a esa mujer que expuso su vida por tu vida, a esa mujer superior, a esa mujer digna, a esa mujer ángel.

VICTOR HUGO.

Si te llaman tus hermanos, anda; si te llama tu padre, corre; si te llama tu madre, vuela. — EL KORÁN.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 179
Botin para varón: En gum metal negro. En cabritilla charolada. Con cordones o botones. N.° 26 al 37,
$ 8.—



MODELO N.° 180
Botin para varón: En gum metal negro. En gum metal color. Número 26 al 37,
$ 8.—



$ 8.—

MODELO N.° 178
Botin o zapato para varón: En gum metal color. y negro. N.° 26 al 37.



$ 8.—

MODELO N.° 181
Zapato para varón: En gum metal de color y negro, liso o picado. En cabritilla charolada. N.° 26 al 37.



MODELO N.° 212
En cabritilla negra, charolada. En becerro extranjero, de color. Del N.° 26 al 33,
$ 8.—
Del N.° 34 al 38,
$ 10.—



MODELO N.° 209
En cabritilla negra, charolada. En becerro extranjero. color. Del N.° 26 al 33.
$ 8.—
Del N.° 34 al 38,
$ 10.—



MODELO N.° 211
En cabritilla negra, charolada. En becerro extranjero, color. Del N.° 26 al 33,
$ 8.—
Del N.° 34 al 38,
$ 10.—



MODELO N.° 210
En cabritilla negra, charolada. En becerro extranjero, color. Del N.° 26 al 33,
$ 8.—
Del N.° 34 al 38,
$ 10.—

Nuestra organización industrial y comercial y nuestros recursos nos permiten ofrecer por este precio lo mejor que puede fabricarse en calzado.

COSTUMBRES DE ANTAÑO

CUADRO 2.º DE UN SAINETE INEDITO



ESCENA 2.ª

(La acción en una de las calles apartadas del sur de la metrópoli en el carnaval de 1869. Primer corso carnavalesco. Casas al fondo y laterales, con puertas, ventanas y balcones practicables).

Se oyen músicas y algazaras lejanas. Vecinas en puertas y balcones. Exclamaciones, aspavientos: ¡Ahí vienen unos paisanos! Salen por la derecha Jacintito y Joselito, vestidos de gauchos, precedidos y acompañados de curiosos. Aquéllos se dirigen a una ventana de la izquierda, donde se encuentran dos jóvenes con pomos y flores.

JACINTITO. — *(A los curiosos.)* Abrannos
[cancha, señores,
pues según lo que estoy viendo,
los gauchos en nuestra tierra
van ya siendo *bichos feos!*...

JOVEN 1.ª — *(Cuando han llegado a la ventana).* Paisanos ¿a dónde van?

JOSELITO. — *(Acercándose resuelto, mientras Jacintito figura seguir hablando con los curiosos).*

Buscando del cielo azul
una estrellita encendida
pa que nos preste su luz.

JOVEN 1.ª — ¿Quién es ella?

JOSELITO. — ¡La pregunta! Ella es la estrella del Sud.

JOVEN 1.ª — ¿De este barrio? *(Coqueteando).*

JOSELITO. — Me parece.
Lo juro por esta cruz. *(Hace la cruz con la mano.)*

JOVEN 1.ª — ¿Y está lejos?

JOSELITO. — La contemplo
en toda su plenitud.

JOVEN 1.ª — ¿Quiere que le eche un chorrito? *(Amenazándolo con el pomo.)*

JOSELITO. — ¿Chorritos a mí? ¡Jesús!
Anégueme usted en sus ojos,
que son torrentes de luz.

JOVEN 1.ª — ¿De veras? *(Cariñosa.)*

CURIOSOS — ¡Lindo el paisano!

JOSELITO. — *(A la joven, con fingida modestia.)*
Dispense por la actitud
que en mi ignorancia he tomado.

JOVEN 1.ª—
¿Dispensarlo? Eso
es según. *(Lo toma desprevenido y le echa agua con el pomo. Joselito se defiende con los suyos. Juegan.)*

JOVEN 2.ª — *(A Jacintito, que pasa al comedio.)* Paisano, ¿qué
contás vos?

JACINTITO.—Yo vengo medio azonzao
con las cosas que he mirao
en esas calles de Dios.

JOVEN 2.ª — ¡No diga!

JACINTITO. — ¡Qué variación!
Ya mi tierra no es mi tierra.
Se nos volvió Incalaperra
de pura transformación!

JOVEN 2.ª — ¿Y porqué eso le incomoda?

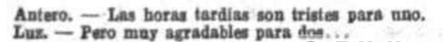
JACINTITO. — Porque ya no se habla el criollo
que hablaba *Anastasio el pollo,*
sino un *volevú con soda.*
Una mezcla del francés
con vascuence y alemán,
con mucho de carcamán
y friegas del portugués.
¿Quiere oir la *relación*
que el gaucho Francisco Jarque
sobre esto cantó en el parque?

CURIOSOS. — Largue el rollo.

JACINTITO. — ¡Atención!

Al compás de este instrumento
torpemente manejao,
voy a contarles, señores,
un chasco que me ha pasao.
Le dije a mi compañero
hace como un mes cabal:
— Vámolos a Buenos Aires
a jugar al carnaval.
Rejuntamos la tropilla,
las echamos pa delante
y a divertirnos vinimos
como allá en los tiempos de antes...
Pero resultó pa el caso
que al ñudo hemos galopeao,





Antero. — Las horas tardías son tristes para uno.
Luz. — Pero muy agradables para dos...



— El dentista no demorará, señor... Pero entretanto puede usted divertirse con esas revistas que son muy graciosas...

porque el gallo policial
el juego criollo ha privao.
Ya no se puede a una moza
chorrearla de un jeringazo
y hacerla una atropellada
y azonzarla de un güevazo;
de modo que el carnaval
se ha acabao en nuestra tierra,
que ahora se juega a la moda
de Francia y de Incalaperra.
Puro confite corrido,
puro ramo y cumplimiento,
porque dicen que en Europa
es ese el divertimiento.
¡Canastos, qué diversión!
¡Si es como asao sin salmuera!
Si hubiésemos sabido esto
ni nos movemos siquiera.
Las costumbres de nosotros
poco a poco van mermando
porque con tantas *naciones*
todo se viene cambiando.
¡Y pronto va a suceder
a según colijo yo
que nos va a desconocer
la madre que nos crió!
El chiripá ya es mal visto,
bota de potro... ¿pa qué?
La guitarra no se almite
y el mate ya no se ve.
Ya se han perdido en las mozas
los chales y peinetones;
ya no se toca en los bailes
ni cielos ni pericones.
Ya no se ven las muchachas
con la nagua almidonada,
yena de randas y cribos
y blanca como cuajada.
Hoy se ajustan la cintura
y se apretan la poyera
pa que se les marque bien
la forma de la cadera.
Y por más que se rebusque
no se encuentra una entre mil
que no se pueda meter
en el cañón de un jusil.
Unos peinaos, ¡Cristo mío!
son como parvas de pasto
y pa colgajos y moños
no hay cintas que den abasto.
Los sombreros adornaos
con plumas de venteveo
y con más ramos de flores
que vacas tiene un rodeo.
Las dos manos necesitan
pa levantarse la cola,
porque parece en lo larga
guía de zapallo Angola.
Y algunas suelen en la anca
acomodarse una almohada
que les queda como buche
de carreta muy cargada.
Aquélla que es muy flacona
como ajustarse es preciso,
encuentra en su habilidad
lo que Dios darle no quiso.
Y a la gorda, que se aprieta,
lo mismo que las demás,
le va cimbrando la carne
por delante y por detrás.
Las morenas de mañana,
y esto es cosa de almirarse,
a juerza de tanto polvo,
blancas suelen levantarse.
¿Y los hombres? ¡Ahijos de una!
Pero mejor es callar,
porque si no este negocio,
será de nunca acabar.
Concluiré la relación,
porque estoy interesao
que no parezca en lo larga
conversación de mamao.
Esperando que tal vez
podré pagar la atención
rindiendo mi corazón
humildemente a sus pies.

TODOS — (*Aplaudiendo.*) Bien, muy bien por el gaucho Francisco Jarque.

UN CURIOSO. — (*Disonando.*) ¡Que se repita!

JACINTITO. — Eso de repetir... La mamola. Y con esto y un bizcocho hasta mañana a las ocho.

JOVEN 2.ª — (*Parodiando la frase de Lola en «La Flor de un día». Dándole una flor.*)
¿Guardarás esta rosa delicada
para ti de mis sienes desprendida?

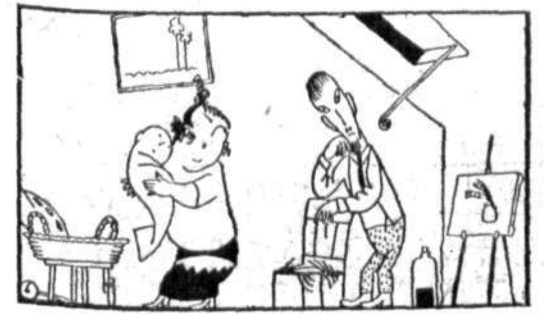
JOSELITO. — (*Parodiando a su vez a don Diego con exagerada entonación.*) Viniendo de las manos de mi amada cada hoja de esta flor vale una vida!

JOVEN 1.ª — (*Haciendo chacota.*) Chí, paisano, que te olvidás de tu papel.

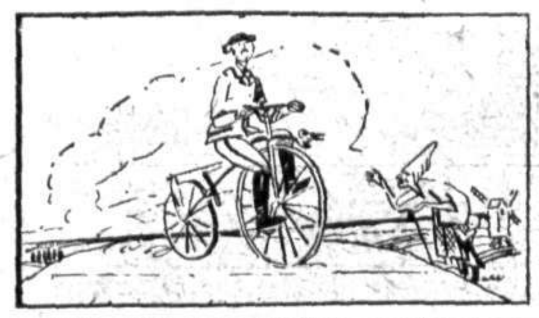
JACINTITO. — Papeles son papeles, cartas son cartas... No te digo que la vieja se ha muerto por no darte un disgusto. Y se acabó la función. Adiós, morochas ingratas.

JOSELITO. — (*Apartando a los curiosos que les siguen.*) Y cada chancho a su estaca. (*Mutis por la izquierda.*)

R A F A E L B A R R E D A



DECADENCIA — ¡Decir que tus antepasados hacían embalsamar los cadáveres y que tú ni siquiera haces empajar las sillas!...



EN 1872 — ¡Virgen Santa! ¿A dónde iremos con todas estas invenciones diabólicas?

De Olivos



Núcleo de socias del "Club de Tennis" que tomaron parte en el torneo nocturno recientemente realizado por esa entidad deportiva.

COMO EL MOLINO

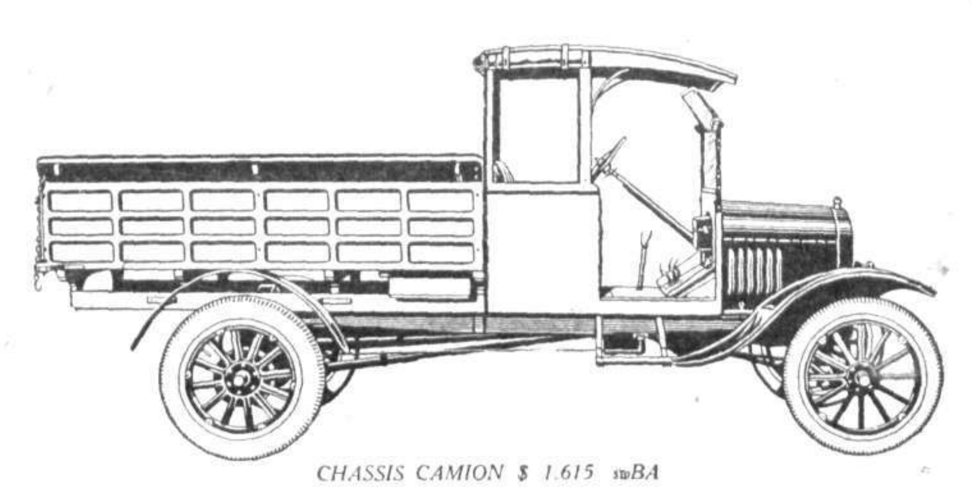
Hermano: sé como el molino de mi huerta; los pies en la tierra y la cabeza en el cielo.

Alzate jubiloso en la mañana llena de luz; tranquilo bajo la severa mansedumbre de la tarde; impávido, cuando en la noche pasen sobre ti las nubes de tormenta. Tu rueda debe girar siempre, sacando afanosa el agua. Llena tu vaso y dale de beber al hermano sediento; y cuando colmes tu represa deja correr las aguas por la campiña para que beban también los corderos y las palomas, las flores y las hormigas.

Sea tu fuente manantial divino que apague la sed de los hombres; que fecunde la tierra de las almas resecas, y linfa cristalina donde la luz de los cielos se mire orgullosa.

Hermano: ¡Sé como el molino de mi huerta! Que tu vida valdrá según lo que riegues...

AMADO NERVO



CHASSIS CAMION $ 1.615 m/n BA

El más barato y el que presta mejor servicio

Utilizando camiones Ford Vd. moderniza su sistema de transporte, ahorra tiempo, aumenta su radio de acción, atrae una mayor clientela y economiza dinero.

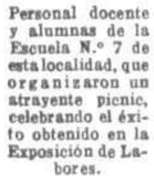
El Agente Ford más cercano tiene un camión del último modelo para ensayos. Pídaselo, sin compromiso, por el tiempo que Vd. necesite para convencerse de que realmente le reportará mayores beneficios.

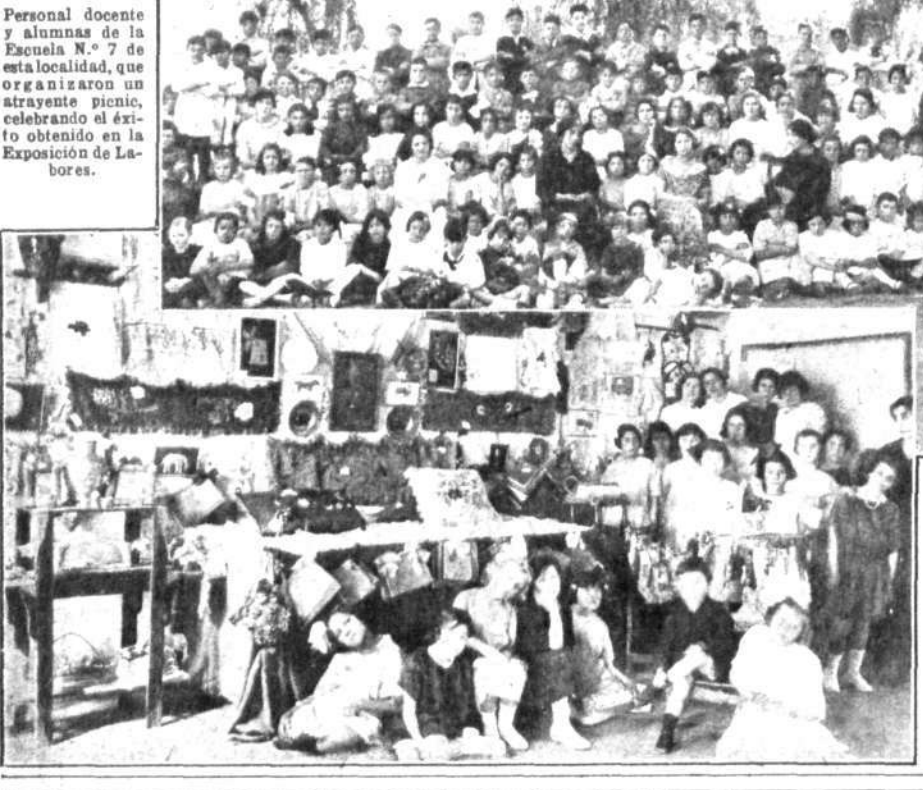
Puede suministrarse cualquier tipo de carrocería



AUTOS · CAMIONES · TRACTORES

De Tres Lomas


Personal docente y alumnas de la Escuela N.° 7 de esta localidad, que organizaron un atrayente picnic, celebrando el éxito obtenido en la Exposición de Labores.



Vista parcial de los trabajos presentados en la Exposición de Labores, realizada en la Escuela N.° 7, bajo la dirección de la señorita Josefina Zuviria.


Ocupará
el puesto
de su
Jefe.

AUTO - MOTO - AVIACION

ACTIVIDAD QUINCENAL

Después de las pruebas del Buenos Aires Automóvil Club, Moto Club Argentino y Club Motociclista Nacional, el ambiente deportivo automotriz ha presenciado la Primera Exposición de Automóviles llevada a cabo por el Automóvil Club La Plata, con el patrocinio del Superior Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Ha sido, en verdad, un certamen digno del progreso alcanzado entre nosotros por el moderno transporte y los prestigios sólidos que rodea al Club organizador. Sesenta y cuatro stands fueron presentados con la participación de 32 representaciones locales y de esta capital, habiendo superado las ventas, en el salón, a 150.000 pesos, dato que da una idea de la importancia de la misma y la cantidad de interesados que la han visitado. El día de su inauguración oficial concurrieron más de ocho mil personas, habiendo desfilado en los demás días un término medio de dos mil, siendo su acceso gratis.

Fuera de este acto hemos presenciado también la partida de dos expediciones de automovilistas que salieron con el propósito de salvar la doble distancia que media entre esta capital y la ciudad de Valparaíso (Chile), después de atravesar los Andes.

En el orden aeronáutico lo más destacado es la resolución del Aero Club Argentino de patrocinar el «Circuito de la Provincia de Buenos Aires» que iniciado el 1.° de Marzo finalizará el 31 de Mayo próximo. El piloto que en el transcurso de ese tiempo recorra mayor distancia, será el ganador de premios especiales instituídos al efecto.

Entramos así en la segunda quincena de Marzo con el «Gran Premio de 1924», del Automóvil Club Argentino, emprendida el día 5 en el recorrido: Buenos Aires-Pergamino-Rosario-Córdoba y regreso por Rosario al punto de partida.

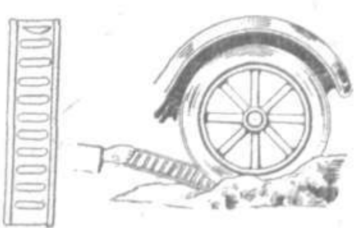
Además de esta prueba, el Automóvil Club La Plata anuncia algunas otras que han de llevarse a cabo en esta temporada, y ellas son: la carrera Standard, el tercer Circuito de La Plata, etc.

AUTO ENCAJADO

En tiempo de verano, máxime cuando los pantanos se secan, quedan unos baches u hoyos tapados con un lodo blanco y blando, llamados barro blanco, que se secan en su superficie solamente. En estos pozos es muy frecuente que se hunda una de las ruedas del auto, dando mucho trabajo para librarlo.

En estos casos se acostumbra a formar con una pala una especie de canaleta en la tierra, poniendo delante de las ruedas pajas, maderas o tierra seca, etc., a objeto de que la rueda tenga agarre y pueda salir.

Para evitar tanto trabajo, podemos hacer un pequeño instrumento, como indica el croquis, con una plancha de un largo de 60 centímetros más o menos, de acero fuerte, y en él se harán varias corrugaciones. En la figura se ve claramente el modo de usarla.


Forma práctica de atravesar un pantano.

Si se afila el extremo opuesto al de agarre, puede usarse también como pala. Puede servir también para ser empleado como base del gato o cric, en los terrenos blandos, sin tener necesidad de poner ladrillos o maderas debajo de éste.

Es conveniente llevar dos de estos instrumentos para usar uno en cada rueda, y como son muy planos se pueden colocar bajo los asientos.

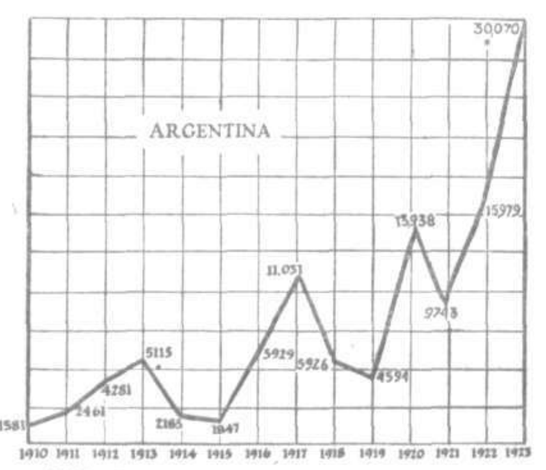


Gráfico demostrativo del desarrollo de la importación automovilística en la Argentina desde 1910 a 1923.

LAS APLICACIONES DEL AUTOMOVIL PARA PASAJEROS

Más de las cuatro quintas partes de los automóviles de pasajeros de Norteamérica se dedican a propósitos comerciales. Esta proporción se calculó de un estudio recientemente terminado por la Automovile Chamber of Commerce, organización que envió 10.000 tarjetas cuestionarios a dueños de automóviles en diez distintos Estados de la Unión. Las respuestas muestran que 82 por ciento del total está dedicado a propósitos comerciales. Cincuenta y nueve por ciento se usa por los dueños para ir al trabajo todos los días y cuarenta y seis por ciento se utiliza todos los días para propósitos estrictamente comerciales.

También se vió que más de la mitad del total se dedica a los fines de recreación o pasatiempo en la noche y días festivos. Sólo sesenta y ocho por ciento del total se usa en la noche. Cincuenta y uno por ciento de los dueños manifestaron que usaban el automóvil para viajes a largas distancias, diez y ocho por ciento lo emplean para llevar los niños a la escuela, y veinte por ciento lo aprovechan para salir de caza y excursiones.

Entre los que contestaron hay varios dueños de haciendas. Estos dijeron que el automóvil les servía también para suministrar fuerza motriz a aserraderos, para transportar diversos abastecimientos de la ciudad al campo, como ser: comestibles, frutas, legumbres y otras cosas; para traer trabajadores, para llevar la comida a los operarios en el campo, para destroncar, para ir a la iglesia, para ir a fiestas sociales. Un agricultor dijo: «el acumulador me sirve para alumbrar el garage y para suministrar fuerza a un taladro eléctrico. Uso también el automóvil para moler granos y hacer funcionar ruedas de esmeril».

Otras aplicaciones del automóvil son: vendedores-viajantes, corredores de comercio, vendedores de propiedades y tierras, agentes de seguros, contratistas, inspectores, doctores y profesionales.

EN ESTA MISMA TEMPORADA EL AÑO PASADO...

AVIACION

El 10 de Marzo se ensayan en Villa Soldati y San Fernando un triplano Caproni y un biplano Curtiss Oriole, a cargo, el primero, del mayor Julio Laureati y el segundo del piloto estadounidense Lawrence León.



Concurrentes al picnic organizado por la Comisión Directiva del "Círculo Social Jóvenes del Sud", festejando el 4.° año de próspera existencia de dicha sociedad.

ENÉRGICA CAMPAÑA CONTRA LAS ACTUALES MODAS.

En Estados Unidos ha comenzado **una** enérgica campaña para conseguir el destierro de las actuales modas femeninas; en todas partes los **hombres** han proclamado la guerra **a** las faldas cortas, a los cuerpos escotados excesivamente, y, en general, a todas las artes de que hoy se vale la moderna coquetería femenil.

Los estudiantes de Matoon (Illinois) se han juramentado para no hacer la corte a las muchachas que lleven las faldas hasta las rodillas y los corpiños más escotados de lo que los llevaban sus madres cuando eran jóvenes, que usen medias transparentes, que vayan sin corsé a los bailes, que se pongan colorete y que se peinen cubriéndose las orejas.

En Baltimore se ha prohibido a las señoritas que formen parte de los coros, entraren la iglesia con vestidos demasiado «ligeritos» y de colores llamativos.

El juez de Springfield (Ohio) ha mandado colocar delante del banco del Jurado una cortinilla, para evitar que los abogados, los testigos, los guardias, los acusados y el público sufran distracciones, inconciliables con la majestad del templo de Justicia, por mirar las pantorrillas de las «señoras juradas».



En todos los puertos del mundo

LA llegada casi diaria de nuevas remesas de autos Studebaker al puerto de Buenos Aires, es la mejor prueba de la confianza que el público tiene en los coches Studebaker; y esto se repite en todas partes del mundo donde son ofrecidos.

Reputación mundial y demanda universal, se obtienen suministrando un producto bueno, bien manufacturado y a precio razonable.

Durante 72 años Studebaker se ha adherido a este principio, tanto en su país como en el extranjero. De ahí el renombre de que actualmente goza.

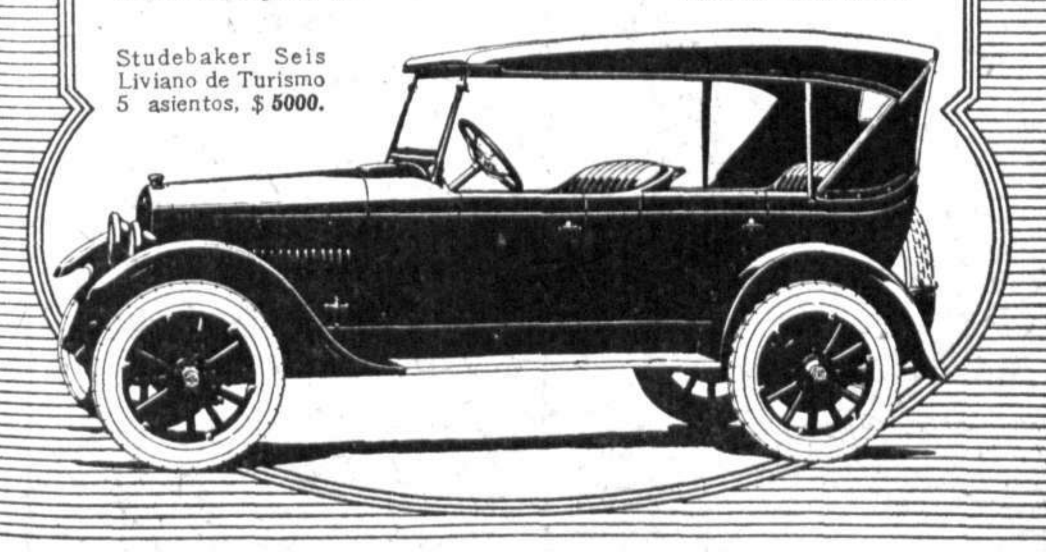
Al comprar Vd. un Studebaker en Buenos Aires, recibe un coche fabricado, remitido y entregado a Vd. por la Corporación Studebaker, sin intermediarios.

Calcule ahora el valor que esto significa.

The Studebaker Corporation of America

MONTEVIDEO:
Avda. 18 de Julio, 912

BUENOS AIRES:
Avda. de Mayo, 1235





La extricta pureza y la riqueza de los componentes del

XEREZ-QUINA RUIZ

son de fama proverbial.

Este delicado tónico aperitivo merece que Vd. lo lleve a su casa y lo adopte como su bebida preferida.

BUENOS AIRES, 15 DE MARZO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1328

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



HUESPED DISTINGUIDO

EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA UNITED STATES STEEL CORPORATION

El Embajador de Norteamérica, Míster John Wallace Riddle; los Ministros de Relaciones Exteriores, de Agricultura y de Marina, doctores Gallardo, Le Breton y Almirante Domecq García; el representante de Gran Bretaña, Sir Beilby F. Alston; el director de «La Nación», señor Jorge A. Mitre; el presidente del Jockey Club, distinguidas damas y otras descollantes personalidades rodeando al magnate de la industria del acero, Míster Helbert H. Gary y a su esposa, a quienes el primero ofreció una comida en el salón Elizabeth de la aristocrática institución.

FOTO DE BELL

Don Manuel Láinez



Un refrán francés, que ha sido traducido a todas las lenguas por aplicable en todas partes, dice que la prensa lleva a todo con tal de salir de ella. Quiere ese refrán decir que la inmensa mayoría de los periodistas no considera a la prensa sino como un medio, no como un fin; pues bien, el eminente periodista que don Manuel Láinez fué, puede ser citado como meritísimo ejemplo de que la prensa puede ser tomada como un fin y no como un medio, y de que se puede llegar a las más altas distinciones sin necesidad de abandonarla. El señor Láinez, en efecto, en su larga carrera de periodista, desempeñó, además de otras funciones menores, las de diputado nacional, senador y embajador especial del Presidente de la República Argentina, vale decir del país, ante varios gobiernos europeos. Y como si todo ello no hubiera sido bastante, dejó su nombre vinculado a una ley que es, sin duda, el más serio y eficaz empeño desde que somos independientes en pro de la divulgación de la enseñanza primaria entre nuestro pueblo... Los anales parlamentarios de la Nación guardan memoria de la acción, siempre patriótica, progresista y sana del señor Láinez como representante del pueblo; sus futuros biógrafos encontrarán en dichos anales material para muchas bien nutridas e interesantes páginas; pero ha de ser en la historia del periodismo argentino, o mejor dicho porteño, en donde deberán buscar los rasgos predominantes de la fisonomía espiritual del señor Láinez, que fué ante todo y sobre todo periodista. En esta faz de su vida es donde adquirió más sólidos prestigios y de ello fué prueba evidente el interés con que millares de lectores esperaron durante tantos años, día a día, su diario, para hacerse sobre los hombres y los hechos del día juicios más autorizados que personales de cada uno.

Perteneció, además, a una generación refractaria al vértigo del que un poco ramplonamente se llama el progreso de la gran urbe; y seguía moviéndose en ella con la misma facilidad y el mismo garbo que cuando se la llamaba la gran aldea. Ya los porteños de esa generación se van haciendo muy raros a las generaciones nuevas, como que las aplasta el crecimiento de la ciudad; tratándose de hombres como el señor Láinez, la ciudad podía crecer indefinidamente: ellos siempre continuaban siendo lo que fueron, porque su valor fundamental estaba en ellos mismos. Perfectamente justificado, pues, el duelo general que bien podría llamarse nacional, provocado por la muerte del que fué director de EL DIARIO.

Homenaje al Ingeniero Jorge Newbery



Empleados de la Dirección General de Alumbrado y amigos reunidos en el Cementerio de la Recoleta para depositar una corona de flores naturales sobre la tumba del malogrado precursor de la aviación argentina, que fuera Director de dicha Repartición y cuyo trágico fallecimiento dejó un inolvidable recuerdo en nuestra sociedad.

Convención Radical



Afiliados al partido congregados frente al local del Comité Central durante la primera convocatoria de los convencionales para elegir candidatos a senador y diputados por la Capital. Las hondas divergencias existentes entre las fracciones personalista e impersonalista [illegible]

Comisión del Corso Oficial



El Director de la Asistencia Pública, doctor Zubizarreta, el Director General del Alumbrado, ingeniero Millán, y los miembros del Jurado del Corso Oficial que tan lucidamente organizó los festejos de Carnaval y cuyas iniciativas y disposiciones han merecido el aplauso de la opinión pública.

Sr. Alfredo Fragueiro



Nuevo Tesorero General de la Nación recientemente nombrado por el Ejecutivo para el alto cargo. Su designación ha sido recogida con general beneplácito.

La carrera automovilística "Gran Premio" del Automóvil Club Argentino



Mariano de la Fuente, el ganador.

El coche Studebaker guiado por de la Fuente llegando a Rosario en la primera etapa. El hábil *automovilista ha conseguido un nuevo y brillante triunfo,* adjudicándose el Gran Premio en 25h. 6m. y 10s., haciendo un recorrido de más de 1500 kilómetros.

Carlos Doni, acompañante de de la Fuente.



Bernardo Duggan, clasificado 2.°, y su acompañante Ismael Aguado.



Duggan manejando un Hudson con el que empleó 25h. 11m. y 12s. en el recorrido total, disputando magníficamente la más importante carrera del año.

FOTOS DE ARROYO, BELL, VARGAS Y CHIAVAZZA

TEMPORADA EN MAR DEL PLATA

SILUETAS DE LA RAMBLA





SEÑORA ANA M. DE FIGUEROA Y SU HIJA ANA VICTORIA.



SEÑORA DE MONTE DOMECQ Y SEÑORITAS HELVECIA Y ROSITA GÉNES ROMERO.



SEÑOR ALFREDO CATELIN Y SEÑORA



SEÑORITAS ANGÉLICA MEINKE Y CARA DOBLAS.



ADOLFITO E. FRUGONI, UN RISUEÑO INFANTE DE 22 MESES, Y, SIN EMBARGO, PERSONA «MAYOR» EN CUANTO A DECISIÓN PARA JUGAR CON LAS OLAS.



SEÑORITAS LEONOR ARIAS E INÉS WILLIAM.

LOS PESCADORES AFICIONADOS

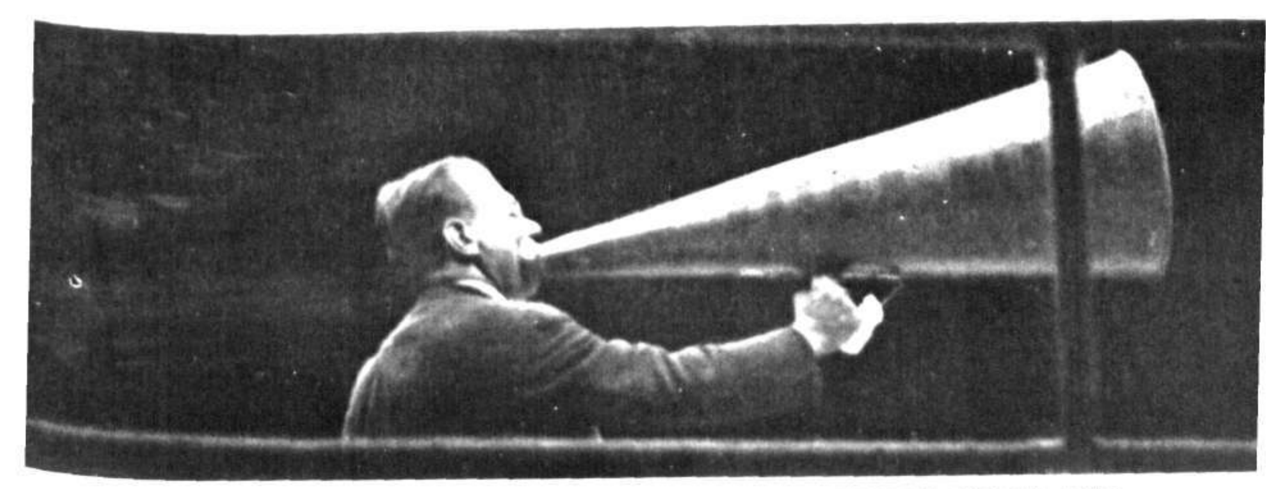


SEÑOR LUIS DUFAUR.



... LO Y LUIS DUFAUR.

SEÑOR H. AVERZA



EL POPULAR «HOMBRE DE LA VOZ DE ACERO», DON EDUARDO PIOVANO, ANUNCIANDO EL SENSACIONAL MATCH.

LA BRILLANTE PELEA FIRPO SPALLA

EL CAMPEON DE EUROPA CAE VALIENTEMENTE EN EL 14º ROUND DESPUES DE PRESENTAR UNA MARAVILLOSA DEFENSA Y UNA RECIA LUCHA AL "TORO SALVAJE DE LAS PAMPAS"

FIRPO Y SPALLA SON ACLAMADOS



EL JEFE DE POLICIA, SEÑOR JACINTO FERNANDEZ, Y EL JUEZ EN LO CIVIL, DOCTOR JUAN LUIS FERRAROTTI, EN EL «RING-SIDE». LA PRESENCIA DEL PRIMERO CONTRIBUYO NO POCO A QUE EL SERVICIO DE VIGILANCIA FUERA DIGNO DE LOS MAS SINCEROS Y GENERALES ELOGIOS.



LA FALANGE PERIODÍSTICA EN SU PUESTO DE COMBATE, HACIENDO PRODIGIOS DE HABILIDAD INFORMATIVA.

La prolongada, emocionante y recia pelea Firpo-Spalla colmó el entusiasmo de los ya numerosísimos aficionados a este deporte. Latente aun el recuerdo del encuentro Firpo-Lodge, el público ansiaba satisfacer su curiosidad con el nuevo «match» concertado entre nuestro campeón y el campeón europeo. *Se creía, no sin fundamento lógico,* que esta lucha habría de parecerse a la sustentada entre Dempsey y Gibbons, en que éste, siguiendo una hábil táctica evasiva, llegó hasta el 15 «rounds», siendo así vencido por puntos. Sin negar la semejanza en el procedimiento, hay que confesar el viril denuedo, la maestría y hasta la acometividad del italiano, que luchó bravamente hasta caer desfallecido ante el tremendo puño de su rival, captándose la simpatía de todos, incluso de los firpistas más acérrimos. Ambos, cada cual con su estilo y de acuerdo con sus condiciones físicas, demostraron ser dignos de enfrentarse en el «ring», el uno con su magnífica e impresionante fortaleza de gigante y el *otro por su gallarda* experiencia y resistencia pugilísticas.



LOS BRAVOS PUGILISTAS EN UN «CLINCH» DEL TERCER «ROUND». SPALLA BLOQUEA LA DERECHA DE FIRPO. EL CAMPEÓN ITALIANO, AL SEPARARSE, PEGA DE REVÉS, HACIENDO USO DE UN GOLPE COMÚN EN EUROPA Y PROHIBIDO AQUÍ.



LA IMPETUOSA ACOMETIVIDAD DE SPALLA, PUESTA A PRUEBA EN NUMEROSAS OCASIONES, LLEVA A FIRPO CONTRA LAS CUERDAS, DONDE ÉSTE, A PESAR DE CONTRARRESTAR EL ATAQUE, NO PUEDE EVITAR EL «CLINCH».



¡FIRPO SOLO!



¡SPALLA TODA LA VIDA!



¡AH, CRIOLLO!



¡ALL RIGHT!

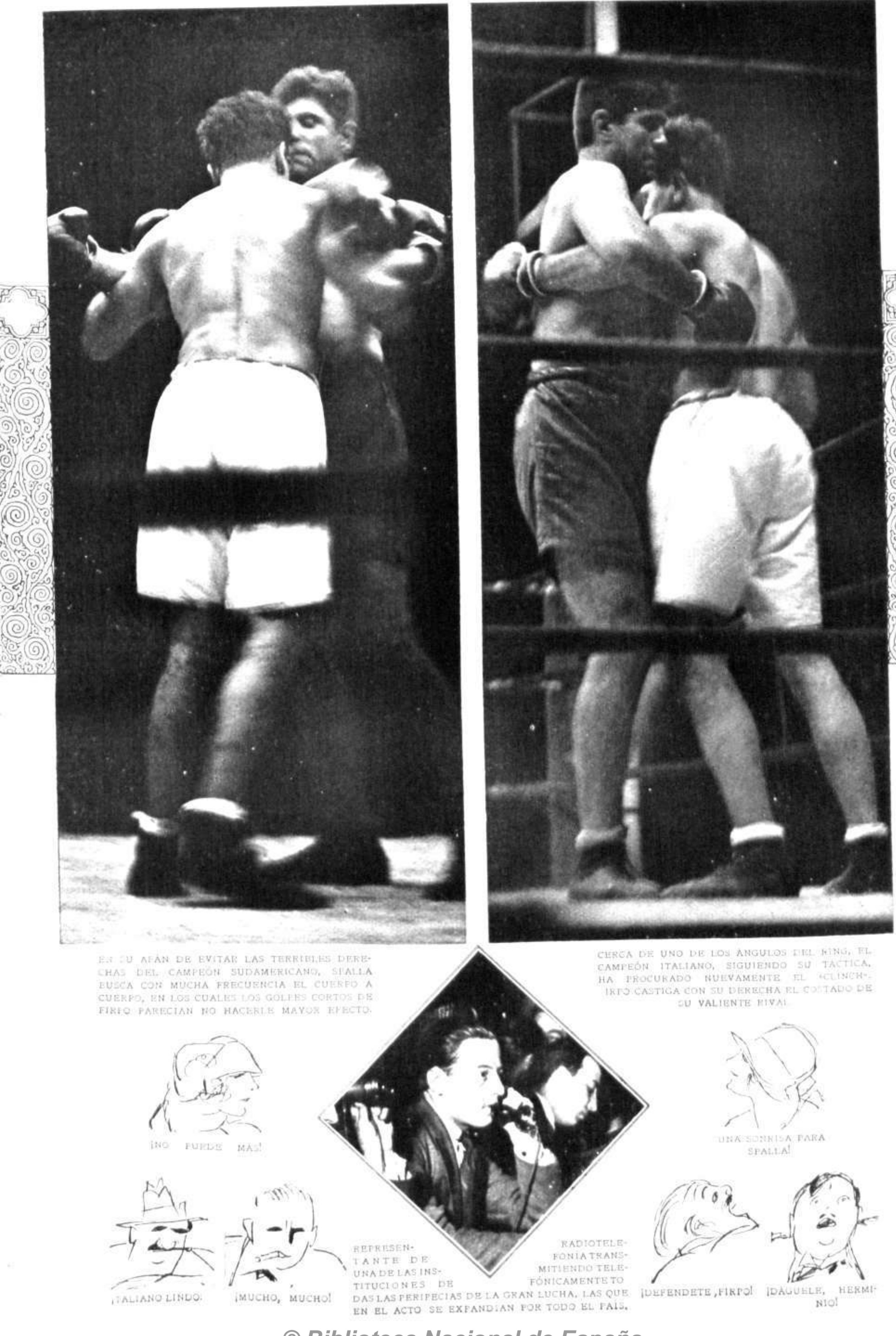
LA ANSIEDAD DEL PÚBLICO, QUE NO PUDO ASISTIR, POR CONOCER LOS DETALLES DE LA PELEA, HIZO QUE LOS DIARIOS MULTIPLICARAN SUS SERVICIOS INFORMATIVOS. UN REPÓRTER COMUNICANDO DESDE [illegible]



¡QUÉ BÁRBARO!



¡FAJALO, VIEJO!



EN SU AFÁN DE EVITAR LAS TERRIBLES DERECHAS DEL CAMPEÓN SUDAMERICANO, SPALLA BUSCA CON MUCHA FRECUENCIA EL CUERPO A CUERPO, EN LOS CUALES LOS GOLPES CORTOS DE FIRPO PARECÍAN NO HACERLE MAYOR EFECTO.

CERCA DE UNO DE LOS ÁNGULOS DEL RING, EL CAMPEÓN ITALIANO, SIGUIENDO SU TÁCTICA, HA PROCURADO NUEVAMENTE EL «CLINCH». FIRPO CASTIGA CON SU DERECHA EL COSTADO DE SU VALIENTE RIVAL.

¡NO PUEDE MÁS!

UNA SONRISA PARA SPALLA!

¡ITALIANO LINDO!

¡MUCHO, MUCHO!

REPRESENTANTE DE UNA DE LAS INSTITUCIONES DE RADIOTELEFONÍA TRANSMITIENDO TELEFÓNICAMENTE TODAS LAS PERIPECIAS DE LA GRAN LUCHA, LAS QUE EN EL ACTO SE EXPANDÍAN POR TODO EL PAÍS.

¡DEFENDETE, FIRPO!

¡DÁGUELE, HERMINIO!

EL PRINCIPIO DEL FIN. SPALLA, EN EL 14.º «ROUND», YA AGOTADO, SE RECUESTA SOBRE SU CONTRINCANTE, QUIEN ENTRA EN UN «CROSS» AL MENTÓN QUE LO CONMUEVE VISIBLEMENTE.

DESPUÉS DE SEPARARSE, SPALLA SE CORRE POR EL LADO DE LAS CUERDAS HACIA SU RINCÓN SEGUIDO DE FIRPO, QUE LE ASESTA UNA IZQUIERDA Y UNA FORMIDABLE DERECHA.

¡CHE, PERDISTES LOS 100 PESOS!

¡CONTRA LAS CUERDAS!

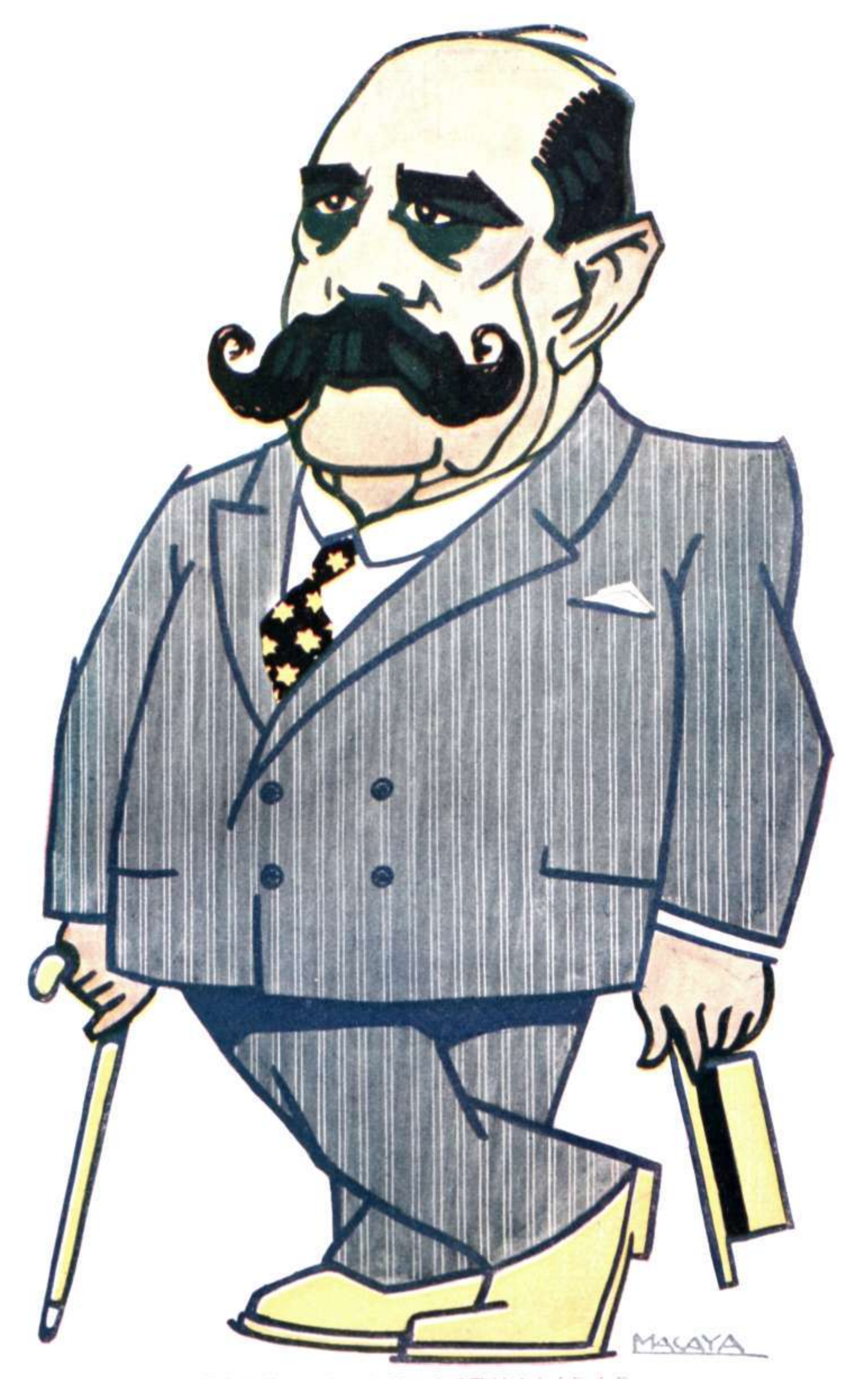
EL KNOCK-OUT. ABATIDO Y EXHAUSTO, SPALLA SE DOBLEGA BAJO LA RECIEDUMBRE DE LOS DOS ÚLTIMOS «PUNCHES» DE FIRPO, CAYENDO SENTADO EN SU RINCÓN, CON[illegible] LOS 10 SE[illegible] REGLAMENTARI[illegible]

¡ACABALO, FIRPO, ACABALO!

¡¡KNOCK OUT!!

EDUARDO ALVAREZ

Apuntes de nuestro dibujante [illegible]rdo Alvarez y fotos de Arroyo.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

SR. RICARDO ALDAO

GOBERNADOR ELECTO DE LA PROVINCIA DE SANTA FE

POR MACAYA

POR su tradición partidista, por su histórico abolengo, por su consagración entusiasta y decidida en pro del progreso cultural y material de su provincia, es el futuro gobernante santafecino una figura llena de prestigios, a los cuales se espera he de hacer pleno honor.



Creaciones elegantes en que armonizan muy bien los colores.

Dos últimos estilos de larga pollera con pequeñas cintas.

Lucy Lorraine luciendo un albo tapado de chinchilla.

EL INTERSIGNO

Una tarde de invierno, que tomábamos el te alrededor de un buen fuego, en casa de uno de nuestros amigos, el barón Xavier de la V*** (un joven pálido al que las excesivas fatigas militares sufridas, siendo aun muy joven, en Africa, habían hecho débil su temperamento y muy austeras sus costumbres); la conversación recayó sobre uno de los asuntos más sombríos: la *naturaleza* de esas coincidencias extraordinarias, sorprendentes, misteriosas, que sobrevienen en la existencia de algunas personas.

— He aquí una historia — nos dijo — que no acompañaré de ningún comentario. Es verídica. Tal vez la encontraréis impresionante.

Encendimos nuestros cigarros y escuchamos el relato siguiente:

«En 1876, en el otoño, en ese momento en que el número, siempre creciente, de inhumaciones realizadas a la ligera, muchas demasiado precipitadas, comienza a



molestar a la burguesía parisién y a excitar su alarma, un anochecer, sobre las ocho, a la salida de una sesión de espiritismo de las más curiosas, me sentí, al entrar en casa, bajo la influencia de ese *spleen* hereditario contra cuya negra obsesión no pueden nada los esfuerzos de la medicina.

«¡En vano que a instigación médica me haya muchas veces embriagado con el brebaje de Avicena; en vano que me asimilara, bajo todas las fórmulas, quintales de hierro, y hollando con los pies todos los placeres, haya hecho descender, nuevo Roberto de Abrissel, la viveza de mis ardientes pasiones a la temperatura de los Samoyedos; nada he conseguido! — ¡Vamos! — ¡Parece que soy decididamente un personaje taciturno y triste! Pero es preciso también que, bajo esa apariencia nerviosa, esté, como se suele decir, construído a cal y canto para encontrarme todavía, después de tantos cuidados, en condiciones de contemplar las estrellas.

«Esa tarde, pues, una vez en mi alcoba, encendiendo mi cigarro en las velas que alumbraban mi espejo, me di cuenta que estaba mortalmente pálido. Me sepulté en un amplio sillón, viejo mueble de terciopelo granate, en el que el vuelo de las horas, bajo mis largos ensueños, me parece menos pesado. ¡El acceso de *spleen* hacíase penoso hasta el malestar, hasta el decaimiento. Y juzgando imposible disipar las sombras con ninguna distracción mundana — sobre todo, en medio de la atroz alarma que reinaba en la capital, — resolví, como ensayo, alejarme de París, bañarme en la naturaleza, entregarme a ejercicios saludables como las partidas de caza.

«Apenas tuve este pensamiento, en el *mismo instante* acudió a mi memoria el nombre de un viejo amigo, olvidado desde hacía algunos años, el abate Maucombe.

«¡El abate Maucombe!... — murmuré en voz baja.

— Mi última entrevista con el sabio sacerdote databa del momento en que emprendió una larga peregrinación a Palestina. La noticia de su vuelta había llegado a mí hacía poco. Habitaba el humilde presbiterio de un pueblo de la Baja Bretaña.

«Maucombe, ¿dispondría de un aposento cualquiera en que dormir? ¿Habría traído de sus viajes algunos viejos volúmenes? ¿Curiosidades del Líbano? ¿En los lagos cercanos se podría cazar el pato silvestre?... ¡Nada más oportuno!... ¡Pero si quería gozar antes de los primeros fríos, de la primera quincena mágica de octubre en las rocas rojas; si yo quería ver resplandecer aún las largas tardes de otoño sobre las alturas selváticas, debía apresurarme!

«En el reloj sonaron las nueve.

«Me levanté; sacudí la ceniza de mi cigarro. Luego, en hombre decidido, me puse el sombrero, la hopalanda, los guantes; tomé mi maleta y mi fusil: apagué los candelabros y salí — cerrando cuidadosamente y con triple vuelta la cerradura secreta que era el orgullo de mi puerta.

«Tres cuartos de hora después el tren de la línea de Bretaña me llevaba hacia el pueblo de Saint-Maur, en que era párroco el abate Maucombe; tuve tiempo en la estación de escribir con lápiz una carta, en la cual prevenía a mi padre de mi marcha.

«A la mañana siguiente estaba en R***, estación de la que Saint-Mur no dista más que dos leguas. Deseoso de pasar una buena noche, a fin de poder tomar mi fusil desde el día siguiente, al despuntar el día (toda siesta después de almorzar me parece influir mal sobre el sueño de la noche), consagré mi día para estar despierto, a pesar de la fatiga, a varias visitas a antiguos compañeros de estudios.

«A las cinco de la tarde, cumplidos estos deberes, hice ensillar un caballo en el Sol de Oro, donde paré, y a los resplandores del Poniente me encontré a la vista de un caserío.

«Caminando, recordaba al sacerdote en cuya casa tenía pensado habitar algunos días. El lapso de tiempo transcurrido desde nuestro último encuentro; sus excursiones, todos los acontecimientos de su misión y los hábitos de aislamiento debían haber modificado su carácter y su persona. Habría de encontrarle envejecido. Pero conocía la conversación vivaz del docto párroco, y me ilusionaba pensando en las veladas que pasaríamos juntos.

«¡El abate Maucombe!... — no cesaba de repetir bajo: — ¡Excelente idea!

«Interrogando sobre sus señas a los lugareños que cuidaban sus bestias, acabé de convencerme que este párroco era perfecto confesor de un Dios de misericordia, pues tenía profundamente conquistado el afecto de sus ovejas, y cuando conseguí orientarme hacia el presbiterio, bastante alejado del grupo de casas y chimeneas que constituían la villa de Saint-Mur, me dirigí en su busca.

«Llegué.

«El aspecto campestre de esta casa; sus cruceros y celosías verdes, los tres escalones de ingreso, las lianas clemátidas y rosas de te que serpenteaban por los muros hasta el techo, del que escapaba por un tubo con veleta una nubecita de humo, me inspiraron ideas de recogimiento, de santidad y de paz profunda. Los árboles de un vergel vecino mostraban al través de un emparrado espacioso sus hojas rizadas por la enervante estación. En los dos balcones del único piso brillaban los fuegos del Occidente; una hornacina con la imagen de un bienaventurado se veía entre los dos. Descabalgué silenciosamente: até el caballo a la reja y levanté el llamador de la puerta, echando un vistazo de viajero al horizonte que se abría detrás de mí.

«Pero el horizonte brillaba tanto sobre los bosques de las lejanas encinas y pinos salvajes, donde los últimos pájaros volaban en la tarde; las aguas de un estanque, cubiertas de cañas, en lo distante, reflejaban tan solemnemente el cielo; la naturaleza era tan bella, en medio de este aire sereno, en esta campiña desierta, en el momento en que cae el silencio, que me quedé suspenso, sin soltar el llamador suspendido.

«¡Oh, tú, pensé, que no tienes el asilo de tus sueños y para quien la tierra de Canaán, con sus palmeras y sus aguas vivas, no aparece en medio de las auroras, después de haber andado bajo duras estrellas, viajero tan alegre a la partida y ahora ensombrecido — corazón hecho para otros lugares que aquellos en que compartes la amargura con malos hermanos — mira, ¡aquí te puedes sentar sobre las piedras de la melancolía! ¡Aquí los sueños muertos resucitan, adelantando el momento de la tumba! Si quieres tener el verdadero deseo de morir, aproxímate: aquí la vista del cielo exalta hasta el olvido.

«Estaba en ese estado de laxitud en que los nervios, sensibilizados, vibran a las menores excitaciones. Una hoja cayó cerca de mí; su ruido furtivo me hizo temblar. Y el mágico horizonte de este rincón penetró en mis ojos. Me senté ante la puerta, solitario.

«Después de unos instantes, como la tarde empezó a refrescar, volví al sentimiento de la realidad. Me levanté de prisa y cogí nuevamente el llamador de la puerta, mirando a la casa risueña.

«Pero apenas hube arrojado otra vez sobre ella una mirada distraída, me vi forzado a detenerme todavía, preguntándome si no era juguete de una alucinación.



«Era la misma casa que acababa de ver hacía un instante. ¿Qué vejez me denunciaban ahora las largas grietas, entre las amarillentas hojas? — Esta edificación tenía un aire extraño; los cristales, iluminados por los rayos de agonía de la tarde, brillaban con fulgor interno; el portal hospitalario me invitaba con sus tres gradas; pero concentrando mi atención sobre estas losas grises, vi que acababan de ser pulidas aunque conservaban aún algunos trazos de letras, comprendiéndose por ello que provenían del cementerio vecino, cuyas negras cruces aparecían a un centenar de pasos.

«La casa parecía cambiada hasta dar escalofríos, y los ecos del lúgubre golpe del llamador, que hice retumbar en mi pánico, resonaban en el interior de esta morada como las vibraciones de un toque de agonía.

«Esta clase de visiones, siendo quizás más morales que físicas, desaparecen con rapidez. Sí, yo era, a no dudarlo un segundo, víctima de ese abatimiento intelectual que he señalado. Con prisa de ver un semblante que me ayudara con su humanidad a disipar mi desazón, abrí el picaporte sin esperar a más. Entré.

«La puerta, movida por un fuerte muelle, se cerró sola detrás de mí.

«Me encontré en un largo pasadizo, al extremo del cual, Nanón, el ama de llaves, vieja y alegre, descendía la escalera, con una vela en la mano.

— ¡Señor Xavier!... — gritó toda gozosa, reconociéndome.

— ¡Buenas tardes, mi buena Nanón! — la respondí, confiándola apresuradamente mi maleta y mi fusil.

(«Había olvidado mi hopalanda en el cuarto de la posada.)

«Subí. Un minuto después estrechaba en los brazos a mi viejo amigo.

«La afectuosa emoción de las primeras palabras y el sentimiento de la melancolía del pasado, nos oprimieron algún tiempo al abate y a mí. Nanón vino a traernos la lámpara y a anunciarnos la comida.

— Querido Maucombe — le dije, pasando mi brazo bajo el suyo para descender; — no hay cosa tan eterna como la amistad intelectual, y veo que compartimos este sentimiento.

— Es de cristianos espíritus que tienen un parentesco divino muy próximo — me respondió; — sí. El mundo profesa creencias menos razonables, por las que sus partidarios sacrifican su sangre, su dicha, su deber. ¡Son los fanáticos! — concluyó sonriendo. — Escogeremos la más útil para nuestra fe, puesto que somos libres y formamos nuestras creencias.

— El hecho es — le dije — que ya es muy misterioso que dos y dos hagan cuatro.

«Pasamos al comedor. Durante la comida, el abate, habiéndome reprochado dulcemente el olvido en que le tuve tan largo tiempo, me puso al corriente del espíritu de la villa de su feligresía.

«Me habló del país, me contó dos o tres anécdotas conmovedoras de los castillos de alrededor.

«Me contó sus aventuras personales de caza y sus triunfos en la pesca; se portó con una afabilidad y una animación encantadoras.

«Nanón, mensajera rápida, se apresuraba, se multiplicaba alrededor nuestro y su ancha cofia tenía un batir de alas.

«Cuando yo arrollé un cigarro, mientras tomaba el café, Maucombe, que era un viejo oficial de dragones, me imitó; el silencio de las primeras bocanadas nos sorprendió en nuestros pensamientos, y me puse a mirar a mi huésped con atención.



«Este sacerdote era un hombre de cuarenta y cinco años, poco más o menos, y de talla elevada. Largos cabellos grises, ensortijados, rodeaban su delgado y fuerte rostro. Los ojos brillaban de inteligencia mística. Sus rasgos era regulares y austeros; el cuerpo esbelto resistía el peso de los años; sabía llevar su larga sotana; sus palabras, impregnadas de ciencia y dulzura, eran sostenidas por una voz bien timbrada que salía de unos excelentes pulmones. Me parecía de una salud vigorosa; los años le habían cambiado poco.

«Me hizo ir a su sala-biblioteca.

«La falta de sueño en viaje predispone al escalofrío; la noche era de un frío vivo, diríase de invierno. Así, cuando una brazada de sarmientos llameó delante de mis rodillas, entre dos o tres troncos, experimenté algún alivio.

«Los pies sobre los morillos y acodados en nuestros sillones de cuero bruñido, hablamos naturalmente de Dios.

«Yo estaba fatigado; escuchaba sin responder.

— Para concluir — me dijo Maucombe levantándose, — estamos aquí para testimoniar — por nuestras obras, nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestra lucha contra la naturaleza — que somos dignos del premio.

«Terminó con una cita de José de Maistre: «Entre el hombre y Dios no hay más que el orgullo.»

— Esto no obstante — le dije, — tenemos el honor de vivir (nosotros, los hijos corrompidos de esta Naturaleza) en un siglo de luces.

— Prefiramos la luz de los siglos — respondió sonriendo.

«Nos encontrábamos sobre la meseta de la escalera, con las palmatorias en la mano.

«Un largo corredor, paralelo al de abajo, separaba de la de mi hospedero la habitación que me estaba destinada. Insistió en instalarme él mismo. Entramos, miró si me faltaba algo, y como nos aproximamos para darnos la mano y las buenas noches, un vivo reflejo de mi bujía cayó sobre su rostro. ¡Me estremecí esta vez!

«¿Era un agonizante el que estaba de pie cerca del lecho? ¡El rostro que veía delante de mí no podía ser el mismo de antes! O al menos, si lo reconocía vagamente, me parecía que no lo había visto en realidad hasta este momento. Una sola reflexión me hará ser comprendido. El abate me daba, humanamente, la *segunda* sensación que, por una obscura correspondencia, su casa me había hecho experimentar.

«La cabeza que contemplaba era grave, muy pálida, de una palidez de muerte y las pupilas estaban cerradas. ¿Había olvidado mi presencia? ¿Rezaba? ¿Qué tenía, pues, para estar así? Su persona se revistió de solemnidad tan repentina, que cerré los ojos. Cuando los abrí, después de un segundo, el buen abate seguía allí, pero le reconocía ahora. ¡Ahora sí, ahora era él! Su sonrisa amistosa disipó en mí toda inquietud. La impresión no duró sino lo preciso para que me quedase esta duda. ¿Fué un delirio mío, una especie de alucinación?

«Maucombe me deseaba por segunda vez una buena noche, y se retiró. Una vez solo, pensé:

— ¡Un profundo sueño, he aquí lo que me hacía falta!

«Incontinenti medité en la Muerte: elevé mi alma a Dios y me metí en el lecho.

«Una de las singularidades de una extrema fatiga es la imposibilidad del sueño inmediato. Todos los cazadores lo han notado: es notorio.

«Esperaba dormir pronto y profundamente. Había fundado grandes esperanzas en una buena





noche. Pero al cabo de diez minutos reconocí que el malestar nervioso no se dejaba dominar. Oí los tic-tac, los breves chasquidos de la madera y los muros, sin duda relojes de muerte. A cada uno de los ruidos imperceptibles de la noche respondía todo mi ser con una conmoción eléctrica.

»Las ramas negras del jardín eran movidas por un fuerte viento. A cada instante, las hojas de hiedra golpeaban mi balcón. Tenía, sobre todo, el sentido del oído de una acuidad semejante al de las personas que mueren de hambre.

»¡He tomado dos tazas de café puro. Esa es la causa!

»Y acodándome sobre la almohada, me puse a mirar obstinadamente la luz de la vela que había dejado sobre la mesilla. La miré con fijeza, entre las pestañas, con esa atención intensa que da a la mirada la absoluta distracción del pensamiento.

»Una pilita de porcelana coloreada, con su ramito de olivo, estaba suspendida cerca de mi cabecera. Mojé en seguida mis párpados con agua bendita, para refrescarlos; después apagué la luz y cerré los ojos. El sueño se aproximaba: la fiebre se calmaba.

»Iba a dormirme.

»Tres golpecitos secos, imperativos, sonaron en mi puerta.

— ¿Eh? — me dije sobresaltado.

»Entonces me di cuenta de que mi primer sueño había ya comenzado. Ignoraba dónde estaba. Me creía en París. En sueños se padecen estos olvidos cómicos. Habiendo casi en seguida perdido de vista el objeto principal de mi despertar, me estiré voluptuosamente en una completa inconsciencia de la situación.

— A propósito — me dije repentinamente: — ¿han llamado? ¿Qué visita puede ser?...

»En este punto de mi frase, una noción obscura y confusa de que ya no estaba en París, sino en un presbiterio de Bretaña, en casa del abate Maucombe, penetró en mi espíritu.

»En un abrir y cerrar de ojos me planté en medio de la habitación

»Mi primera impresión, al mismo tiempo que la del frío en los pies, fué la de una luz muy viva. La luna llena brillaba frente al balcón, por encima de la iglesia y al través de las cortinas blancas, vertiendo su luz gélida y pálida sobre el suelo.

»Era media noche.

»Mis ideas eran lunáticas. ¿Qué sucedía? La sombra era extraordinaria.

»Al aproximarse a la puerta, una *mancha* de luz, que partía del agujero de la cerradura, vino a errar sobre mi mano y sobre mi camisa.

»Alguien estaba detrás de la puerta; realmente acababan de llamar.

»Sin embargo, a dos pasos del umbral, me paré en seco.

»Una cosa me parecía sorprendente: la *naturaleza* de la mancha de luz que corría por mi mano. Era un fulgor helado, sangrante, que no alumbraba. ¿De dónde provenía? ¿Qué pasaba que no veía ninguna línea de luz, bajo la puerta, en el corredor? ¡Aquel tachón de luz que salía del agujero de la cerradura me causaba la impresión de la mirada fosfórica de un buho!

»En este momento la hora sonó, fuera, en la iglesia, en el viento nocturno.

— ¿Quién está ahí? — pregunté en voz baja.

»El fulgor se extinguió. Iba a aproximarme.

»Pero la puerta se abrió largamente, lentamente, silenciosamente.

»Frente a mí, en el corredor, estaba de pie una forma alta y negra, un sacerdote con el bonete puesto. La luna lo iluminaba



todo, a excepción de su rostro; no veía más que el fuego de sus dos pupilas, que me miraban con una solemne fijeza.

»El hálito del otro mundo envolvía a este visitante; su aspecto me oprimía el alma. Paralizado por un terror que se inflamaba por instantes, hasta el paroxismo, contemplaba al personaje desolador en silencio.

»De pronto el sacerdote elevó el brazo con lentitud hacia mí. Me presentó una cosa pesada y vaga: un manteo de cura. Un gran manteo negro, un manteo de viaje. ¡Me lo tendía como para ofrecérmelo!...

»Cerré los ojos para no verlo. ¡Oh! ¡no quería verlo! Pero un pájaro nocturno con un grito horrible pasó ante nosotros, y el viento de sus alas, rozándome los párpados, me hizo abrirlos. Sentí que revoloteaba por la habitación.

»¡Entonces — y con un estertor de angustia porque las fuerzas me traicionaban para gritar — empujé la puerta *con mis dos manos* crispadas y extendidas y di una violenta vuelta a la llave, frenético y con los cabellos erizados!

»Cosa singular: me pareció que *todo esto no* hacía ningún ruido.

»Lo que sucedía era de una violencia que mi organismo no podía soportar. Me desperté. Estaba sentado sobre mi cama, los brazos tendidos hacia delante, helado, la frente cubierta de sudor, mi corazón golpeando contra las paredes del pecho, en grandes latidos acerbos.

»¡Ah, sueño horrible!

»Mi indomable ansiedad seguía. Necesité más de un minuto para *osar* mover el brazo; buscando los fósforos me pareció sentir en la obscuridad que una mano cogía la mía y la estrechaba amigablemente.

»Tuve un movimiento nervioso al oír los fósforos frotados por mis dedos contra el candelero. Encendí la vela.

»Instantáneamente me sentí mejor. La luz, vibración divina, transforma el ambiente fúnebre y consuela de los terrores malignos.

»Resolví beber un vaso de agua fría para reponerme del todo y salté de la cama.

»Pasando ante el balcón, noté una cosa. La luna era exactamente igual a la de mi sueño, y no a la que yo había visto antes de acostarme; yendo con la palmatoria en la mano a examinar la cerradura de la puerta, comprobé que desde *dentro* se había dado una vuelta a la llave y yo no había sido.

»Después de estos descubrimientos, lancé una mirada alrededor. Comencé a encontrar todo revestido de un carácter insólito. Me volví a acostar, algo incorporado, empecé a razonar y a probarme que todo esto no había sido más que un acceso de sonambulismo muy lúcido; pero esto me tranquilizaba cada vez menos. Sin embargo, la fatiga me cogió como una ola, meció mis negros pensamientos y me dormí bruscamente en medio de mi angustia.

»Cuando me desperté un sol hermoso jugaba en la habitación.

»Era una mañana espléndida. Mi reloj, colocado a la cabecera del lecho, marcaba las diez. ¿Habrá nada que nos conforte mejor que el día y el sol radiante? ¡Sobre todo cuando se aspira el aire embalsamado, y el campo lleno de un viento fresco, entre los arboles, los matorrales y los prados cubiertos de flores, húmedas aún de rocío!

»Me vestí de prisa, muy olvidado del sombrío comienzo de mi noche.

»Completamente reanimado por repetidas abluciones de agua fría, bajé al comedor.



»El abate Maucombe estaba ya en él. Sentado delante del mantel recién puesto, leía un periódico, esperándome.

»Nos estrechamos la mano.

— ¿Ha pasado bien la noche, querido Xavier? — me preguntó.

— ¡Excelente! — respondí con distracción (por costumbre y sin poner la menor atención en lo que decía).

»La verdad es que sentía buen apetito, esto era todo.

»Nanón sobrevino, trayéndonos el desayuno.

»Durante él nuestra conversación fué a la vez mesurada y alegre; el hombre que vive santamente conoce sólo la alegría y sabe comunicarla.

»De pronto me acordé de mi sueño.

— A propósito — exclamé, — querido abate; recuerdo que he tenido esta noche un sueño singular — y tan extraño; — ¿cómo ha podido suceder lo que ha sucedido? Se lo contaré y me dirá si no ha sido algo asombroso y quizás espantoso.

»Y mientras mondaba una manzana, comencé a narrarle con todos sus detalles la alucinación sombría que había turbado mi primer sueño.

»En el momento en que llegué al *gesto* del sacerdote *ofreciéndome el manto*, y *antes que hubiese concluído esta frase*, la puerta del comedor se abrió. Nanón, con esa familiaridad particular de las amas de cura, entró y me tendió *un papel*.

— ¡Es una carta «muy urgente» que un aldeano acaba de traer en este instante para el señor! — dijo.

— ¡Una carta! ¡Ah, sí! — exclamé *olvidando mi historia*. — Es de mi padre. ¿Cómo es esto? ¿Querido abate? ¿me da su permiso para que la lea?

— ¡Usted lo tiene! — dijo el abate, olvidándose también de la historia, y sufriendo magnéticamente el interés con que cogí la carta.

»Rompí el sobre.

— He aquí — dije — una gran contrariedad: recién llegado y me veo obligado a partir.

— ¿Cómo? — preguntó el abate Maucombe, dejando su taza sin beber.

— Me escribe que vuelva en seguida con motivo de un asunto, de un pleito muy grave que yo esperaba que no se viera hasta diciembre. Esta carta me anuncia que se verá en la quincena, y como sólo yo estoy en condiciones de poner en orden ciertas pruebas que deben darnos el triunfo, es preciso que me vaya... ¡Qué fastidio!

— ¡Positivamente, es enojoso! — dijo el abate, — ¡muy enojoso! Al menos prometedme que tan pronto quede terminado... La salud es el negocio más importante; esperaba influir algo en la vuestra, y he aquí que huís de mí. ¡Yo que pensaba que el buen Dios os había enviado!...

— Querido abate, os dejo mi fusil — exclamé. — Antes de tres semanas estaré de vuelta, y esta vez por una buena temporada, si queréis.

— Id en paz — dijo el abate Maucombe.

— ¡Ah! ¡Es que se trata de casi toda mi fortuna! — murmuré.

— ¡La fortuna es Dios! — dijo sencillamente Maucombe.

— Y mañana, ¿cómo viviría yo si...?

— Mañana no se vive ya — respondió.

»A poco, nos levantábamos de la mesa, un poco consolados del contratiempo por esta promesa formal de volver.

»Fuimos a pasearnos por el jardín, a visitar las dependencias del presbiterio.

»Durante el resto del día el abate me enseñó con gusto sus pobres tesoros campestres. Luego, mientras leía su breviario, recorrí solitario los alrededores respirando con delicia el aire vivo y puro. Maucombe, al volver, me habló algo de su viaje

por Tierra Santa, y en todo esto se consumió la tarde.

«Vino la noche. Después de una frugal comida, dije al abate Maucombe:

— Amigo mío, el *express* parte a las nueve en punto. De aquí a R*** hay hora y media de camino. Necesito media hora para llegarme a la posada y devolver el caballo; total, dos horas. Son las siete; os tengo que dejar ahora mismo.

— Os acompañaré un poco — dijo el sacerdote; — *este paseo me será saludable*.

— A propósito — le respondí preocupado — he aquí la dirección de mi padre, en cuya casa habito en París. Consérvela por si nos tenemos que escribir.

«Nanón tomó la tarjeta y la colocó en la juntura del espejo.

«Tres minutos después el abate y yo dejamos el presbiterio y avanzamos por la carretera. Yo llevaba al caballo de la brida.

«Eramos ya dos sombras.

«Cinco minutos después de nuestra partida, una niebla penetrante y una lluvia menuda, precipitadas por un terrible golpe de viento, azotaron nuestros rostros.

«Me detuve con decisión:

— Mi viejo amigo — dije al abate, — ¡no! Decididamente, no puedo sufrir que se moleste por mí. Su existencia es preciosa y estas oleadas glaciales son muy malsanas. Vuélvase usted; vuélvase, se lo ruego.

«El abate, al cabo de un instante, pensando quizás en sus fieles más que en él mismo, se rindió a mis razones.

— ¿Pero me llevo su promesa de volver, querido amigo? — me dijo.

«Y mientras le estrechaba la mano, añadió:

— ¡Un instante! Pienso en el camino que tiene que hacer y que esta niebla es en efecto muy penetrante...

«Tuve un escalofrío. Estábamos el uno cerca del otro, inmóviles, mirándonos fijamente como dos viajeros con prisa.

«En este momento la luna se elevó sobre los pinos, detrás de las colinas, esclareciendo las landas y los bosques en el horizonte. Nos bañaba espontáneamente con su luz sombría y pálida, con su llama desierta y blanca. Nuestras siluetas y la del caballo se dibujaban enormes sobre el camino. Y del lado de las antiguas cruces de piedra — allá abajo — del lado de las antiguas cruces en ruina, levantadas en ese rincón de Bretaña en las escabrosidades donde anidan los funestos pájaros escapados del bosque de los Agonizantes, oí a lo lejos un *grito* horrible: el agrio y alarmante graznido del cuervo. Un mochuelo de ojos fosfóricos, cuyo fulgor temblaba sobre la rama de un carrasco, voló y pasó sobre nosotros prolongando ese grito.



— ¡Vamos! — continuó el abate Maucombe, — estaré en mi casa dentro de un minuto; así que *¡tome, tome mi manteo!* ¡Tengo muchos!... ¡muchos! — añadió con un tono inolvidable. — Me lo enviará por el muchacho de la posada que viene al pueblo todos los días... *Se lo ruego*, acéptelo.

«El abate, pronunciando estas palabras, me tendió su negro manteo. No veía su cara a causa de la sombra que proyectaba su amplio sombrero de teja, pero distinguía sus ojos, *que me miraban con una solemne fijeza*.

«Me echó el manteo sobre los hombros, me lo prendió con un aire tierno e inquieto, mientras que yo, sin fuerzas, cerraba los ojos. Después, aprovechando mi silencio y mi turbación, volvió apresuradamente hacia su casa, desapareciendo en seguida en una vuelta del camino.

«Con cierta presencia de ánimo — y un poco también ma-

quinalmente — salté sobre el caballo. Luego me quedé inmóvil.

«Ahora estaba solo en la carretera. Oía los mil ruidos del campo. Elevé los ojos y miré al cielo lívido, por el que desfilaban numerosas nubes, ocultando la luna. Muy impresionado por lo sucedido y por la naturaleza solitaria y adusta, me tenía, sin embargo, derecho y firme, aunque debía estar blanco como un papel.

— ¡Vamos! — me dije — ¡calma! Tengo fiebre y estoy sonámbulo. Esto es todo.

«Me esforcé en alzar los hombros: un peso secreto me lo impedía.

«Y he aquí, que venida del fondo del horizonte, del fondo de estos bosques abandonados, una bandada de cigüeñas, con gran ruido de alas, pasó gritando horribles sílabas desconocidas por encima de mi cabeza. Fueron a abatirse sobre el techo del presbiterio y sobre el campanario lejano, y el viento me trajo gritos tristes. Tuve miedo, a fe mía. ¿Porqué? ¿Quién me lo precisará jamás?

«He visto el fuego en la guerra; he esgrimido mi espada en varios duelos; mis nervios están mejor templados, quizás, que los de los más flemáticos y de los más serenos; pero afirmo humildemente que esta vez tuve miedo, y gran miedo...

«En silencio, ensangrenté los flancos del pobre caballo, y con los ojos cerrados, los riñones deshechos, los dedos crispados sobre las crines, el manteo flotando detrás de mí en línea recta, sentí que el galope de mi caballo era vertiginoso, hasta rozar la tierra con su vientre. De vez en cuando el ruido de mi jadeo le comunicaba, segura e instintivamente, el horror supersticioso de que yo temblaba, aun siendo un valiente, y eso le hacía correr más, llegando así al pueblo de R*** en media hora. ¡Cuando sentí el ruido del empedrado de las calles, erguí la cabeza y respiré!

«¡Al fin! ¡Veía las casas y las tiendas iluminadas! ¡Observaba rostros humanos detrás de los cristales! ¡Veía los transeuntes!... ¡Había salido ya del país de las pesadillas!

«En la posada me instalé ante un buen fuego. La conversación de unos carreteros me llevó a un estado vecino al éxtasis. ¡Salía de la Muerte! Miraba los juegos de las llamas. Tomé un vaso de ron. Recobré el uso de mis facultades.

«Me sentí de nuevo dentro de la vida real.

«Estaba aún — hay que decirlo — un poco avergonzado de mi pánico.

«Así que me sentí tranquilo, cumplí la comisión del abate Maucombe. ¡Con qué sonrisa mundana examiné el negro manteo al entregárselo al posadero! La alucinación se había disipado.

«El manteo no me pareció ofrecer nada extraordinario ni aun de particular — si no es que era muy viejo y estaba remendado, recosido, dobladillado con una especie de ternura ensañada. Una caridad profunda, sin duda, llevaba al abate Maucombe a dar en limosnas el precio de un manteo nuevo; así me expliqué aquella pobreza.

— ¡Está bien! — dijo el posadero: — el muchacho debe ir al pueblo dentro de un momento: llevará el manteo a casa de M. Maucombe y lo dejará allí dentro de dos horas.

«Una hora después, en mi vagón, los pies sobre el calentador, envuelto en mi hopalanda reconquistada, me decía encendiendo un buen cigarro y escuchando el ruido del silbido de la locomotora:

— Decididamente, prefiero mejor este graznido a aquél de los cuervos.

«Lamentaba un poco, debo confesarlo, haber prometido volver.

«Más allá me dormí, al fin, con un buen sueño, olvidando completamente lo que recordaría en lo sucesivo por una insignificante coincidencia.

«Debía detenerme seis días en Chartres para recoger algunos documentos que llevarían a una conclusión favorable nuestro proceso.

«Al fin, el espíritu obsesionado por el pleito — y bajo el abatimiento de mi maligno hastío, — volví a París la noche justa del séptimo día de mi salida del presbiterio.

«Llegué directamente a mi casa, sobre las nueve. Subí. Encontré a mi padre en el salón. Estaba sentado cerca de un velador iluminado por una lámpara. Tenía una carta abierta en la mano.

«Después de las primeras palabras de bienvenida, me dijo:

— ¡Tú no sabes, estoy seguro, qué noticia me dan en esta carta! Nuestro viejo amigo, el abate Maucombe, ha muerto después de tu partida.

«Al oír estas palabras me poseyó una extraña conmoción.

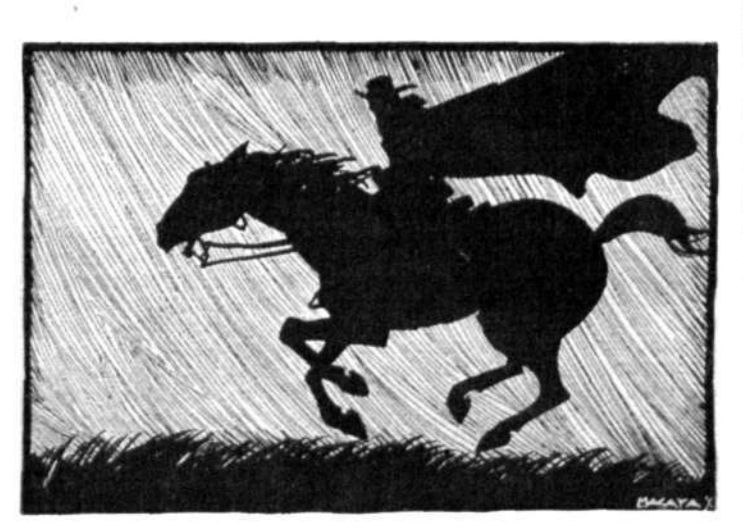
— ¡Pero es posible! — respondí.

— Sí, muerto anteayer a media noche. Tres días después de tu salida del presbiterio. Cogió frío en la carretera. Esta carta es de la vieja Nanón. La pobre mujer parece tener la cabeza tan perdida, que repite dos veces una frase... singular... apropósito de cierto manteo... ¡Léela tú mismo!



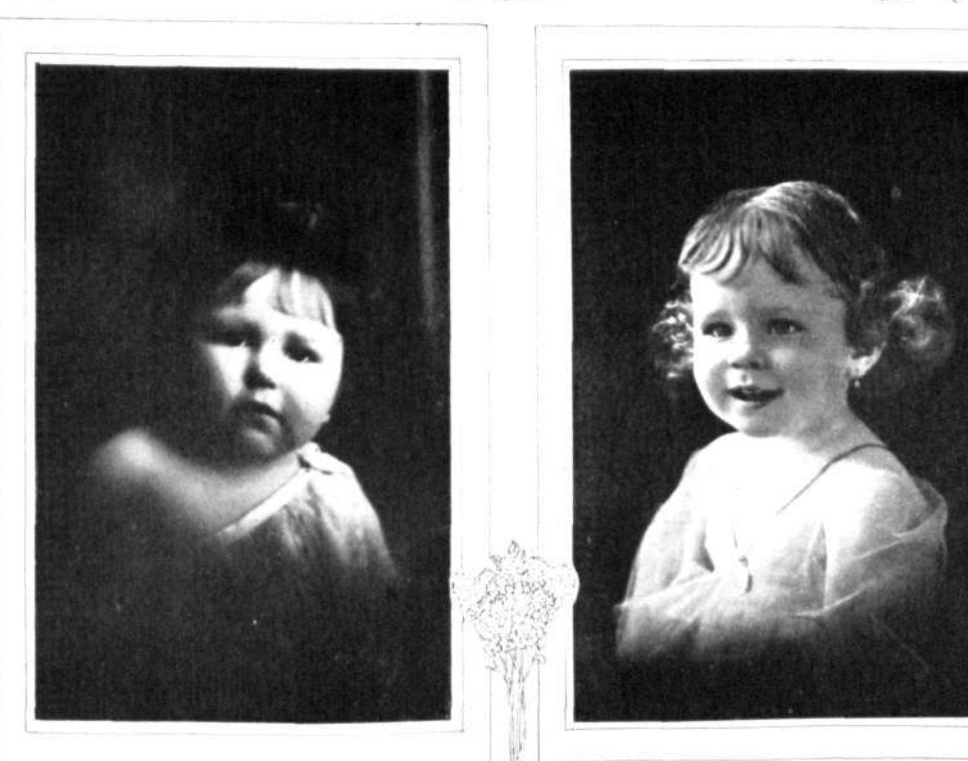
«Y me tendió la carta en que la muerte del santo sacerdote nos era anunciada, y donde leí estas sencillas líneas:

«Se sintió feliz — eran las últimas palabras de la carta — porque estaba envuelto, al dar el postrer suspiro en el manto que había traído de su peregrinación a Tierra Santa, *y que había tocado* LA TUMBA».



Página Infantil

María Irene Losca Galup



Enrique Cano Torraza — María Rosa Fernández Bonamino



EN LA ROMERIA

ÓLEO DE

RAMON DE ZUBIAURRE



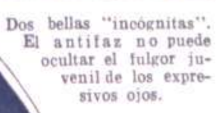
ADIOS CARNAVAL 1924

Cuatro Gracias luciendo, aparte de sus naturales encantos, bonitos vestidos de fantasía, rococó y estudiantina.



Una manola castiza y un "capricho" elegante... las dos admirables por su simpática y gentil expresión.





Dos bellas "incógnitas". El antifaz no puede ocultar el fulgor juvenil de los expresivos ojos.

Damas y caballeros descansando unos momentos, después de haber rendido fervoroso culto al baile.

BAILE EN EL "TIGRE CLUB"



Bello grupo de distinguidas señoritas en los jardines del prestigioso Club.



Señoritas Lacoste y señores Scolérici y Lacoste.



Otro interesantísimo grupo de señoritas luciendo sencillos y no por eso menos hermosos trajes de fantasía.

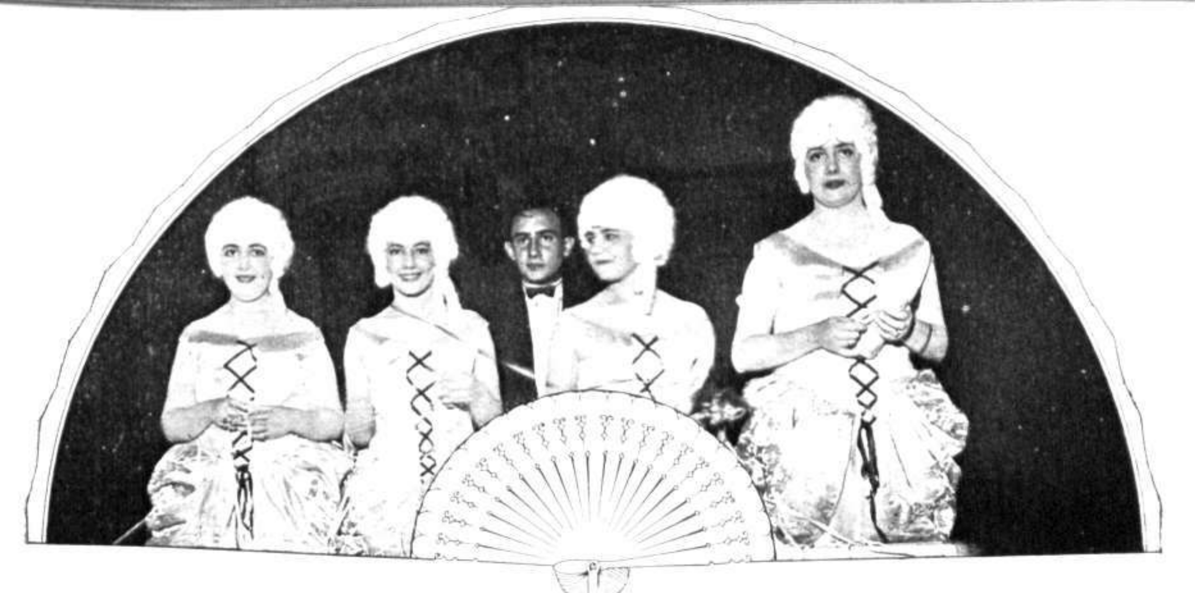


Una barra deliciosa pero temible para el comentario. Dicen que lo que desfilaban por delante no lo hacían muy tranquilos.



Señoritas Risso Patrón y Parra Ciudarreal, formando un terceto original y sugerente.

BAILE EN EL CLUB DE FLORES



Palco ocupado por la señora Juana C. de Alonso, Consuelo, Juan Carlos y Mercedes Alonso y señora Celina Pagés de Caballé.



Señoritas Ricci en su palco, disfrazadas de guerreras romanas.



El Bataclán, frívolo y exquisito, representado por las señoritas de Canoletti, M. de Oca, Grill y Spena.



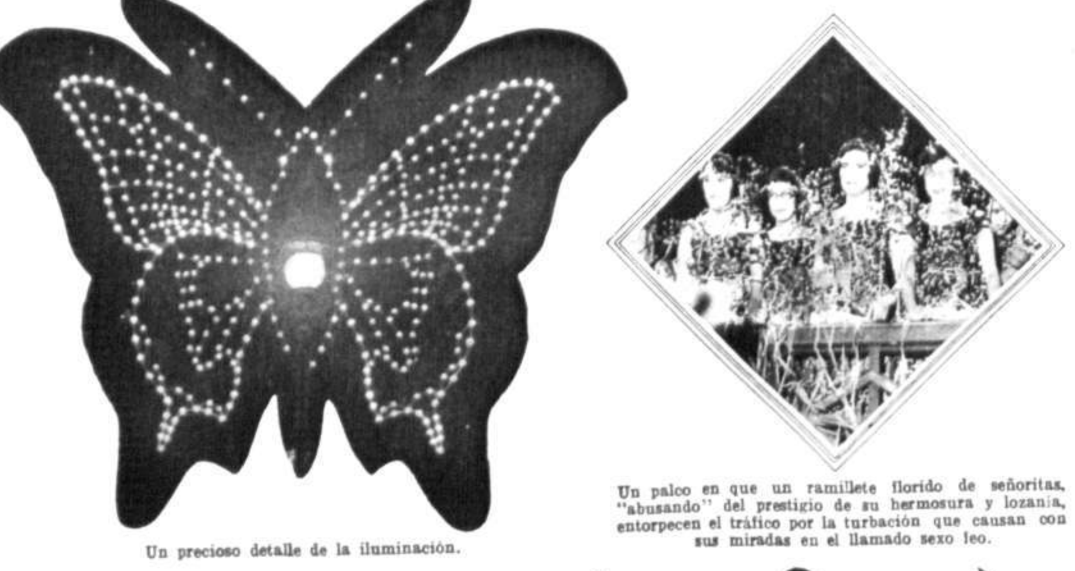
Estas siete figuras que se apellidan Porcel, Etchecopar, Laboratornara y Ortiz Machado, ocupando uno de los palcos, destacáronse por su belleza y bullicioso regocijo.



Movido y animado aspecto del Carnaval durante las horas del pintoresco desfile por la adornada "vía luminosa", que se vió concurridísima. El derroche de serpentinas y el buen gusto,

Corso Oficial de la  Avenida de Mayo

caprichoso y fantástico, que se advertía en algunos originales disfraces, dieron una feliz y agradable nota de alegría y de color al principal de nuestros corsos.



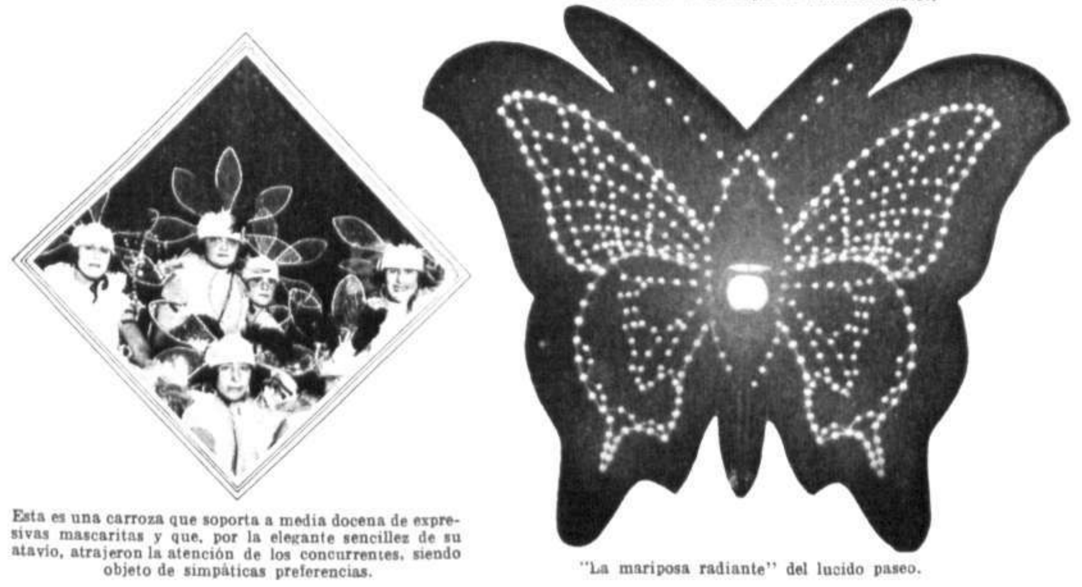
Un precioso detalle de la iluminación.

Un palco en que un ramillete florido de señoritas, "abusando" del prestigio de su hermosura y lozanía, entorpecen el tráfico por la turbación que causan con sus miradas en el llamado sexo feo.









Esta es una carroza que soporta a media docena de expresivas mascaritas y que, por la elegante sencillez de su atavío, atrajeron la atención de los concurrentes, siendo objeto de simpáticas preferencias.

"La mariposa radiante" del lucido paseo.









Grupo de damas que dieron lucimiento al animado festival celebrado en el aristocrático Club para festejar al travieso y bullanguero dios Momo.



He aquí un conjunto de mascaritas bien plantadas, sobre todo la capitana azteca del primer término.



Cuatro originales disfraces lucidos por las señoritas Massa, Barrutti y Ferrari Devoto, que fueron muy felicitadas.



El doctor Lijó Pavia, y los señores Condte, Oswalt y Gourmiz acompañados de sus respectivas esposas.



Familias de Ramino, Dominoni, Gazcón, Gurchad, Mazora y Rodríguez Tudickz.

BAILE EN EL CLUB BELGRANO



Señoritas María Elena Sackmann, Amalia y Celmira Albarracín, muy clásicas las tres, dejándose impresionar por el impertinente objetivo en la cancha de tennis de la prestigiosa institución del Norte.



Un atractivo grupo de mascaritas: señoritas Angélica, Fina M., Rosa y Amalia Hidalgo y Helena Orma.



Grupo de concurrentes al baile, que resultó a tono con los tradicionales festejos, juvenil y magnífico.



El misterioso jockey. — Atrajo la curiosidad y admiración de todos y nadie pudo descubrirlo.



Señorita Junquet Garay, sencilla y elegante con su vestido de tul negro.



Señorita Eloisa Bayá cubierta por airoso y sedeño mantón de flecos.

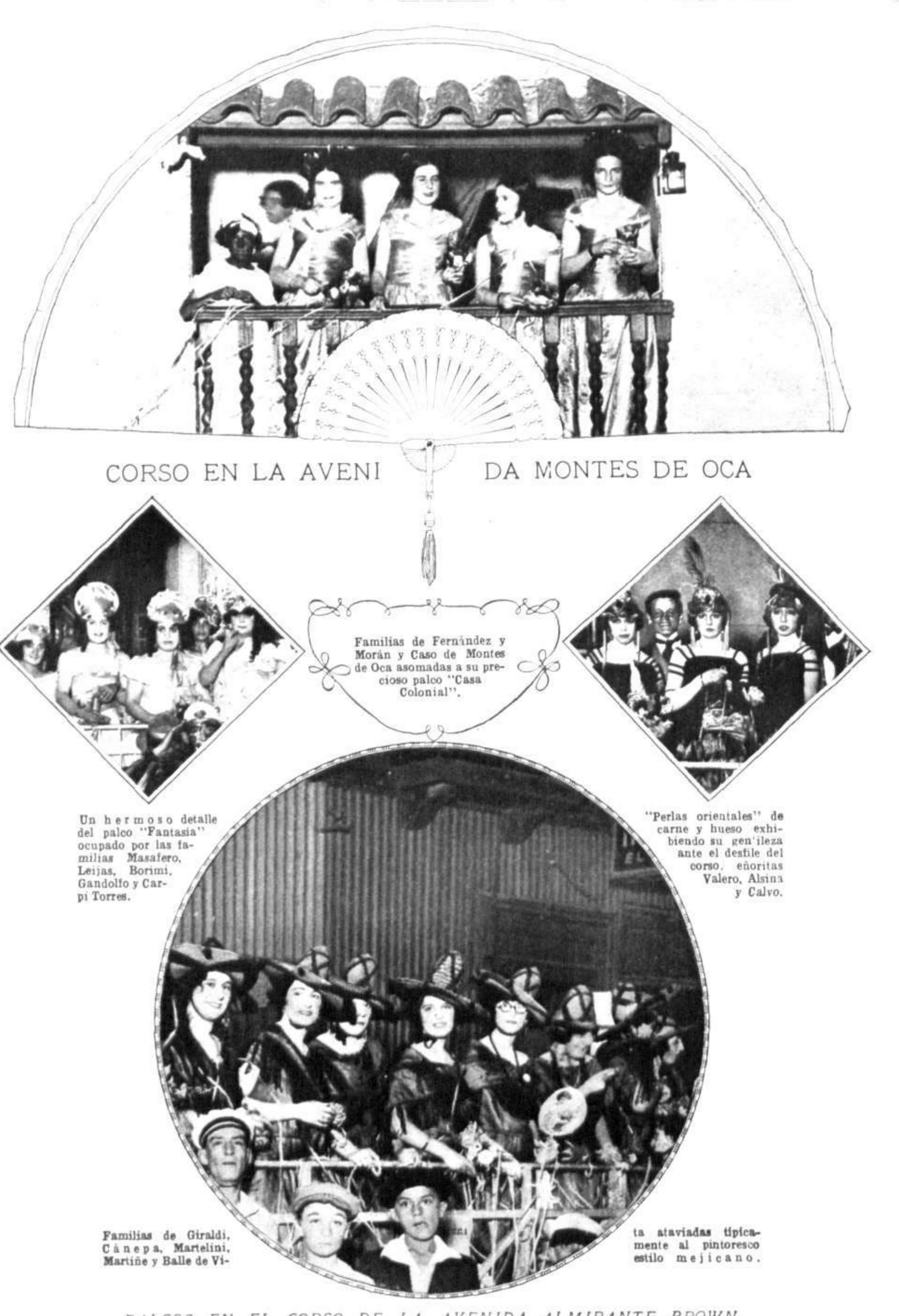


Señorita María Rosa Soto en actitud de iniciar una danza exótica y cadenciosa.



Señorita Susana Bernardo Massini, de princesa de algún país lejano.

BAILE EN EL CLUB ATLÉTICO SAN ISIDRO



CORSO EN LA AVENI DA MONTES DE OCA

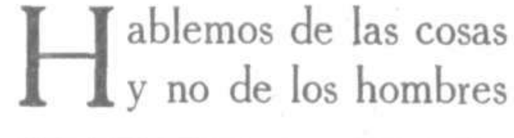
Familias de Fernández y Morán y Caso de Montes de Oca asomadas a su precioso palco "Casa Colonial".

Un hermoso detalle del palco "Fantasía" ocupado por las familias Masafero, Leijas, Borimi, Gandolfo y Carpi Torres.

"Perlas orientales" de carne y hueso exhibiendo su gen'ileza ante el desfile del corso. eñoritas Valero, Alsina y Calvo.

Familias de Giraldi, Cánepa, Martelini, Martiñe y Balle de Vi- ta ataviadas típicamente al pintoresco estilo mejicano.

PALCOS EN EL CORSO DE LA AVENIDA ALMIRANTE BROWN



Hablemos de las cosas y no de los hombres



(Sí, lector, por esta vez, al menos, no hablemos de los hombres y hablemos de las cosas, sobre todo, de las cosas que nos rodean, pues ellas también tienen alma, un alma más sencilla, más buena y menos complicada que la de algunos hombres... Por eso, porque en la vida estamos rodeados de cosas, es necesario que hablemos «con ellas» y «de ellas»...)

I

MI MESA DE TRABAJO

Modesta, humilde, pobre, vino a mi poder como obsequio de un amigo. Y, desde entonces, jamás he pensado separarme de ella. Puede decirse que he llegado a sentir por esta sencilla mesa de trabajo algo así como un poco de cariño, ya que, más de una vez, descansaron sobre ella mis ambiciones, mis locuras de querer alcanzar lo que estaba muy lejos de mí...

Por eso, porque ella forma parte de mi vida de principiante de escritor, es por lo que hoy, al hablar de las cosas que nos rodean, he comenzado por mi humilde mesa de trabajo, desde la cual asisto al espectáculo — siempre diferente — de la vida del mundo y del mundo de la vida...

II

LA BIBLIOTECA

Curioso el mueble. No es una biblioteca, pero ante mí hace las veces de tal y no me avergüenzo en declararlo. En su juventud fué ropero, luego, un amigo práctico y económico lo transformó para mi comodidad en esto que yo, torpemente, llamo biblioteca, por más que al hacerlo siento deseos de sonreir... Por lo demás, merece estas líneas, pues me ha servido de mucho, aunque ahora pienso volver este mueble a su primitivo estado, es decir, que esta biblioteca de hoy será mañana ropero como lo fué ayer... Sin embargo, como ropero o biblioteca estará siempre en mi poder, porque le guardo hondo cariño y porque también le debo muchos momentos gratos, ya que apilados en sus cuatro estantes está el pequeño tesoro de mis libros, de esos libros que merecen un capítulo aparte por ser lo que son y por haberme enseñado de los hombres y de las cosas todo lo que ellos me enseñaron, no sé si para mi bien o para mi mal...

Y en tren de confidencias, agregaré también que, más de una vez, en este curioso mueble que hace ante mí las veces de biblioteca, he guardado (obligado por la falta de comodidad) mi sombrero y mis botines...

III

EL RELOJ

Ahí está mi reloj. Tan cerca de mí que alcanzo a oir su mecánica respiración. Vive. Vive como yo, como todos, bajo el poder de una voluntad más fuerte que la nuestra. Es un viejo compañero de aventuras. Marcó horas agradables y horas tristes, por eso también le debo a él eterno agradecimiento. Llegó al bolsillo de mi chaleco como regalo de mi madre, y jamás tuve motivo para quejarme de él. Sin embargo, pienso que, algún día, en un posible mañana, este antiguo compañero dejará de existir, y este pensamiento me une más a él, me obliga a cuidarle mejor, como si de mis manos dependiera el vivir más o menos tiempo.

Me parece que tratándolo con cariño vivirá mucho más tiempo aún; pero no, es necesario acostumbrarse a la idea de que llegará ese instante, esperado y doloroso, en que nos separaremos de él para usar otro. Entonces, a otro obsequiaremos con las mismas caricias y cuidados y así, será otro quien seguirá marcando las horas agradables y tristes de nuestra vida, como lo fué aquél, el regalo de mi madre...

IV

EL TINTERO

Chato, ordinario, con una hendidura en el centro de su cuerpo para que descanse la pluma, así es mi tintero, y así como es lo quiero, ya que, si no fuera así, no sería el mío. No recuerdo con exactitud los años que me acompaña en la vida, pero sólo sé que desde que escribo mal o bien (más bien mal que bien) no he usado otro, pese a la cantidad de tinteros «artísticos» que he recibido como obsequio y que hasta hoy permanecen escondidos por ahí entre otros muchos «regalos prácticos». Una sola vez intenté cambiarle, pero no pude. Aquel no era «mi tintero», era más bonito, más agradable a los ojos; no obstante, no era «mi tintero». El mío es chato, ordinario, pero, eso sí, es el «mío»...

V

EL DIA DE AYER...

De plano, muy estirado sobre la mesa de trabajo, descansa «el día de ayer». Acabo de arrancárselo al pequeño calendario desde donde el tiempo parece observarme burlándose de mí, de mis afanes, de todo, obligándome, a veces, a cerrar los ojos para no ver cómo corren los días, apresurados, siempre diferentes y siempre iguales. Siguiendo una antigua costumbre, tomo la hoja de papel que marca el día pasado, y muy lentamente, comprendiendo lo delicado de mi tarea, voy rompiendo en muchos pedazos el número ese que representa el «ayer» que jamás volverá... Luego arrojo a la calle, por la ventana, el día de ayer que acabo de destrozar a mi antojo, y veo cómo el viento juega un momento con él, convertido ahora en pequeños puntos blancos y luego se van, se van, yo no sé adónde, pero es lo cierto que una voluntad más fuerte que la mía, quizás la del tiempo mismo, despedaza del mismo modo, poco a poco, mi alma, mis pequeñas ilusiones. Es algo así como una venganza. Mientras yo juego con el tiempo destrozando el «día de ayer», el tiempo juega conmigo quebrándome de una manera despiadada «el día de hoy y de mañana...»

JULIO FRANZOSO

NOTA
COMICA
DEL



—No me duele el dinero que le doy a este *guitarrero*, porque cuando canta se siente un fresco encantador.

—Es que todo lo que toca son *aires camperos.*



Eugenio Verduna, ganador de la carrera de persecución en el torneo organizado por la Federación Ciclista de la Provincia de Santa Fe.



Ciclistas que tomaron parte en las diversas carreras, desfilando ante el público antes de comenzar las pruebas.



Cristián Berger, ganador de la carrera de 1000 metros.

SE MEDIRÁ LA TIERRA POR MEDIO DE LA RADIOTELEFONÍA

En una conferencia realizada en París, Mr. Ferrié, conocido hombre de ciencia, declaró que era poseedor de un vasto proyecto de medición del globo terrestre por medio de la radiotelefonía.

Dando por sentado que la onda hertziana desplaza una velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, puede transmitirse la hora entre estaciones muy apartadas con una precisión de 1/100 de segundo Y una tal diferencia de tiempo corresponde a una distancia de cinco metros del Ecuador.

Por consiguiente, determinando la hora local en un punto dado por la observación astronómica y recibiendo por radiotelefonía esta hora en otro punto, se puede calcular una distancia de cinco metros entre los dos sitios.

Repitiendo esta operación sobre otros puntos del globo, se determinará un primer polígono de triangulación bastante exacta, polígono que se podrá descomponer en otros más pequeños.

De esta manera se podrá operar rápidamente en la triangulación de nuestro planeta, con un procedimiento más exacto y menos costoso que el geodésico usado hasta ahora.

Pero es este un proyecto preliminar, que hay que recibir con beneficio de inventario.



Perfume delicado y exquisito; acción durable y persistente, y alta calidad de fabricación legítima, determinan la evidente superioridad del

Agua de Colonia Mendel

artículo especialmente recomendado para las personas refinadas y de buen gusto.

Perfumería MENDEL - En Bs. Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Montevideo: calle Cerrito, 673

De Rosario



Aspecto de la sala del "Centre Català" durante la representación de la opereta "Molinos de viento", en la cual tomó parte un selecto núcleo de señoritas.

Señoritas y jóvenes a cuyo cargo estuvo la representación de la opereta antedicha, los cuales cosecharon calurosos aplausos, por la corrección y soltura con que desempeñaron sus papeles.



A estos naturales se les halló perdidos y hambrientos en el desierto de Karoo (Africa Meridional). El Oakland que los salvó recorrió sin avería más de 3.200 kilómetros de desiertos y selvas, bajo un calor abrasador.

El Oakland en un camino sudamericano inundado por fuertes lluvias—ejemplo de las muchas condiciones difíciles a que se adapta este automóvil en todos los países del mundo.

Oakland—

El primer automóvil de 6 cilindros de precio módico

EL PRIMER OAKLAND se fabricó para satisfacer la demanda por un automóvil de seis cilindros que costase relativamente poco y fuese de funcionamiento económico.

Logrado ese fin, los fabricantes perfeccionan sin cesar el Oakland, para que cada año merezca más la reputación de ser el automóvil ligero de seis cilindros mejor que pueden producir la habilidad técnica y la maquinaria moderna, secundadas por poderosos recursos pecuniarios.

La fama del Oakland es hoy mundial. En los desiertos de Asia, las pampas argentinas, los desfiladeros andinos, los matorrales de Australia—dondequiera que lo difícil del terreno pone a prueba la resistencia y utilidad del vehículo — el Oakland no sólo mantiene sino que aumenta su prestigio.

* * * * *

Quien adquiere un Oakland tiene la doble garantía del nombre del coche y el hecho de que la compañía que lo fabrica es subsidiaria de la General Motors, la mayor empresa automovilista del mundo.

Aunando los elementos de muchas compañías dedicadas a la fabricación de automóviles finos y sus accesorios, la General Motors proporciona a la casa Oakland las economías consiguientes a la estandardización y las operaciones en grande escala, y la respalda con el poder financiero de todas las compañías integrantes.

Para mayores detalles relativos a la General Motors, escríbase a General Motors Export Company, Casilla de Correo 745, Buenos Aires

GENERAL MOTORS

FABRICANTES DE AUTOMÓVILES, CAMIONES, EQUIPOS Y ACCESORIOS

BUICK . CADILLAC . CHEVROLET . OAKLAND . OLDSMOBILE . CAMIONES GMC

Nueva York . Londres . París . Copenhague . Soerabaia . Bombay . Calcuta . Shangai . Yokohama . Honolulu
Sydney . Melbourne . Wéllington . Constantinopla . Johannesburgo . México . Río de Janeiro . Buenos Aires

La enfermedad del viejo Quilques

Supe que el gran hombre se había enfermado, no dudando de que lo estaría seriamente, porque cuando un gaucho de su estirpe «empieza a aflojar» — según la frase criolla — no hay «dotor» ni remedio que lo salve. Se derrumba, sin oscilaciones, como un «rancho ladiao» por los temporales. El viejo Quilques no podía constituír una excepción, a pesar de su «juerte» osamenta y de su organismo, resistente a la acción de los microbios, como si hubiera sido hecho a golpe de martillo y al llamear de una fragua.

No vacilé en emprender el largo viaje para verle, porque él vivía en el rincón más «apartao e su tierra» — como decía a menudo, riéndose — en un lugar agreste, donde la civilización había logrado solamente introducir escasas novedades, entre ellas la justicia y la policía, que son, sin duda, una demostración evidente de cultura, puesto que implican la reglamentación de la libertad y la ordenada restricción del derecho.

Muchas veces, al pensar en la silvestre ubicación del viejo, se me ocurrió que ella simbolizaba la situación cabal del gaucho, a quien las prácticas de la vida moderna y las grandes conquistas del progreso van arrojando paulatinamente de los centros populosos, como sucede con ciertos irracionales, algo hoscos al movimiento y al bullicio de los sitios transitados. Quilques había encontrado su refugio y en él no estaba mal, por supuesto, porque el ambiente no sólo no imponía adaptaciones, sino que todavía resultaba primitivo para la refinada psiquis de nuestro criollo, tan dada a la sutileza y a la ironía; al verbalismo, pintoresco como un paisaje glorioso de sol, a manera de un cromo encendido por los matices.

Yo siempre le estimé por eso: por su temperamento nativo, alegre, decidor, bromista, ocurrente, incisivo como una espina de «tala» y picante como la fruta del «chal-chal». Además, ¿cómo iba a abandonarle en el grave trance, yo, su comentador, su divulgador en las páginas de la gran Revista metropolitana y su admirador sincero, hasta el punto de considerarle un raro ejemplar de las edades que pasaron y el criollo más perfecto de su heroica raza?

Así se explicará el apresuramiento de mi marcha y el empeño de llegar a sus «pagos» antes de que se produjera el desastre de su muerte.

Pero con este hombre falla toda conjetura. «Es al revés de tuito el mundo», como dice el comisario, *sencillamente* porque los de esta *época* azarosa no andamos muy correctamente por la vida.

Pues, cuando, luego de mil peripecias, devorando espacio y tiempo, llegué a su «casa», enclavada en la cresta de una loma verdegueante, me lo encontré sentado a la puerta, sobre un banco hecho de un tosco tablón de algarrobo, sostenido por cuatro troncos cortados a filo de hacha, rodeado de *sus amigos inseparables*, el juez, *el comisario*, el auxiliar de la policía, el indio Ñacurutú, el «pulpero» y unos cuantos criollos, antiguos compañeros suyos en las viejas «patriadas». Tomaba el «solsito» primaveral, el «solsito» que le daba temple y le encendía luminarias en la imaginación siempre despierta.

Cuando bajé del caballo todos se levantaron para saludarme, y él primero que nadie, abriendo los delgados brazos — aquellos brazos, montantes de lanzas, — contento, orgulloso de que hubiese un amigo capaz de hacerse cien leguas en ferrocarril y a caballo para verle.

— Viejo — le dije, mientras lo apretaba contra mi pecho, — me alegro de que me haya robado la plata. Yo, francamente, creí que iba a llegar tarde...

— Ya ve — interrumpió el comisario, siguiendo la broma — que se podía haber demorao unos cuantos años.

— Yo — agregó él, como defendiéndose — no tengo la culpa el chasco que se ha pegao. Jué la enfermedá, que al prensipio se me vino con intensión de pialarme y pelarme el cuero, pero dispués me jugó risa. Una barajada, no más, pa asustarme, creyendomé sin aguante.

— Es que este hombre — dijo Ñacurutú — tiene pato con mandinga, y cuando tuitos se mueran, va quedar en el campo, duro y coloriando, como tacurú, pa memoria el gaucho esta tierra.

— Va a quedar, sí — agregué yo, — como ha quedado Santos Vega y el viejo Vizcacha,

— Grasias a usté, amigaso — me dijo Quilques, encarándoseme, con cierto tono de reconvención, — porque usté está contando la historia e mi vida, ponderando demasiao mis pocos méritos. Al fin y al cabo, yo no soy más que un gaucho como otro cualquiera, con un poco más de sensia, porque he vivido casi siempre juera el rancho en cumplimiento e mi destino y porque he heredao las ganas de rair cuando estoy triste, de mis agüelos los criollos de aquellos tiempos pasaos, en que se jugaban la vida entre mate y mate, un tiro e laso y un entrevero. ¿Qué hise? Nada, amigos. Jueron los tiempos, qu'eran bravos como toro enselao y simarrón rabioso.

— Es muy modesto, amigo — dijo el comisario, guiñándome un ojo, — porque ni en el pasao ni en el presente ha habido un hombre campero e su laya, que haiga presensiao y tomao parte ativa en acontesimientos históricos de tanta importansia, como ha susedido con usté, que no parese sino que los ha inventao pa darse corte y poner su nombre a la cabesa, por afán de figurar...

— Es cierto — interrumpí yo, haciendo esfuerzos para no reir; — hay pocos, como el amigo Quilques, que reunan tantas y tantas condiciones de coraje, abnegación, resistencia, heroísmo... y picardía criolla, sobre todo de esta última cualidad, que los literatos y cajetillas llaman humorismo y los cronistas adocenados, ironía.

— Yo no sé lo que quiere decir eso — dijo el viejo; — pero pa mí no es otra cosa que saber rair por dentro sin abrir la boca y mostrar los dientes...

— Eso *mismo* — respondí *yo*; — que reir para afuera es una función vulgar, que cualquier zonzo ejercita, sin más trabajo que estirar y encoger los músculos de la cara. Y es precisamente ese arte difícil el que usted practica, amigo Quilques, tan espontáneamente, que parece no costarle gran trabajo.

— Güeno — dijo el viejo, bajando la cabeza — será ansina, como usté dise, pero yo, como ustedes *comprienden, no puedo óir tanto elogio* sin sentirme incomodao. La caña me da calor y las alabansas me enfrían. Yo le agradesco, amigo, las maravillas quí ha contao de mi persona, y la popularidá que me ha hecho conquistar entre los manates, pero más me hubiera gustao morirme inorao del mundo, porque, a la cuenta, no faltará quien ponga en duda...

— No señor — dije yo, con enojo; — nadie, entiéndalo bien, ha manifestado incredulidad ante los hechos suyos que he referido, que son pálidos reflejos de la realidad. Hoy es el gaucho más simpático de la América, y no sería extraño que le

levantasen una estatua para perpetuar su memoria.

— Mire, amigo — dijo el viejo sin socarronería: — son tantos los mármoles y los bronses que dedican a los pobres diablos, qu'es un honor descansar en el osario. Yo quiero, como el gaucho del verso, que me entierren en campo verde, ande me pise el ganao... El cardo no tiene jardín y echa flores, y la carqueja, con ser venenosa, adorna el campo en la primavera...

— Es mucha su modestia — le repliqué, — y aunque usted se oponga no va a impedir el reconocimiento público a la memoria del más donoso de los gauchos conocidos.

— Muchas grasias en nombre el dijunto.

— Hay pa rato — dijo el pulpero, — porque usté no se muere ansina no más, como cualquier cristiano.

— Parese qu'están empeñaos... pues lo están repitiendo mucho, y es una suerte... pa que salga al revés... Lástima que no dejo viuda pa la pensión.

— Vea, amigo — le contesté yo, algo picado: — he andado cien leguas para asistirlo en su última hora y hacer conocer su voluntad, y eso prueba, cuando menos, que hay interés por su persona. No sea tan escéptico...

— Yo creo tuito lo que me disen... hasta la mentira. Cuando estuve en el pueblo, no sé cómo no me hisieron el cuento el tío... Lo que prueba que los rateros son más sonsos que yo...

— O más vivos...

— Los que roban son unos disgrasiaos, porque no saben vivir sin haser daño... La víbora come sin empliar el veneno, y el sorro parese que duerme cuando tiene hambre... pa engañar a la gallina...

— Usted, amigo Quilques — dije yo, — es el mismo de siempre. Desconfiado hasta de sus mismas palabras...

— ¡Si no es sierto! Aunque la disconfiansa es el arma e los inosentes. Y vean, amigos: tuita la vida está fundada en la disconfiansa. El comersio nesesita escritura pública y contrato. El escribano es la garantía. El Congreso sale e fiador del Presidente, y los cañones y los jusiles asiguran la independensia e la Nación. La palabra y hasta la firma personal se borran... con otra palabra y con el codo. Ansina viven ahura ustedes los sivilisaos, y no es estraño que algunos pobres gauchos, sin sabiduría, pa no pareser salvajes, tengan que amansarse como el amigo Ñacurutú... y andar con reselo... quedandosé paraos en la portera cuando les disen con salamería: dentren mis güenos amigos... los perros están ataos...

Mientras el viejo disertaba yo le examinaba atentamente. A pesar de los años no parecía tan viejo. La enfermedad no le había hecho mucha mella. Flaco siempre fué, y los huesos no habían señalado muchos ángulos ni en la cara ni en el cuerpo. La cabeza, bien plantada sobre el torso, estaba echada algo hacia atrás, con arrogancia juvenil. La frente despejada, la nariz pulposa y el labio inferior grueso, le daban el aspecto de un hombre tranquilo al par que enérgico. Pero lo que ponía bien de manifiesto su carácter eran sus ojillos vivaces, de mirada socarrona, penetrante, burlona y sagaz; una mirada imperativa y bondadosa a la vez, según el estado de su espíritu, o como él quisiera acomodarlo en armonía con sus sentimientos, porque su voluntad fué, en todo momento, de una energía incontrastable, que asombraba en un hombre conformado para la vida alegre, y en quien los contratiempos parecían no dejar huellas muy hondas. El comisario, que estaba observándome, dijo, de pronto:

— Por más que lo mire, no le va a descubrir cambio ninguno. Yo creo que cuando le llegue la hora se va a cáir di un golpe, sin secarse, como un árbol tronchao por un hachaso.

Y él contestó, riéndose como de costumbre:

— Los hombres como yo no llegan a tapera. Aguantan tuitos los temporales sin moverse, porque *tienen firmes los simientos.*

— Pero, vamos a ver — respondí yo, algo intrigado, después de mi examen. — ¿Qué es lo que tuvo, al fin? ¿Qué mal lo atacó?

Y el juez, respondiendo por él:

— No jué, de siguro, el mal de los siete días, pero se nos quedó duro como una piedra más de dos horas. Dispués le dieron como dies ataques seguidos, y en el último créimos que ya no volvía en sí.

— Yo creo — dijo el comisario — que lo hiso volver en sí el olorsito e un churrasco que estaban asando en el corral.

— Eso mesmo — dijo Quilques. — Pa mí no hay remedio más siguro qui un güen asao criollo y soy capás de olerlo con gusto dende el otro mundo.

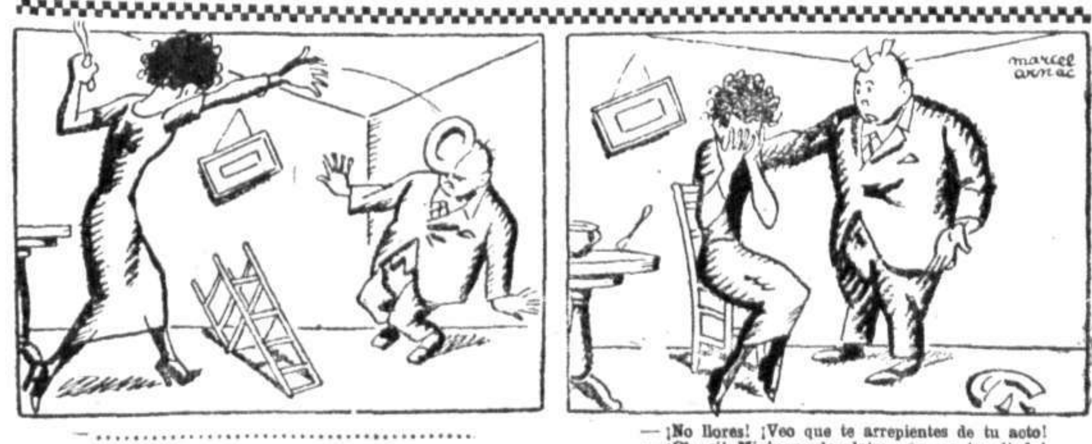
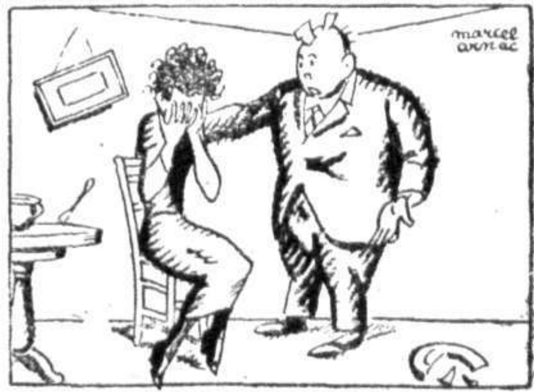
Todos nos reímos, y yo me levanté para despedirme.

— ¿Qué, se va? — me preguntó el viejo, extrañado de mi resolución. — ¡No faltaba más! Ahura está con nosotros y no lo vamos a soltar ansina no más. No nos va a dejar con el agua al juego y la ternera en el asador. Hay pa unos cuantos días. No se hasen sien leguas sin descansar un rato.

Y se levantó, ágil, sonriente, decidido a atajarme, si yo hubiese insistido en mi regreso.

Y tuve que quedarme, porque las galanterías hospitalarias del viejo y las del comisario y el juez, no son de esas que se pueden eludir sin riesgo. Es lo mismo que caer en una trampa de zorros... camaradas...

Santiago Maciel

— ....

— ¡No llores! ¡Veo que te arrepientes de tu acto!
— ¡Oh, sí! Mi juego de platos que era tan lindo!



Núcleo de señoritas al cual le fué ofrecido un lunch por la C. D. del Centre Catalá, en aplauso por su feliz desempeño en la representación de la opereta "Molinos de Viento" en el festival benéfico recientemente organizado por esa entidad.

UNA DE LAS MÁS ALTAS TORRES

Desde hace unos meses lo es la torre o antena de la estación inalámbrica de Haranomachi (Japón, cerca de Tokío), que mide 200 metros de altura y 18 de diámetro en la base. Es de cemento armado, y sus paredes tienen un espesor de 0,90 metros en la base y 0,15 en la cúspide de la torre.

En su construcción se han tenido en cuenta las vibraciones posibles por la sismicidad de la región, y no parece que, teóricamente, hubiera peligro probable de hundimiento por la acción de los terremotos, aunque, a decir verdad, desconozcamos la suerte que haya podido correr en la imprecedente catástrofe que ha conmovido la corteza terrestre del Japón.

En tiempo normal la cúspide de dicha torre sufre constantemente, por efecto del viento, oscilaciones o movimientos de vaivén, más perceptibles aún que en las altas construcciones o rascacielos de la América del Norte.

LINDO MODO DE INICIAR UN «FLIRT»

Hoy, que tanto se discurre por aumentar e número de matrimonios y para encontrar medios discretos y elegantes que permitan manifestar a los jóvenes que están libres de mano y de corazón, debemos recordar el cigarro y la candela «a lo holandés».

En ciertas villas de Holanda, cuando un joven se ha fijado en una mujer, llega a su puerta con un cigarro en la boca, llama y pide fuego. Si se le da el fuego pedido, es signo favorable. En caso contrario, debe llamar a otra puerta...

El galanteador deja pasar algunos días; después llama de nuevo a la puerta pidiendo luz para la candela. Si se le concede es señal de que agrada a la joven y de que los padres consienten en la boda.

Especialidades de la CASA AMERICA



Acordeones finos de las afamadas marcas

"PIEMONTE" y "AMERICA"

ofrecidos a precios de real conveniencia y oportunidad.

N.º 6012. — **Hermoso Acordeón "AMERICA"** de 8 bajos y 19 voces. Sonido fuerte y vibrante. Lo remitimos con método para aprender sin maestro y embalaje gratis, por sólo.......................... $ **21.—**

N.º 6012. — **Bonito Acordeón "AMERICA"** de 8 bajos y 19 voces, tamaño mayor. Con método y embalaje gratis $ **26.—**

N.º 6015. — **Precioso Acordeón "PIEMONTE"** de 8 bajos y 19 voces de acero. Con método y embalaje gratis $ **30.—**

N.º 6016. — **Regio Acordeón "PIEMONTE"** de 8 bajos y 19 voces de acero. Esquineras «STRADELLA». Con método y embalaje gratis.......................... $ **45.—**

N.º 6017. — **Gran Acordeón "PIEMONTE"** de 8 bajos y 21 voces de acero. Modelo igual al dibujo. Con método y embalaje gratis.......................... $ **67.50**

Grandioso surtido de Acordeones a PIANO, SEMITONADOS y CROMATICOS, únicamente artículos finos y modelos de "STRADELLA". Solicite catálogo ilustrado N.º 26 enviando $ 0.20 en estampillas.

VIOLINES FINOS

TIPO DE AUTENTICOS

STRADIVARIUS



Solicite Gran Catálogo Ilustrado N.º 24 enviando $ 0.20 en estampillas.

N.º 4100 bis. — **Hermoso Violín tipo "CONSERVATORIO".** Buenas voces. Se remite completo, con estuche, arco y pez, por sólo.... $ **33.—**

N.º 4101 bis. — **Buen Violín de Orquesta,** construcción esmerada. Lo remitimos completo con estuche, arco y pez al precio irrisorio de. $ **38.—**

N.º 4102 bis. — **Precioso Violín de Salón.** Instrumento fino. Lo ofrecemos completo con estuche, arco y pez, por sólo.............. $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **Violín de Gran Orquesta,** terminación perfecta, voces inmejorables. Completo, con estuche, arco y pez........... $ **53.—**

Otros modelos de Violines desde $ 25.— hasta.................. $ 2.500.—

Guitarras "AMERICA"

Las más famosas por su sonoridad y construcción artística.

N.º 3013. — **Muy buena GUITARRA** de voces inmejorables construida con maderas bien estacionadas.............................. $ **14.—**

N.º 3015. — **GUITARRA** construida en madera extrafina de nogal con cenefa alrededor de la tapa armónica.............................. $ **19.—**

N.º 3017 — **Rica GUITARRA** gran tamaño, construida en fina madera de nogal con adornos de mosaicos. $ **23.—**

N.º 3004. — **Regia GUITARRA** con boca de estrella, instrumento fino y recomendable, igual al dibujo, a pesos.................... **30.—**

N.º 3005. — **Preciosa GUITARRA VALENCIANA** legítima, en fina madera de nogal de los Pirineos......... $ **39.—**

Con cada guitarra regalamos el método AMERICA para aprender sin maestro.

El embalaje es gratis. Cualquiera de estas guitarras puede llevar clavijero mecánico aumentando su precio en $ 3.—

Otros modelos de guitarra hasta........... $ 500.—

SOLICITE CATALOGO N.º 3, enviando $ 0.20 en estampillas.

CUERDAS ARMONICAS DE SONORIDAD, DURACION Y AFINACION INCOMPARABLE

Pídanos un encordado de ensayo y se convencerá.

Encordado Tripa Romana Impermeable colorada y bordonas seda amarilla, a pesos.............. **2.70**

Encordado Tripa Romana Impermeable amarilla y bordonas de seda violeta. $ **3.60**

Encordado Tripa Romana «Concertola» y bordonas seda violeta............ $ **4.20**

Por los tres encordados juntos cobramos solo.......................... $ **10.—**

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Av. de Mayo 979

BUENOS AIRES

No tenemos Sucursales.

No cerramos los Sábados.



CREACION DEL INSTITUTO CORRECCIONAL DE MUJERES.

El Ministro de Gobierno, doctor Coulin, pronunciando el discurso inaugural ante el Gobernador doctor Mosca y demás destacados miembros del Gobierno que concurrieron a dicho acto.

Grupo de internadas, una de las cuales habló en nombre de sus compañeras para pedir a las autoridades el pronto despacho de los expedientes relativos a sus causas.









—Pero ¡qué casualidad!
Si yo misma no lo veo
y, otro me lo cuenta, creo
que no dice la verdad.
—Pues, —¿qué pasa?
—¡Asómbrate!
—¿De qué quieres que me asombre?
—Del JABON REUTER el nombre
vas a borrar con el pie.

—Es cierto. Alguien colocó,
Las hojas de propio intento.
—¿Por qué no ha de ser el viento
quien ese nombre escribió?
—¡El viento!
—Sí. No te asombre.
Si el viento lleva su fama
Y sabe cómo se llama,
bien pudo escribir su nombre.

LA MODA AL DIA

POR *LUZ Y SOMBRA*

He dicho otra vez que la moda otoñal, en los vestidos de recepción y en los de noche, además de algunas «robe-manteaux» en terciopelo «chiffon», prefiere la línea derecha y con bastante vuelo todo alrededor o de lado. El talle es largo, y con frecuencia no existe; de ninguna manera es ablusado.

Pero hay otra novedad en la moda otoñal: una novedad bien parisiense y reservada a las privilegiadas siluetas finas; esto es, el «tailleur» y el tapado angosto. El primero es, inexorablemente, angosto, sin lo cual no sería «tailleur» moderno; por lo tanto es aconsejable renunciar a él si no se poseen formas apropiadas, y preferir entonces la «robe-manteaux» de discreto vuelo.

Es sabido que París, creando la moda, concede un lugar bastante secundario a la cuestión del volumen, como si hubiese una única medida entre todas las sucesoras de la «única» Eva.

La silueta fina tiene este año ocasión de lucirse más que nunca, mientras Jove Pluvio consienta en retardar la inauguración de los tapados de piel. La sobriedad de la línea es la característica del «tailleur», cuya pollera no llega nunca al tobillo.

El saco es generalmente bastante largo, aunque no 3/4; y los hay cortos que terminan debajo de las caderas. La pollera es derecha y angosta todo lo que el paso permite; ya no se ven las formas cruzadas de hace unos meses; el saco cae derecho, todo cerrado sobre el lado izquierdo, pero sin botones visibles, o a lo más con un solo botón hacia la terminación. El cuello, de piel, se lleva cerrado, y el borde del saco es realzado por una tira — no muy ancha — de la misma piel que orna el cuello. Algunas veces hay el mismo adorno en los puños anchos, tipo mosquetero. El sombrero es pequeño, preferiblemente en «cloche», pero el ala es apenas marcada, o sino, con ala levantada delante y atrás.

En las carreras he visto recientemente un «tailleur» de kashavella broché beige con adornos de castor y otro «tailleur» de terciopelo «Smirne Rojo-Pompeia» con adornos de «loutre».

El adorno de piel en esos «tailleurs» — considerando que se confeccionan exclusivamente en géneros «broché» o estampados — no debe de ser más que un rasgo, un punto; algo como una pincelada de luz en un paisaje de neblina.

Cuando el saco es largo puede terminar sin broche alguno, dejando que una parte remonte ligeramente sobre la otra, y hasta se acentúa este movimiento haciendo la parte de abajo un poco más larga que la de arriba.

El tapado, o mejor dicho, «robe-manteaux», es tan angosto que no admite la presencia de un vestido debajo de él. Aunque cae perfectamente derecho, la línea de las caderas se perfila ligeramente en los movimientos, y termina con el vuelo necesario para que no parezca una bolsa. La manga es perfectamente ajustada al brazo; pero, como ley de compensación, el cuello de piel es inmenso, así como los puños.

Recuerdo haber visto una «robe-manteaux» en terciopelo negro liso, con puños y cuello de piel de mono larguísima, tanto, que vistas desde lejos las franjas de esa piel daban la impresión de una enorme pluma de avestruz colocada en la parte trasera del sombrerito y cayendo casi hasta mitad de la espalda.

Todo el mérito, en esas creaciones, consiste en el corte impecable.

Otras veces la mujer usó, como detalle y complemento de su atavío, la cartera, o el impertinente, y hasta el bastón. Era generalmente un detalle que, por su forma, afinaba la línea. Hoy se usa perfectamente lo opuesto: el manchón. Un manchón redondo y pequeño, macizo, de los que se usaron hace muchos años con las polleras acampanadas y larguísimas, y aparecieron por primera vez en las reuniones de patinaje, junto con las primeras valientes que practicaron ese deporte.

La cartera es hoy día fuera de moda. Así tenía que suceder, puesto que se han paulatinamente agotado todas las formas de sacos de mano imaginables, desde la miniatura hasta el reciente sobre de cuero negro, parecido al de los corredores.



Nada de carteras, pues, ni de bolsillos. El minúsculo monedero encontrará lugar dentro del pequeño manchón.

Ni hay que creer que el manchón vuelva en favor para servir, como otrora, de receptáculo de los más extraños objetos. El manchón de hoy es el complemento indispensable del vestido angosto, para que éste responda a las exigencias del nuevo concepto; sin él, se tendría una impresión de cosa sin terminar, una impresión de pobreza; deplorable contraste con el riquísimo aspecto de los géneros y de los adornos. El manchón redondo, pues, repite el motivo del cuello de piel cerrado, y realzado por el sombrerito «cloche» cuya copa hace ligeramente punta en medio, adelante.

El otro brazo es liso, sin puño ninguno, para no quitar esbeltez al conjunto.

Así los grandes puños de piel de mono a los que he hecho alusión no hace mucho, simbolizan, más que puños, manchones redondos y son dos, en lugar de uno solo, cuando la «robe-manteaux» lleva una línea tan marcadamente ceñida, que exige ese desahogo.


LIGAS PARIS
Busque usted la marca de fábrica de Ligas Paris.
Le garantiza a usted completa satisfacción en las ligas.
PARIS GARTERS
No metal can touch you
las venden en todas partes los comerciantes de conciencia que procuran darle a usted los mejores artículos. Saben que las Ligas Paris le sirven a usted más tiempo y más a su gusto. Esos comerciantes merecen la confianza y la clientela de usted.
Pida usted siempre las Ligas Paris
A. STEIN & COMPANY
Chicago, U.S.A. . New York, U.S.A.
NO ACEPTE IMITACIONES

RAYITO DE SOL



ERICO andaba de un lado a otro de la casa dando muestras evidentes de su aburrimiento.

Su mamá le observaba sin decir una palabra. De pronto el niño se detiene frente a la señora y le dice:

—Mamá, ¿me dejas ir a dar un paseo?

—¿Con este sol tan fuerte? —No, no, porque hay peligro de una insolación.

—Pero ya terminé mi deber y ya no sé más qué hacer —argumentó Periquito. Continuó rezongando unos minutos más, y luego exclamó: —¡Oh, sol fastidioso!

—¡Pobre sol! ¿Qué harías tú si te escuchase y te negase su luz y su calor? —observó la madre.

—Al menos podría ir a paseo —dijo Perico, al cual, en ese instante, parecía que el sol no cumpliese otra misión que impedir los paseos de los niños que se aburren.

La madre lo miró compasivamente. Iba a decirle que estaba mal protestar contra el sol, de cuyo astro maravilloso recibimos tantos beneficios; pero estaba allí el abuelo, y donde está el abuelo ciertas cuestiones se deben tratar, dilucidar y hasta resolver. El preguntó al niño:

—¿Qué harías sino hubiera sol?"

—Iría a dar un paseo —respondió Perico.

—¿Crees que podrías darlo si no hubiera sol?

—Ciertamente; tantas veces no tenemos sol, y sin embargo...

—Lo dices tú, niño mío, que no hay. Tantas veces no vemos el sol porque está cubierto por las nubes; pero a través de éstas envía igualmente su luz a la tierra, si bien es cierto menos viva. Si no existiera este *fastidioso* sol, faltaría a la tierra la luz y el calor, de las cuales tienen tantas necesidad las plantas y los animales para vivir, y, Periquito no podría de verdad dar el paseo que se propone. En cambio, cuando dentro de dos horas el sol avance hacia el Occidente, como hará menos calor, saldremos juntos, ¿no es verdad?

Perico sintió remordimiento y pensó que no merecía ser recompensado tan gentilmente porque habíase mostrado colérico y obstinado. Quedó por algunos momentos silencioso y melancólico.

El abuelo —ya hemos dicho que los abuelos lo saben todo —le preguntó acariciándolo:

—Dime, ninin, ¿estás arrepentido de haberte enojado con tu mamita que no te quería dejar salir y con el sol que alumbra tan fuerte?

—Sí, abuelo.

—Bien, todo está perdonado y olvidado. Venga un abrazo para mí y un beso para tu madre.

El niño corrió jubiloso a besar a su mamá y a abrazar lugo al abuelo. En aquel instante un rayito del buen sol iluminó aquel cuadro de amor, formado por una cabecita de ébano que reposaba confiada junto a la cabeza blanca del abuelo inclinada amorosamente hacia aquélla. Era la primavera y el invierno estrechados por el vínculo del cariño.

A D E L I A D I C A R L O



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1649 — El lechero de mi casa. LEANDRO CÁRDENAS.

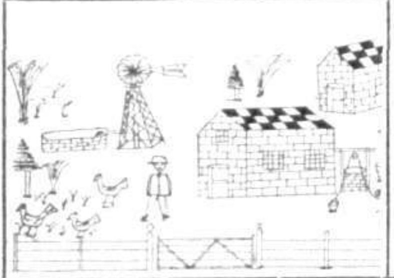
1650 — La despedida. MARIA SUSANA BRANDÁN.



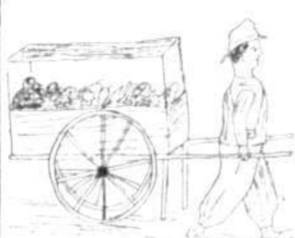
1651 — En la peluquería CARAS Y CARETAS. SALVADOR SEABISE.



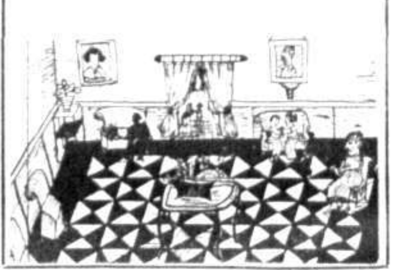
1652 — Tutankhamón de moda. DORA BURGHINI.



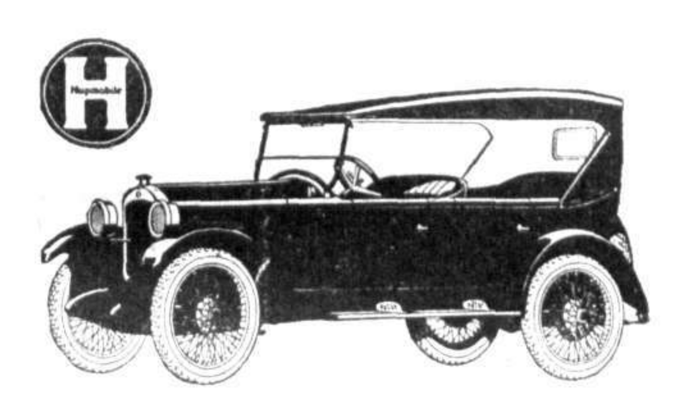
1653 — Mi tío Juan y su estancia. JOSE J. GINO.



1654 — El verdulero. ARTURO ABEL GAVIOLI.



1655 — ¡Cuidado con mamá! STELLA MARENCO.



Es verdad que un Hupmobile cuesta un poco más que algunos otros coches de precio mediano, pero no es menos cierto que los dueños de coches Hupmobile consideran más que justificado este gasto adicional, porque se ven libres, durante años, de gastos de composturas y de pequeños y molestos ajustes.

Se reembolsan con creces el sobreprecio que pagaron.

REPRESENTANTES GENERALES:

Resta Hermanos

2067, RIVADAVIA, 2071 - Buenos Aires
Unión Telef. 3501 Libertad

Hupmobile

PÁGINAS CAMPERAS



Es como la silueta del Pecado, de puro bonita y de puro ondulante, la Ercilia Cardoso. Hay, pues, sanción hecha y sin discusiones respecto de su tentadora hermosura. Y los mozos del pago viven, entre otros, de su seductor encanto. Se sienten más ricos con verla y se sienten más hombres con tratarla.

Si les sonríe, se ponen idiotas. Y rondan, naturalmente, por aquel rancho como hechizado de la Ercilia, en razón de lo que conciben como la única cosa importante de sus existencias. Atalajan sus cabalgaduras, apéranse bien ellos mismos, y, en cayendo el sol, véseles rumbear—propias mangas de insectos atraídos por la luz hacia el conocido monte de los Cardoso...

Pero la Ercilia no es, a lo que se ha visto, sino la eterna flor con su espina. Atiende y provoca para su solaz. Se muestra, pero se sitúa firme contra sus instintos... Plácele conturbarlos y comprenderlos en ardorosa rivalidad; pero es, a lo sumo, para acrecentar sus prestigios. Los varones son como seis o siete, entre románticos y bravos. Habría para elegir: el moreno, el rubio, el muy blanco... Le daría igual quién fuese, a no ser su descubrimiento de que sólo se apean allí por mérito de su deslumbrante atracción corporal. De modo que se trata de admiradores poco virtuosos y, por lógica ley de contraste, ella no los admira.

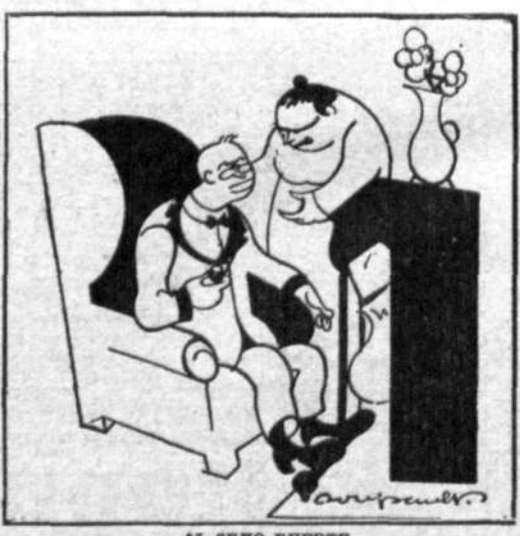
◆◆

¿Qué quiere la Ercilia? Quiere, como toda mujer en su justo sexo — el sexo en el alma o en el corazón—que llegue su hombre. ¿Dónde está su hombre?... El campo es inmenso y los viajes son largos. Andará viniendo o aun no ha salido. Existe y lo aguarda. Se embruja a sí misma, se hace a sí misma el daño de enamorarse, prometiéndoselo en una figura ideal, que involucra la resignación de la espera sin límite... Andará viniendo o aun no habrá salido, pero debe llegar... Es que casi lo ha visto. Una vez, recogiendo semillas en el espeso monte, pudo creer que él pasaba, orillándolo. Era un forastero barbilampiño. Iba en un zaino juguetón. Vestía con rústica elegancia y parecía muy pulcro. Cruzó al paso, en actitud de indolencia. Daba la impresión de estar harto de correr y de convalecer de algo, según le denunciaba el rostro no satisfecho y la mirada en lejana perspectiva... Y le agradó el porte y la humana actitud. Pensamientos rápidos le dedujeron la causa aparente de su mal. Y díjose que sería, sin duda, su gemelo en el sufrir de las horas vacías, de las horas sin amor. Era como para llamarlo e invitarlo al diálogo de los corazones enfermos... Como para decirle que allí, entre los gi-



CONCEPTOS MERCANTILES

— He recomendado que no se le fatigue con la ortografía... ¡Eso no sirve para nada! A mí, que no sé si ganancia se escribe con s o con c, me ha .do perfectamente...



AL SEXO FUERTE

— ¡Pero es tu papel de hombre echar a la criada!

— Sí, pero Julia sabe perfectamente que yo no soy el hombre aquí...

gantes de madera útil y perfumada, podía él encontrar el perfume y la utilidad de su vida hasta entonces tan joven y tan triste... Pero se fué alejando, alejando, hasta entrar en un recodo distante.

◆◆

ERCILIA sabe que existe, desde que le vió. Si no es ése, será otro como ése. Será un mozo que se ve como envejecido y que con sus encantos y con sus palabras ella pueda reconfortar y rejuvenecer. Lo quiere de ese trance, porque lo imagina espiritualmente deshecho y advierte el goce supremo en la tarea de reconstruírlo amorosa y casi penosamente. Ambiciona un querer de tortura, presintiendo el enorme amor en el enorme dolor. No ha de haber en el mundo un deleite más propio de la mujer que el curar; que el oir la queja de desesperanza del que se va curando. Cuando más empecinado lo viese en sentirse peor, más lo acariciaría y más lo ilusionaría. Y en la mañana, haciendo por el alivio de la tarde; y en la tarde, por el de la noche; y en la noche, por el de la mañana. Llevarlo, en ella recostado, hacia el más hermoso verde florecido o la más fresca sombra. Sentarlo y mimarlo. Escucharle en su desazón. Estar con él como una enfermera mejor que como una novia; pero estarle tan cerca y tan servicial y tan abnegada, todo mujer y toda virgen del cielo en la tierra, hasta que su natural agradecimiento, convertido en un abrazo puro y ardiente, le estrechase todo el cuerpo y le abrasase toda la cara, dictándole su magnífico y entrecortado canto de amor!

◆◆

ERCILIA es «idealista» en exceso. Se ha contagiado de la fronda silvestre, donde los nidos y las trovas constituyen la más alta cátedra del sentimiento y la fatalidad. Y aspira, pues, como tal vez aspiran los pájaros: plenos de zozobra, plenos de inseguridad; dueños de un nido destruíble y dueños de un canto para no llorar... Ensueña como mujer, pero es como ave y se cree provista de alas y pico... ¿Dónde está el palomo, que no viene? ¿Dónde está la pareja, sin sospechar que le aguarda? ¿Dónde la realización de este atribulado y encantador suceso que no acaece?... Como en todos los idealistas, le sobran las fuerzas y esperará. La pampa es inmensa y los viajes son largos; pero el retornar es la consigna del hombre. Aunque él no la vió, basta con que ella le haya visto. Todo basta en el mundo. Basta con el principio... En tanto, tan inmenso como la pampa y tan largos como sus viajes, son su ensueño y sus esperanzas.

Era el forastero como una luz que cruzaba sobre su espíritu. Fué a la orilla del monte. Ella recogía semillas... De eso vive el amor: de semillas y de luz.

Era el forastero como la imagen de lo triste y lo huérfano. Fué a la orilla del monte. Ella y él andaban en busca de la distracción. De eso vive el amor: de andar buscando... ¡Se van a encontrar, se van a curar, se van a abrazar y se van a besar! Y van a desaparecer, de lo de los Cardoso, los admiradores de las formas bellas de la Ercilia, en cuanto la nueva presencia del forastero doliente provoque la eclosión del espíritu recónditamente romántica de la hermosura humana que alberga aquel rancho y aquel monte hasta ahora como vacíos... Cuando se crucen las flechas de sus ojos y se vean sus dos almas, va ser, en aquel dilatado sitio verde y perfumado, como si todo el mundo se considerase muerto de amor. Ercilia y el forastero, la mujer y el hombre, significarán la vida ocupada en algo sublime: ocupada en glorificarse.

JULIO CRUZ GHIO

◆◆

LA Ercilia es una santa, porque la Ercilia quiere sin tener lo que quiere. Y el día en que el esperado retorne, si retorna, los gauchos más religiosos se pondrán a decir, envidiándola tal cual es, que su silueta del Pecado—aquella de su cuerpo bonito y ondulante — se transformó en la de la Virgen, posada sobre la tierra...



MALA AUDICION
La dama. — ¡Mi sobrina tuvo mellizos anoche!
El sordo. — Gracias, señorita Anacleta. ¡Lo mismo usted!...



ENTRE TRAGO Y TRAGO
— ¿Tú quieres saber mi edad, Pedro León? Pues sabe que empiezo a preferir una vieja botella a una mujer joven...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 104

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.





A ALCOHOL
CARBURADO

CADA LÁMPARA DE 70 BUJÍAS EFECTIVAS DE LUZ CONSUMIENDO UN LITRO DE ALCOHOL EN 20 HORAS.

PORTATIL
ECONOMICA
BRILLANTE



SOLICITE CATALOGO 1923 — SE DAN A PRUEBA SIN COMPROMISO DE COMPRAR

Cía. ARGENTINA DE ALUMBRADO A ALCOHOL

DEFENSA, 429 - Buenos Aires. — SUCURSAL MONTEVIDEO: 25 de Mayo, 724.

N.º 5231 bis.—Lámpara de mesa, de bronce pulido, completa, $ 12.30

Carta de París:

LOS TRASTORNOS de la PRIMAVERA

PIDAMOS AL OTOÑO EL MEDIO DE CONJURARLOS

Los cambios de estación y, en particular, la llegada de la primavera, — el instinto popular lo ha observado en todos los países y en todas las épocas — desencadenan una especie de tempestad interior, que se manifiesta, en los vegetales, por la subida de la savia; en el hombre, por la efervescencia de la sangre y el hervor de los humores. En los nervios, la crisis se salda por la angustia, a veces agitación, otras veces entorpecimiento; palpitaciones, dolores vagabundos, o jaquecas atroces y tenaces, espasmos y ahogos, insomnio o pesadillas, digestiones laboriosas, un estado febril, y aun a veces, por accidentes más graves.

¿Cómo conjurar esta crisis de estación?

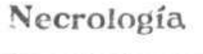
No hay más que un medio, que es, purificar la sangre, turbada por las tormentas de la primavera y devolverle su frescura y su vivacidad normales.

Y esto es mucho menos difícil de lo que pudiera creerse. Se diría que los **FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN**, han sido hechos expresamente para esto, si no tuvieran ya tantas otras aplicaciones útiles.

Son levaduras vivientes, extraídas de uvas de países cálidos, con el fin de adaptarlas de antemano a la temperatura interna del organismo humano, y que han sido el objeto de una selección y de un cultivo juiciosos, en vista del fin a que se destinan. Una vez que han penetrado en el tubo digestivo, donde continúan a vivir y prosperar, operan a la manera de un equipo de desinfección, expulsando los fermentos patógenos, neutralizando las toxinas, disolviendo los "humores pecantes", eliminando los desechos, activando la nutrición y poniendo todo en su lugar y en orden. De este modo se reparan los estragos causados por la tempestad y, la marcha de la vida, un instante turbada por fermentaciones mórbidas, vuelve a su curso normal. El otoño, que ve nacer las uvas, habrá dominado las turbulencias de la primavera.

EMILE GAUTIER

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado: **"La Medicina de los Fermentos"**, que se envía gratuitamente a cuantos lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Bs. Aires.



Necrología



Señora Ursula de Coup. — Santa Regina.

Señora Carmen L. de Medici. — C. Salas.



Señor Edmundo Piazza. — Azul.

Señor Angel C. Bocci. — Capital.



Señor Prudencio Ramón Fredes. — Capital.



Señor Alfredo Gasti. — Capital.



Señor Camilo Raffo. — Capital.



Señor Cirilo Caballero. — Maciel.





Señor Juan Parodi. — Capital.

Doctor Angel Mira. — Capital.

¡Una prueba de fuego!

Una verdadera prueba de fuego, a la cual no se somete nadie que no tenga la certidumbre absoluta de su éxito.

El señor Francisco Beltrami, fabricante en España del **"Perfumante Pelikanol"**, ha indicado a su representante en América, don Luis Cuvillas, Bmé. Mitre, 2010, Bs. As., que formule la siguiente oferta:

Que todo estuche de **"Perfumante Pelikanol"**, adquirido en sus depósitos en Buenos Aires hasta el 30 de Marzo corriente, podrá ser devuelto durante el período de un mes, a contar desde el día de la compra, si el **"Perfumante Pelikanol"** no hubiese dado los resultados que se expresan a continuación:

1.º — Que en el término de 10 a 15 días, devuelve el color natural del cabello, hayan sido ellos rubios, castaños o negros, siendo absolutamente imposible reconocer después cuáles eran los cabellos canosos.

2.º — Que estando como está exento de materias tóxicas, no mancha ni daña en lo más mínimo, y que aun cuando se abuse en las aplicaciones, el color natural del cabello permanece inalterable, una vez obtenido el propio.

3.º — Se garantiza que la acción eficacísima del **"Perfumante Pelikanol"** es exclusivamente vegetal y no química.

A los fines de la oferta precedente, su importador, Luis Cuvillas, atiende al público en sus oficinas de la calle Bmé. Mitre, 2010, Bs. As., hasta el 30 de Marzo corriente desde las 15 a las 17 horas, únicamente. Las personas residentes en el interior del país o en los demás de América, pueden solicitar por correo el **"Perfumante Pelikanol"**, en las mismas condiciones que si lo hiciera en los depósitos.



Ventajas accesorias de tan extraordinario producto:

Es de un perfume suave, y hasta podría indicarse como loción; deja la cabellera ligeramente húmeda, dando la impresión de una constante toilette. Viene dispuesto en estuches elegantemente presentados. Es muy económico por su gran duración.

PRECIOS: Estuche grande......... $ 12.—
Estuche chico .... » 7.—
(El grande contiene tres veces mayor cantidad).

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS Y PERFUMERIAS DEL PAIS Y URUGUAY:

Agente en Montevideo: J. D. BARILARI. Victoria, 1037. Depósito y venta: FARMACIA FRANCO - INGLESA. Uruguay y Florida. Montevideo.

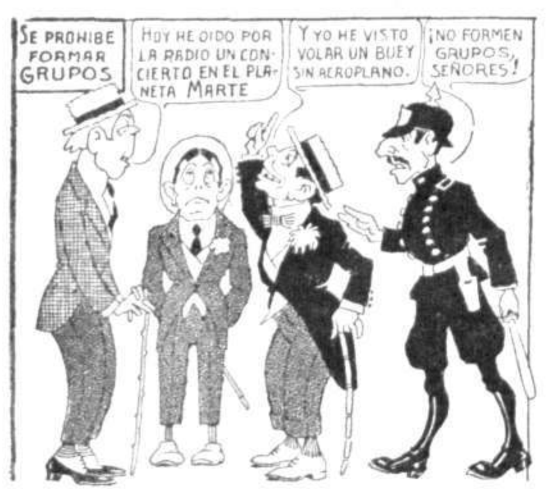
Unico Concesionario:

LUIS CUVILLAS

Bmé. MITRE, 2010 — BUENOS AIRES

SOLICITE INTERESANTE PROSPECTO

SARRASQUETA ACATA LAS ORDENANZAS















De Córdoba

RIO IV

Concurrentes a la comida ofrecida por el vicecónsul de Italia al doctor Garay, con motivo de su visita a esta localidad.

El doctor Garay presidiendo el banquete con que fuera *obsequiado* por el teniente coronel Linder García, del regimiento 14.° de Infantería, celebrando el brillante éxito de sus conferencias.





Lunch servido en el local de la "Sociedad Porta Pia", después de la conferencia patriótica dada por el doctor Fivori.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Est. Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año.......................................$ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

De Entre Ríos



NOGOYA. — Equipo de segunda división del Club "San Luis" que se ha clasificado en el primer puesto del campeonato local.



FEDERACION. — Team de "San Martín Foot Ball Club", ganador de la artística copa donada por los señores Guerrero y Compañía.

La señora que se enorgullece de su mesa

ofrece siempre a sus convidados las mejores Salsas Inglesas, como la de Lea & Perrins que por muchas generaciones ha sido la preferida de la nobleza y de las clases elevadas de la Sociedad. La citada firma posee cédulas de nombramiento como proveedora de las Casas Reales de Inglaterra y España.

La verdadera SALSA INGLESA

LEA & PERRINS

La calidad de esta deliciosa y antigua Salsa Inglesa ha sido mantenida constantemente durante cinco generaciones. La firma de Lea & Perrins, escrita con letras blancas sobre el fondo rojo del rótulo, es como la marca del fiel contraste y garantiza que es la Salsa primitiva y genuina de Worcestershire.





Todo lo que Forma el Organismo de los Niños

Está en el QUAKER OATS.

Es un alimento completo. Contiene los 16 elementos requeridos, y para hacerlo más completo aún la Naturaleza le ha dado un sabor delicioso.

Cada niño debe tomar, todos los días, el QUAKER OATS para asegurarse que no le falta elemento alguno de nutrición; es igualmente beneficioso para los adultos.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.

El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats



YO Y YO

(MEMORIAS ÍNTIMAS)

Me miró fijamente el doctor.

—¿Quieres o no quieres? —dijo.

Tuve un miedo mayor que mi curiosidad. Estábamos en el cuarto de guardia del hospital; todo era allí helado, hasta las trancas que ardían en la chimenea arrimándose unas a otras como si tuvieran frío; enfrente, el armario de cristales con el arsenal de cirugía, y sobre un estuche una sierra que había servido en muchas amputaciones.

Y tenía que ir al teatro para ver la quinta representación de una comedia mía; se lo dije como fundado pretexto al doctor, y éste se levantó encogiéndose de hombros.

—Como quieras.

—Mira, Ráfaga —le dije: — aquí a solas te confieso que tengo miedo. ¿Y si te equivocas?

Aquel Ráfaga tenía (y tiene todavía) una mirada endiabladamente fija y dominadora; me pareció decirme con los ojos que él era incapaz de equivocarse, y a poco de decírmelo... *me desdoblé*.

Sí, me desdoblé, mi querido amigo, como era mi empeño, y me encontré con que estábamos en la salita de guardia, Ráfaga y *el otro*, es decir, yo mismo, una reproducción exacta y visible de mí propio, mientras la anterior personalidad mía quedaba invisible para todos, menos para Ráfaga y para mí; es decir, para el otro yo. Esto será, y es, diabólico, inverosímil, todo lo que usted quiera; pero es tan cierto como que nos alumbra esa luz.

Estaba satisfecho, me veía tal como soy, con los ojos por fuera, con el pensamiento por dentro, pensando en doble y viviendo en dos cuerpos; una combinación, en fin, de todos los demonios. El otro, al que para no confundirnos llamaré Federico II, se despidió, muy cortésmente por cierto, de Ráfaga, y se fué al teatro a oir *nuestra* comedia. Y yo detrás.

Subimos por la calle de Atocha; iba yo delante de mí unos diez pasos; en la plaza de Antón Martín cruzó Federico II con dos chalequeras que salían de una tienda, y una de ellas decía a la otra al pasar junto a mí, es decir, junto a Federico I:

—¿Has visto que ojos tan hermosos tiene ese?

¡Ah! Si no hubiese sido invisible, hubiera abrazado a aquella chalequera, con permiso de la autoridad, pero el otro tomó el tranvía y tuve que *seguirme*.

Cuando llegamos al teatro había acabado el primer acto; en el vestíbulo encontramos varios amigos y compañeros que habían ido a ver la comedia. Federico II se detuvo con ellos, y yo también. El que menos le abrazó, cosa que vi con gusto. Hacía yo, vamos, el otro, el visible, buena figura entre aquellos otros.

—Muy bien —decía un crítico.— Has entrado con buen pie en el teatro, y me alegro. ¡Adelante!

—Gracias, gracias...—contestaba yo por conducto del *otro*.

—Sí, chico—me decía un autor dramático:— haces sentir y eso no lo logra más que el que tiene algo dentro. Enhorabuena.

—¿De veras os gusta la comedia? —dijo Federico II más contento que unas Pascuas.

¡Que si les gustaba! Casi era yo un niño que iba a quitar aquí muchos, pero muchos *moños*. Se despidió *mi otro*, y se fué al escenario; yo me quedé para seguir saboreando la miel del elogio que les agradecía con toda mi alma.

—Ya lo dije la noche del estreno —dijo el crítico: —aquí cualquiera se dedica al teatro. El teatro... ¡Ah, el teatro! —prosiguió cerrando un poco los ojos, como si tuviese dentro de ellos las magnificencias del Vaticano en día de bendición papal. —Este chico, que hubiera sido un excelente comisionista de vinos, se ha empeñado en ser lo que no será nunca: autor dramático.



—Yo conozco esa mujer. He pasado mi vida a sus pies... Como que soy su zapatero.



El nene. —¿Qué es eso, papá?
El papá. —Uno de nuestros antepasados
El nene. —¡Qué risa! ¡Quisiera mostrárselo a Perico, que dice que nuestros antepasados vinieron con don Juan de Garay!

Miré al crítico con espanto.

— Naturalmente — dijo el autor que antes le había dicho *al otro* que tenía yo *algo* dentro: — ni esto es comedia, ni *ese* sabe lo que es teatro ni cosa que lo valga. Tiene algo en el diálogo. Pero, en fin, algo...

Y así, a los cinco minutos, no quedaba de mi comedia ni una viruta. Me volé, amigo mío, me puse detrás del crítico, le arrimé moralmente un puntapié, hice lo mismo con el *compañero* de arte dramático y me fuí también al escenario con el otro. Allí estaba, o estábamos, o estaba yo, porque ya no me daba clara razón de aquella doble personalidad, pero, en fin, estábamos arrimados a un bastidor hablando con la primera actriz que hacía *nuestra* protagonista.

— El público está contento — le decía al otro sonriendo como un ángel.

— ¿Sí? — preguntaba Federico II.

— Ya lo ve usted; en la escena con Fulana me han hecho salir doce veces. *Esto* gusta.

Salió a escena la primera actriz, el otro se fué al saloncillo y yo me quedé esperando junto al mismo bastidor. En aquella escena también fué aplaudida la actriz, y cuando volvió junto al bastidor esperaba su turno uno de los actores.

— Muy bien — dijo el actor a la actriz, delante de mi invisible persona.

— Mi trabajo me cuesta — replicó haciendo un gracioso mohín de enfado la actriz. — ¿Usted ha hecho en su vida comedia más sosa? Si no fuera por nosotros...

También miré con espanto a la actriz, aquella adorable fierecilla que así me trataba, pero no hice con ella lo que con el crítico y el autor. Tomé la puerta y salí a la calle, dejándome al otro en el saloncillo. Salió el maldecido detrás de mí y aun le vi detenerse agradecido en el vestíbulo con el crítico y los otros. Le hubiera pegado por imbécil, amigo mío, pero aquel diabólico doctor Ráfaga me había reducido a la nada. Tuve que seguirle y nos fuimos a una cervecería donde se reunían gentes del vil oficio de escribir en papeles. Allí me lo atufaron otra vez con elogios, hasta hacer estremecer a Calderón en su tumba, y no quiero decir a usted lo que yo pasé al verme tan tonto en mi otro yo. No le vi marcharse, abstraído en una especie de desencanto melancólico, pero lo supe porque los amigos empezaron a hacerle tiras. Había entre ellos más de tres que me debían favores y atenciones *imperdonables*, y salí huyendo para no asesinarles también moralmente. Me fuí a mi casa loco y empecé a contárselo todo a mi mujer, la cual, como era natural, no se daba siquiera cuenta de que yo estaba a su lado.

¡Ah, querido amigo! Allí respiré, allí me esperaban con amor, allí me deseaban tal como soy, bueno o malo, tonto o listo. Mis hijos aplicaban el oído cuando oían pasos en la escalera, y mi mujer entornaba de vez en cuando sus ojos, para mí tan hermosos, cogiendo mi imagen entre las pestañas... Entré... es decir, entró, se acercó a mi mujer... es decir, a la suya, y la besé... la besó... ¡Pero no era yo y era yo; yo *lo veía* a tres pasos y esto no podía ser, no quería yo que fuera!

— ¡Ráfaga! — exclamé con ira dolorosa — ¡Ráfaga de los demonios, líbrame de esto, méteme dentro de mí mismo, reconstrúyeme o maldito seas tú y toda tu diabólica casta!

....

Y sucedió, amigo mío, que yo me filtraba por todas las hendiduras, por todos los poros de Federico II, de golpe, como el líquido solicitado por el vacío, quedándome tal como usted me ve en este momento y como he sido siempre...

¡Evite usted en lo posible el trato de Ráfaga, no permita usted que le *desdoblen*, y cuando un amigo le elogie o una mujer le lisonjee, haga usted con ellos *moralmente* lo que hice yo, Federico I, en el vestíbulo del teatro con los amigos *del otro*!

FEDERICO URRECHA



— Papá: ¿por qué se dice siempre: la señora viuda de tal o de cuál, y nunca el señor viudo de Zutana o Mengana?

— Por que las viudas desean volverse a casar... Los viudos no...



EL SPRIT DE FIGARO

— ¿Cortarle el pelo, señor?

— Sí, sí...

— Entonces quítese el cuello y póngase el sombrero...



Concurso de natacion en el que tomaron parte niños y niñas de las escuelas de esta ciudad.

EL SECRETO

Trabajaba el famoso actor Antonio Vico en un teatro de provincias, y una noche observó que la sala estaba vacía.

Y al llegar a una escena en que la dama fingía hablarle al oido, le dijo con la mayor naturalidad:

—Hable usted alto... Estamos solos.

UN EDICTO CONTRA LA RAZA DE COLOR

El Alcalde de Johnstown, Pensilvania, publicó un edicto ordenando que todos los negros que no tuviesen 7 años de residencia en el Municipio quedaban obligados a abandonarlo. La orden siguió a la interrupción del orden público por cuestiones raciales. Todos los negros comprendidos en el edicto tuvieron que regresar a sus residencias de origen en el Sur de los Estados Unidos.

EL "NUEVO AÑO" JUDÍO EN NUEVA YORK

Más de 1.600.000 judios celebraron a la caida del sol del 10 de septiembre de 1923 en Nueva York el comienzo del año 5.648, año bisiesto, de acuerdo con el calendario judío, con servicios religiosos adecuados en todas las sinagogas. Los judios ortodoxos se abstuvieron de toda actividad de trabajo el 11 y 12 de septiembre, permaneciendo cerrados sus negocios. Los judios reformistas únicamente observaron el primer dia de las festividades. Así casi todos los rabies aprovecharon la ocasión solemne y predicaron con entusismo la necesidad de un renacimiento en el estudio de las tradiciones e historia hebreas.

300 congregaciones judias acordaron proveer becas a 10.000 niños judíos para cursos de hebreo en toda la ciudad de Nueva York.



L'HOMME CHIC

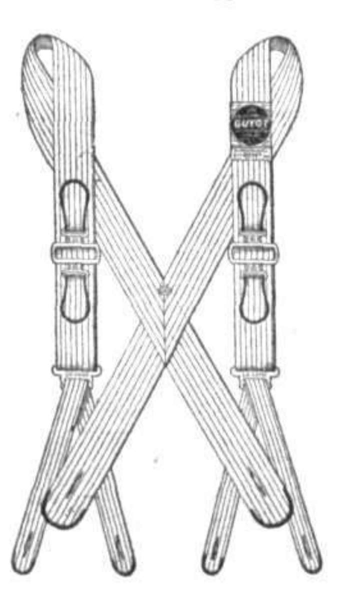
lleva sólo

TIRANTES CH. GUYOT

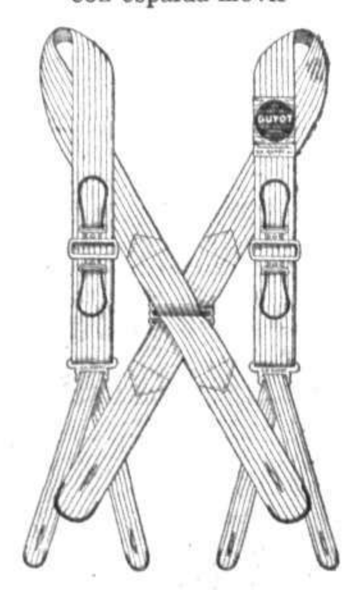
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO

*La Casa **Ch. Guyot** participa a su clientela que acaba de crear un modelo nuevo enteramente elástico.*

Modelo conocido
no elástico



Nuevo Modelo enteramente elástico
con espalda móvil



*Exijase el nombre **Ch. Guyot** impreso en encarnado al revés de los tirantes*

REHUSAR LAS IMITACIONES

De Tucumán







Señor Gaspar Taboada. Doctor Miguel P. Diaz. Doctor Ernesto Padilla.
Candidatos a Gobernador y Diputados nacionales, respectivamente, proclamados por el Partido Liberal.



Doctor Carlos Rodriguez, presidente del Comité Nacional, rodeado por algunos miembros de la Unión Cívica Radical, después del acto en que se proclamó la candidatura del doctor Bascary para Gobernador de esta provincia.

PASATIEMPOS

Caras y Caretas ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Logogrifo numérico, por Mario Medina (Ciudad)



1456732

N.º 2
Intercalación, por Luis Cassullo (San Nicolás)

PA AD IS

N.º 3
Charadístico, por Luis Cassullo (San Nicolás)

1.ª y 2.ª Orilla	3.ª y 4.ª Forma de verbo
3.ª y 1.ª Meteoro	1.ª y 4.ª Tierra fértil
TODO: Relativo a una estación	

N.º 4
Comprimido, por Luis Cassullo (San Nicolás)

NOTA SS

N.º 5
Charadístico, por Luis Cassullo (San Nicolás)

2.ª y 1.ª Musical	1.ª y 3.ª Vivienda	3.ª y 1.ª Forma de verbo	2.ª y 3.ª Función religiosa
TODO: Prenda de vestir			

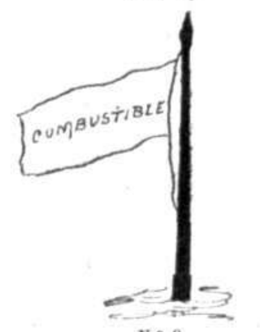
N.º 6
Charada silábica, por Luis Carelli (Bánfield, F. C. S.)

Con una "medida" común
y otra "medida" igual
obtendrán por resultado
una "medida" total.

N.º 7
Comprimido, por Luis Carelli (Bánfield F. C. S.)



N.º 8
Comprimido, por Luis Carelli (Bánfield F. C. S.)



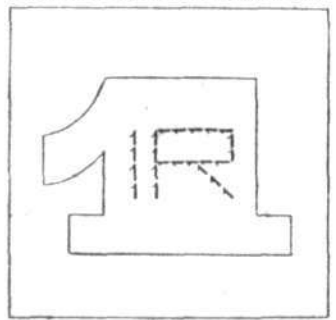
N.º 9
Comprimido, por V. F. P. (Montevideo, República Oriental)

V A E A R

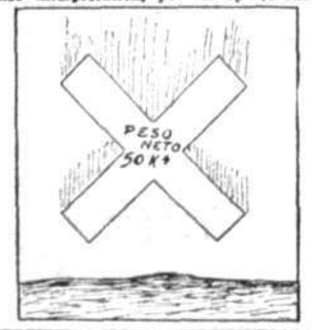
N.º 10
Frase comprimida, por «Baby» (Ciudad)



N.º 11
Frase comprimida, por «Baby» (Ciudad)



N.º 12
Frase interpretativa, por «Baby» (Ciudad)



A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envien deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de Caras y Caretas, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MARZO DE 1924.
CUPON N.º 1323.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envien un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pié del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.

Para encontrar novio



Vengo a anunciarte mi matrimonio.
Que afortunada eres, a mi nadie me ha pedido la mano, dado mi delicado estado de salud.
Haz como yo, toma Quinium Labarraque y recuperaras pronto las fuerzas y la salud, con ellas seras siempre dichosa.

El uso del **Quinium Labarraque** a la dosis de un vasito de licor después de cada comida, basta, en efecto, para devolver en poco tiempo las fuerzas a los enfermos más agotados y para curar con seguridad y sin tropiezos las enfermedades por consunción y las anemias más antiguas y rebeldes a todo otro tratamiento. Las fiebres más tenaces desaparecen rápidamente con este heroico medicamento. De aquí que las personas débiles, debilitadas por las enfermedades, el trabajo o los excesos; los adultos fatigados por un crecimiento demasiado rápido; las jóvenes cuyo desarrollo es lento; las mujeres que están en período puerperal; los viejos debilitados por la edad; los anémicos, los afectos de surmenaje deben tomar el vino de **Quinium Labarraque.** Está además recomendado en los convalecientes.

El **Quinium Labarraque** se encuentra en todas las Farmacias. Depósito general: **Maison Frere,** 19, rue de Jacob, París.

EL OPTIMISTA

TIENE UN BUEN INTESTINO

EL PESIMISTA

es generalmente seco de vientre.

¿No es acaso más agradable la vida para los optimistas?
Cuide pues su intestino y no sólo tendrá usted buen genio, sino que su salud mejorará, pues los estreñidos no tienen buena salud.

Un remedio hay que es bueno para curar la sequedad de vientre, es la

SANTEINA

(Dioxidriftalofenona)

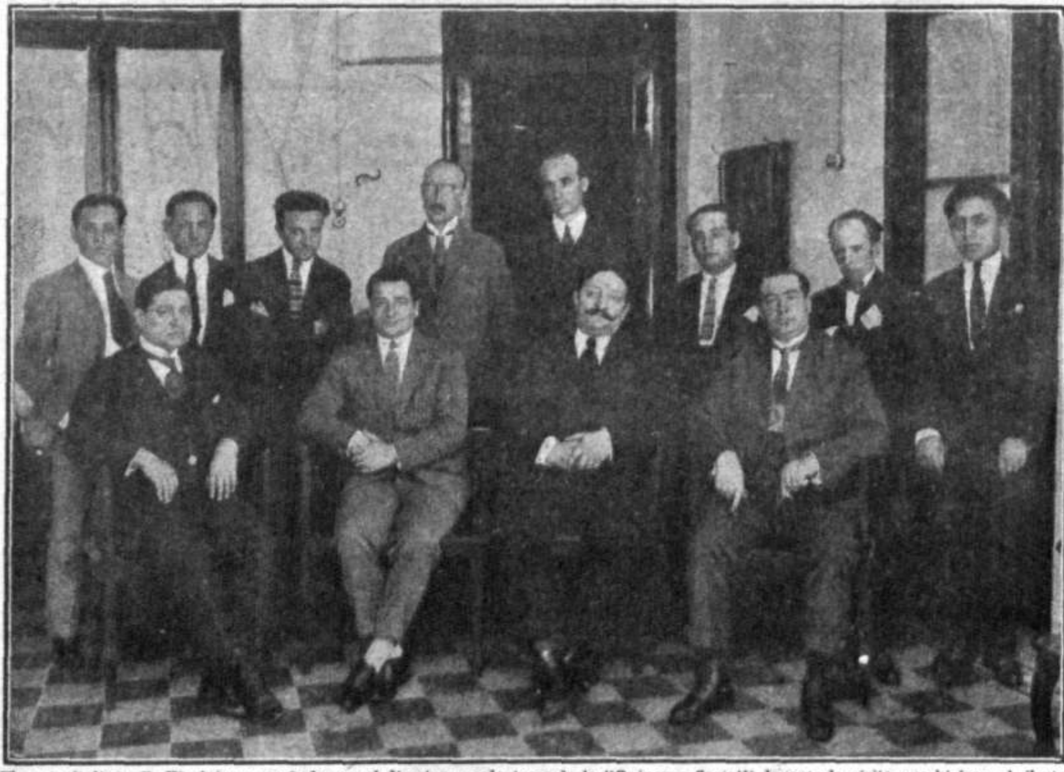
Es muy rica y tomada metódicamente reacostumbra al intestino a cumplir sus funciones. A dosis mayores de una pastilla es un buen purgante, que no causa inflamación y que desinfecta el intestino gracias a la dioxidriftalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo.

Sarmiento y Florida — Buenos Aires.

Alumnos recientemente egresadas del Conservatorio Musical de Cuyo, después de rendir bri lantes pruebas finales.



El poeta italiano R. Nicolai acompañado por el director y redactores de la "Quincena Social" durante la visita que hiciera el ilustre huésped a la redacción y talleres del prestigioso colega.



"Si mal no recuerdo, no ha habido un día en que faltara en casa la Emulsión de Scott."

Lo que dice este simpático anciano es verdad de infinidad de hogares donde se precia la salud y la robustez durante todas las edades de la vida.

Tantas enfermedades tienen el mismo origen que miles de personas sensatas han llegado a convencerse de que cuando no basta la Emulsión de Scott, hay que dejar que el médico decida, y frecuente éste también, dice:

Tome usted la





Refresca y alivia el cutis después de afeitarse

DESPUÉS de lavarse y secarse la cara, una vez que se ha afeitado usted, aplíquese una cantidad de *Crema Hinds de Miel y Almendras* suficiente para humedecer el cutis, luego frótese con suavidad.

Limpie con la toalla todo exceso que quede en la tez. Esta crema calma rápidamente la sensación de ardor, cicatriza los cortes, y hace desaparecer el aspecto de aspereza. Además neutraliza toda acción astringente del jabón; previene y alivia las quemaduras del cutis por efecto del sol y del viento, así como las irritaciones, conservando el cutis suave y listo para afeitarse de nuevo.

Use también esta crema para las manos después de lavárselas y secárselas. Las conservará en magnífica condición. Lleve usted siempre una botella en su automovil para limpiarse las manos, si es que se ensucian con grasa o aceíte.

Tenga cuidado de no usar imitaciones ni substitutos de esta crema, que tan admirable éxito ha obtenido. La unica original y genuina Crema Hinds de Miel y Almendras es preparada solamente por la

A. S. HINDS COMPANY
Portland, Maine, Estados Unidos
Se vende embotellada y embalada en forma atractiva y conveniente.

MAYON, LIMITADA
1245 Av. De Mayo 1257
Buenos Aires, Argentina
Representante exclusivo y agente para la Argentina y el Uruguay

LA VOZ DE LA SANGRE

POR MARGARITA EYMERY (RACHILDE)

LA ACCION EN PARIS EN UN CUARTO DE UNA CALLE APACIBLE

El teatro representa una salita burguesa confortablemente amueblada. A la derecha, chimenea, donde arde un buen fuego, velador sosteniendo una lámpara de pantalla discreta, una labor de ganchillo, unas madejas de lana, un periódico. A la izquierda, en la penumbra, ventana con transparente de muselina bajo la colgadura. Puerta al fondo.

ESCENA I

EL MARIDO. —*(Al lado de la chimenea, extendidas las piernas y las manos colgando.)* ¡Vamos, creo que la cena pasará sin contratiempo esta noche!... ¿Qué hora es, Enriqueta?

LA MUJER. —*(Sentada al otro lado de la chimenea. Mirando el reloj.)* Todavía no son las diez. Espera a que acabes la digestión para cantar victoria.

EL MARIDO. —*(Grave.)* Tienes razón. *(Coge el periódico de encima del velador y lo ojea. La mujer coge la labor y trabaja. Momento de silencio.)*

LA MUJER. — ¿Hay algo nuevo?

EL MARIDO. — ¡Pse! Poca cosa... Literatura nada más... Realmente traen poca información estos periódicos. Todos vienen llenos de cuentos para chicos. Me parece que no se preocupan bastante de lo que podría interesar al subscriptor... Así, por más que yo esté ya retirado de los negocios, no deja de interesarme siempre el comercio, y no veo por qué el suplemento de *El Figaro* no me daría, de cuando en cuando, la reseña detallada de alguna quiebra famosa... ¡Bastante me importan todas estas historietas y majaderías! No hay cuidado de que eduquen y desenvuelvan el espíritu. Los jóvenes las leen sólo en el café, donde el ruido y el movimiento les impiden darse cuenta de todas las intenciones del autor; y los viejos padres de familia, como yo, maldito lo que se interesan ya en las intrigas de amor... Oye, Enriqueta, ¿y si tomáramos una taza de te?

LA MUJER. —*(Agudamente.)* Hace un momento te creías en salvo.

EL MARIDO. —*(Dejando el periódico.)* Eso prueba una vez más la sabiduría del refrán: no vendas la piel del oso hasta haberlo matado... Sí, ese salmorejo de becadas me pesa un poco.

LA MUJER. —*(Sentenciosamente.)* Ya te lo advertí. Te empeñaste en repetir. Eres poco razonable... ¿Te o tila?

EL MARIDO. — Temo la tila, a causa de los sudores nocturnos. ¿Y tú, qué opinas?

LA MUJER. — Yo prefiero el te. Vamos a hacerlo nosotros mismos. Clarito, ¿verdad?

EL MARIDO. — Sí, así no nos desvelará.

LA MUJER. —*(Llamando al timbre.)* María nos traerá la tetera, y podrá irse en seguida a la cama. Desde hace algunos días se queja de falta de sueño.

EL MARIDO. —*(Encogiéndose de hombros.)* ¿Acaso los criados no se quejan de todo? Eres demasiado tolerante.

LA MUJER. — ¡Qué quieres; es tan difícil encontrarlas a medida! A ésta la tengo desde hace tres años y pienso conservarla. Está ya al corriente de nuestras costumbres y no guisa mal. Además, aunque no es joven, se conserva fuerte. Por otra parte, a causa de nuestro hijo, me parece más prudente no tener una joven.

EL MARIDO. — Ayer, sin embargo, hablaba de una pierna que se le hinchaba, ¿no recuerdas?

LA MUJER. — ¡Oh! tenemos tiempo... de aquí al primer reuma. *(Se levanta y va a buscar tazas y una bandeja de plata de un mueblecito vitrina.)*

EL MARIDO. —*(Repantigándose en el sillón.)* Este fuego me rejuvenece. Cuando haya bebido mi te, seré el más feliz de los mortales... Confiesa que a ti también te pesa un poco ese salmorejo, ¿eh?... estaba endiabladamente picante...

LA MUJER. —*(Sonriendo.)* Yo no comí más que una vez.

EL MARIDO. — ¡Eso es, llámame tragón!

LA MUJER. —*(Indulgente.)* No tenemos becadas con frecuencia y conozco tu flaco. *(Entra la criada por la puerta del fondo.)*

LA CRIADA. — ¿Llamaba la señora?

LA MUJER. —*(Con tono un poco seco.)* Tráiganos usted agua hirviendo y la lata del te.

EL MARIDO. —*(Con aire de importancia.)* Sobre todo, que esté hirviendo el agua, porque con el frío que hace en ese corredor...

LA MUJER. — Sí, agua bien hirviendo, María.

LA CRIADA. —*(Con voz inquieta.)* ¿Es que los señores piensan acostarse tarde? *(Corrigiéndose vivamente.)* No se lo pregunto a la señora para acostarme, sino...

EL MARIDO. —*(Con un poco de sorna.)* Sin duda para tener el gusto de trasnochar también, ¿no?

LA MUJER. — Usted irá a acostarse si quiere.

LA CRIADA. — Gracias, señora. *(Dirigiéndose hacia la puerta.)* Justamente esta noche no tengo sueño. *(Sale.)*

EL MARIDO. — ¿Qué le pasaría, que tenía esa cara de asustada?

LA MUJER. — ¡Qué sé yo! Probablemente que estaba ya dormitando sobre la mesa de la cocina.

EL MARIDO. — ¡Es asombroso lo floja que es esa gente! Al fin y al cabo, su servicio no es tan tremendo.

LA MUJER. — ¡Oh, si fuera uno a hacerles caso!... Cuando yo era soltera, en casa de mi madre, las criadas se pasaban la noche del sábado limpiando los bronces y ninguna pensaba en quejarse. Y, sin embargo, se las pagaba menos.

EL MARIDO. —*(Aprobando con la cabeza).* Como que a veces no cobraban ni poco ni mucho: servían por afecto, por abnegación.

LA MUJER. — Hoy se han echado a perder por completo: o son corretonas o son ladronas.

EL MARIDO. — Y bendicen el progreso; pero yo digo que el progreso es el reverso de la civilización. *(Una pausa.)* Oye: ¿y si le diéramos una sorpresa a nuestro hijo, invitándole a tomar el te con nosotros?

LA MUJER. — Me parece que poco iba a divertirse. Además, decía que esta noche le dolía la

cabeza. Debe estar durmiendo. Creo que ese chico tiene necesidad de sueño: trabaja demasiado.

El marido. — (*Pensativo.*) ¡Bah! quizás está todavía con sus libros. ¿No te has fijado en el aire tan reflexivo que toma? Es todo vida interior; no tiene nuestro temperamento expansivo, y no se sabe nunca lo que medita. (*Imitando una voz joven.*) «Sí, papá», «no, mamá», y de ahí no hay quien le saque.

La mujer. — Los jóvenes tienen sus secretos. Tonterías, después de todo; pero que no interesarían gran cosa a los viejos, si se las contasen.

El marido. — (*Pensativo.*) Gastón pronto cumplirá diez y ocho años... ¿Estás segura de que no tiene por ahí algún amorío? Vamos, sería un milagro. No lo puedo creer.

La mujer. — No me meto en sus cuestiones sentimentales, pero si sale a mí... (*pausa*) será un hombre honrado.

El marido. — (*Ingenuamente y sin darse cuenta de la impertinencia.*) Y si se parece a mí, no tendrá nunca ninguna gran pasión. (*Entra la criada, trayendo el agua hirviendo y el te.*)

La criada. — El agua hierve, señora.

La mujer. — (*Agriamente.*) ¡Tenga usted cuidado! La está derramando sobre la alfombra.

La criada. — (*Coloca la cafetera del agua delante del fuego y el te sobre el velador.*) Voy a traer el azúcar... Como la señora no lo había pedido...

La mujer. — (*Impacientada.*) ¿No podía usted hacerlo todo junto? Ahora el agua va a dejar de hervir. (*Acerca más al fuego la cafetera.*)

El marido. — ¿Qué, invitamos al chico?

La criada. — (*Que ha llegado casi a la puerta, hace un gesto de inquietud. Se detiene y se vuelve.*) ¿Señor?

La mujer. — (*Enervada.*) ¡Pero si es a mí a quien habla el señor!

El marido. — (*Insistiendo.*) ¿Hay luz en el cuarto del señorito?

La criada. — (*Vivamente, y como asustada.*) ¡Oh! no, bien seguro que no, señor... Se ha acostado... Le he oído cerrar la puerta con llave, como de costumbre.

La mujer. — (*Con acento tranquilo.*) ¿Puso usted leña en la chimenea, María?

La criada. — (*Con apresuramiento.*) Sí, señora... los leños más grandes que encontré. (*Sale.*)

El marido. — (*Suspirando.*) Bueno, pues que duerma en paz... (*Se acerca al velador, mientras su mujer echa el agua en la tetera.*) Clarito, muy clarito...

La mujer. — No temas, que no tengo ganas de desvelarnos. (*Vuelve a entrar la criada trayendo el azucarero, que deposita en el velador.*)

La criada.—¿No necesitan nada más los señores?

La mujer. — (*Secamente.*) ¡No!

(*Sale la criada. Un silencio.*)

La mujer. — (*Revolviendo su taza de te con la cucharilla.*) No cabe duda que Gastón tiene un espíritu práctico. Se ha vuelto mucho más serio desde que salió del colegio. Como que el colegio no es nada bueno para los hijos de familia... Se ha hecho más juicioso; ha pensado que podría disponer de más dinero quedándose en casita por la noche que recorriendo cafés y sitios malos... Es económico... ahorra ya... Sueña con comprar un mobiliario de *fumoir*. Le cederemos el cuartito de desahogo que hay detrás del comedor. Mandaremos abrir una puerta, y con unas esterillas japonesas, un tapiz, una lámpara de sube y baja y unas cortinas verdes, me encargo de instalárselo... Hay que tolerarle algunas fantasías para recompensarle por su buena conducta.

El marido. — ¿Pero, hija mía, no tendrás la pretensión de conservarle siempre cosidito a tus faldas, como un niño Jesús?

La mujer. — (*Con tono decidido.*) ¿Y por qué no? ¡Si se encuentra aquí a gusto!... (*Momento de silencio. Echando una mirada al reloj.*) Y esas becadas, ¿cómo van?

El marido. — Regular, regular...

La mujer. — ¿Otra tacita?

El marido. — No hay inconveniente.

(*Rumor confuso de voces en la calle*).

La mujer. — (*Tranquilamente.*) ¿No oyes? Parece una disputa.

El marido. — Borrachos... ¡Estamos en carnaval!

La mujer. — (*Poniendo atención.*) Con este frío y después de las diez, no pasan muchos borrachos por esta calle... Y es asombroso que se oiga hablar tan fuerte desde nuestro cuarto piso.

El marido. — (*Arrellanándose con beatitud en su butaca.*) Sí, hace un frío de perros esta noche.

La mujer. — (*Bostezando.*) ¿Y si nos fuéramos a la cama?

(*Una voz lastimera, muy apagada, grita en la calle: «¡al ladrón! ¡al asesino! ¡al asesino!» —* El marido *y* La mujer *se levantan y se miran. Momento de silencio.*)

El marido. — Algunos pillos sinvergüenzas...

La mujer. — (*Apiadándose.*) Quizás un crimen...

El marido. — ¡Y que por aquí no se ve nunca el pelo a un policía!

(*En la calle, la voz, cada vez más débil, continúa: «¡Socorro!... ¡Socorro!...»*)

La mujer. — (*Acercándose a la ventana.*) ¡Algún mal golpe deben haberle dado a ese!... ¡Qué claro se le oye!

El marido. — (*Doctoralmente.*) Un fenómeno debido a la intensidad del frío.

La mujer. — Si no helase tanto, abriría para ver...

El marido. — (*Con vivacidad*) ¡No faltaría más!... ¡Abrir porque gritan en la calle!... ¡Cuidado que sois fantasiosas las mujeres!... ¡Afortunadamente que los cuartos de las criadas dan al patio, que si no, las veríamos a todas en movimiento por una historia de borrachos!... Anda, vámonos a la cama. ¡Me estoy cayendo de sueño!

La mujer. — (*Todavía atenta, después de una pausa.*) Ya no se oye nada.

El marido. — (*Riendo.*) ¿Lo ves? Justo castigo de tu curiosidad. ¿Querías un drama? Pues no lo tendrás.

La mujer. — (*Cesa de escuchar, aleja el velador de la chimenea, sube la mecha del quinqué y arregla el fuego.*) Déjame que eche el resto de la cafetera sobre el fuego. Hay que tener cuidado con las chispas... Ya está.

(*Momento de silencio.* El marido *da vueltas arriba y abajo para desentumecerse las piernas y se restriega las manos. La voz deja oir de nuevo un estertor prolongado.*)

El marido. — (*Meneando la cabeza.*) ¡Hum! eso me hace el efecto de un verdadero asesinato... Cuestión de chulos, sin duda. (*Movimiento de asco.*) Mañana vendrá en el periódico, ya lo verás...

La mujer. — (*Con un resto de piedad, ingenuamente.*) No obstante, si se quisiera, en una casa como la nuestra, donde hay lo menos veinticinco inquilinos... saliendo todos a la vez... se podría defender a un desgraciado contra su asesino...

El marido. — (*Con un gesto regocijado.*) ¡Eres impagable!... Nos ves ya saliendo en masa, con bandera y todo, ¿eh? (*Castañeteando los dedos.*) Sería de un cómico... (*Con tono grave.*) No, cada uno para sí, hija mía, y la policía para todos... ¡cuando no se haga la sorda! Anda, a la cama. Me caigo materialmente de sueño... Y ese te me ha reconfortado de un modo... (*Golpe sordo que conmueve la casa.*)

La mujer. — Abren la puerta de abajo... El

portero habrá querido enterarse... *(Escucha.)*

EL MARIDO. — *(Escuchando también.)* Mucho me extrañaría. Nuestro portero es persona seria... que no pierde su tiempo en ver lo que pasa a la puerta. *(Sonriendo de su ironía.)*

LA MUJER. — Puede que sea un inquilino de vuelta del teatro.

EL MARIDO. — La señora Sacquier o el señor Levy... Sí, apostaría por el señor Levy... que así podrá darnos noticias de ese asesinato.

LA MUJER. — Mañana enviaré a María a que se entere.

EL MARIDO. — Si es la señora Sacquier, inútil interrogarla. No es de nuestro mundo, ¿sabes?... y no tengo todavía una opinión definitiva de esa dama, siempre vestida como una princesa de los bulevares...

LA MUJER. — *(Se acerca a la ventana y levanta el transparente de muselina.)* ¡Hace una noche!... ¡una helada!... Las estrellas brillan detrás de los cristales... ¡Qué bien se está en casita, con un tiempo semejante.

EL MARIDO. — ¡Tanto peor para los que se pasean por las calles! *(Escucha.)* No... nada... se acabó.

LA MUJER. — No puedo ver nada. Haría falta abrir, asomarse... *(Estremeciéndose.)* ¡Gracias; para pescar una pulmonía!... *(Mirando el reloj.)* Ya son cerca de las doce. ¡Hemos corrido una juerguecita!

EL MARIDO. — *(Jocoso.)* ¡Lúculo en casa de Lúculo! *(Se echa a reir y vuelve a restregarse las manos.)*

LA MUJER. — Así dormiremos mejor.

(Abrese bruscamente la puerta del fondo. Aparece la criada.)

ESCENA II

LA CRIADA. — *(Con los brazos en alto, el rostro desencajado por el espanto y los ojos muy dilatados. Habla con voz desesperada.)* ¡Ah, señora!... ¡Ah, señora!... *(Se vuelve inmediatamente y, con los brazos siempre en alto, llega, andando a reculones, hasta el centro de la sala, pareciendo fascinada y aterrorizada a la vez por lo que ve en el hueco obscuro de la puerta.)*

LA MUJER. — *(Precipitándose hacia ella.)* ¿Qué pasa? ¿Se vuelve usted loca?

EL MARIDO. — *(Balbuceante.)* ¿Cómo?... ¿Qué ocurre?... ¿Todavía no se ha ido usted a la cama?

(Aparece sostenido por el portero, el hijo, en traje de etiqueta, crispadas las dos manos sobre la pechera de la camisa. Tiene la cabeza caída hacia atrás, está palidísimo, y abre la boca de cuando en cuando como para respirar. Al llegar al centro de la sala deja caer los brazos, y se distingue una mancha roja en la camisa.)

LA MUJER. — ¡Gastón! *(Se precipita sobre él.)*

EL MARIDO. — ¡Hijo mío. *(Queda inmóvil, paralizado de estupor.)*

(Mientras LA MUJER, *enloquecida, hace saltar febrilmente los botones de la pechera, el hijo hace un movimiento con los labios, como si fuese a hablar. Luego, deja caer la cabeza sobre el pecho, y queda inerte entre los brazos del portero, que lo deposita en tierra.*

LA CRIADA. — *(Arrodillándose junto al cuerpo.)* ¡Ah, señora, qué desgracia!... ¡Pobre muchacho!... ¡Salía todas la noches; pero yo no me atrevía a decirles nada!...

TELON

De Santiago del Estero



LA BANDA. — Ganadores del torneo para ciclistas realizado en el velódromo local, bajo los auspicios del Club Ciclista La Banda

EN UNA REVÁLIDA DE VETERINARIA

Uno de los miembros del Tribunal, con tono doctoral, al examinado, que tirita de miedo:

— ¿Qué es lo que se recomienda como más eficaz para conservar fresca la carne de ternera?

El estudiante, después de unos momentos de angustia, balbucea.

— Se recomienda como procedimiento más eficaz, no matar a la res.

EL BASTÓN DE MARISCAL

Unas horas antes de su muerte, M. de Castelnau recibió el bastón del mariscal de Francia, que había sido la ilusión de sus últimos años. Y al recibirlo dijo estas bellas palabras: «¡Qué lástima!» Ahora que voy a salir para un país donde no me servirá de nada!

A Cristo de oro, obispo de madera; a Cristo de madera, obispo de oro. — Víctor Hugo.

CUANDO SE HABLA DE LO MEJOR EN FARMACIA

Ahora que Vd. sabe de la calidad insuperable

de nuestros productos y la bondad extricta de nuestros preparados, convendrá con nosotros, también, en que los precios de GIBSON son siempre los que convienen. No sabemos que en cualquiera de las farmacias GIBSON, la de Defensa, 192 y la de Florida, 159, se haya quejado un cliente por que se le cobrara más de lo que realmente vale lo que recibe.

Esos mismos precios y esa misma calidad, frescura y bondad, pueden conseguirse desde cualquier punto de la Capital o Interior con solo hacer los pedidos a GIBSON por carta o teléfono.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

192, DEFENSA, 192

Unica Sucursal:

FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica, del 5921 al 5925, Avenida.



SE ESTA HABLANDO DE GIBSON



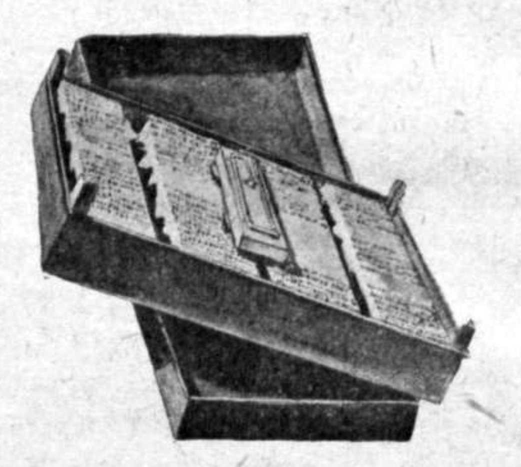
ENSAYOS DE SEMILLAS

Con renovada y continuada frecuencia se recomienda a los agricultores el empleo de buenas semillas para sus siembras; algunas de sus características, como son el volumen, su color, su peso y su aspecto, se denuncian a simple vista; pero hay una condición que es esencial para una buena semilla, y no puede comprobarse más que por medio de un ensayo, y ésta es la facultad germinativa, es decir, el por ciento de semillas que germinan.

Esta condición o característica es de suma importancia, porque de ella depende el número de plantas que van a nacer por la siembra; y mientras este resultado puede pasar inadvertido tratándose de cereales o forrajeras, porque son millones de millones de semillas que se contienen en cada bolsa que entregamos al suelo, no es lo mismo cuando se trate de forestales, pues de cada semilla se exige un árbol, o de otras raras o de elevado precio.

Pero aun así con frecuencia notan los agricultores que habiendo sembrado bastante semilla de trigo, por ejemplo, el trigal ha resultado ralo; y los estancieros, cuando siembran alfalfa, comprueban a veces que el prado no es tan tupido como hubiera podido serlo; estos resultados, negativos o deficientes, se pueden atribuír, las más de las veces, a la mala calidad de la semilla empleada, esto es, a su escaso poder germinativo.

Y esta deficiencia, además del resultado cultural mencionado, reporta un perjuicio económico, porque si, por ejemplo, pagamos la semilla de alfalfa 10 pesos los 10 kilogramos, y no tiene más que un 80 por ciento de poder germinativo, resulta que la tal semilla, en realidad, nos viene a costar pesos 12.50 los 10 kilogramos, porque de semilla buena sólo nos han dado 8 kilogramos de los 10 que nos han vendido.



Germinador Koenig, en función; se agrega un termómetro para mantenerlo a la temperatura más favorable para la germinación de las semillas.

Estos ejemplos, sencillos y de elemental evidencia, nos demuestran cómo, especialmente tratándose de semillas compradas, no deberíamos emplearlas nunca sin antes haber comprobado su bondad, al menos en lo que se refiere a su facultad germinativa.

La duración de esta facultad varía según las especies de semilla; así, mientras en la de algunos frutales no dura más que algunos meses, en los cereales puede durar 8 ó 10 años, aunque disminuye en cada año que pasa.

Las causas o factores que influyen en la duración de la facultad germinativa de las semillas son varios; la principal y preponderante es la edad, pues con el tiempo el embrión, que es el ser viviente contenido en la semilla, muere naturalmente; pero hay otras que determinan su duración: la madurez de la semilla, que le confiere su mayor desarrollo fisiológico y su más completa constitución orgánica como elemento reproductor; la temperatura demasiado baja o alta que ha sufrido la semilla; el estado de humedad excesiva del ambiente; los insectos que pueden atacar su germen; su contenido, si es de materias amiláceas, como en los cereales, de fácil conservación, o bien de substancias grasas, que pronto se alteran, como en las oleaginosas, y, en fin, las condiciones en que han sido conservadas en depósitos o graneros.

Por todas estas condiciones o circunstancias no se puede exigir que toda semilla tenga un cien por cien de poder germinativo, sino simplemente ese máximo grado que la observación y la práctica han determinado para cada especie de ellas. Así, por ejemplo, la semilla de trigo puede considerarse buena cuando tiene un 95 por ciento de granos que germinan; la de maíz, 90; la de alfalfa, 90; la de cebadilla, 80; la de festuca ovina, 70; la de cola de zorro, 50.

Pero la bondad de una semilla no se avalúa solamente por la proporción de granos que germinan, sino también por la prontitud o rapidez con que lo hacen, y esto es lo que se llama energía germinativa; y a este respecto, también cada especie, o grupos de especies, tiene una energía germinativa determinada; es decir, que mientras hay semillas, como la del berro, por ejemplo, que en 24 horas germina, la de la alfalfa puede hacerlo en 3 ó 4 días; la de cereales en 6 u 8; la de zanahoria o remolacha en 15; la de algunos árboles como la acacia, el roble y otras, en 25; la del pino silvestre en 40 y más; la del olivo en 2 años; la del datilero en más tiempo todavía.

Ahora bien; la determinación o comprobación de la facultad germinativa de la semilla es, como lo hemos visto, por demás interesante y de suma utilidad para el agricultor, el que, para saberlo o conocerla, no tiene más que remitir una muestra al agrónomo regional más próximo y pedir su ensayo, que se efectúa gratuitamente; pero si quisiera salir de la duda pronto y sin mayores trámites, puede efectuar el ensayo por sí mismo por un procedimiento muy sencillo.

Se toma un plato, se llena de arena o tierra suelta, se aplana su superficie y se riega suficientemente para que quede bien mojada; se toman cien semillas de la muestra, sin elegir, y se colocan en 10 líneas, de 10 semillas cada una, sobre la arena; se comprime apenas con la mano, para que queden adheridas, y se cubren con un pañuelo o un trapo que se tratará de conservar bien húmedo, tapando al ultimar con otro plato. Al cabo de 3 ó 4 días, según la temperatura, empezarán las semillas a germinar, y a los 8 ó 10 días habrán germinado todas las buenas y según la especie; se cuentan, y si son, por ejemplo, 85, diremos que esa semilla tiene el 85 por ciento de poder germinativo; como se ve, la operación es tan fácil que un niño puede hacerla, y no necesita aparatos especiales, pues un plato está al alcance de todos, también puede emplearse una caja de lata, vacía, que se prepara del mismo modo; en verano la germinación es muy rápida; en invierno tarda más, por esto conviene guardar la caja de germinación o los platos en una pieza abrigada o en la cocina; y, en fin, el que quiera hacer lujo compra un germinador Koenig u otro que se vende en las semillerías y que puede servir para hacer varios ensayos a la vez.

Hemos querido vulgarizar este procedimiento, considerado, por los más, como de alta técnica, cuando es tan sencillo y elemental que cualquiera puede ponerlo en práctica, hasta por entretenimiento, y también porque consideramos que ningún agricultor debería sembrar sin antes conocer el poder germinativo de la semilla, con lo que sabrá arreglar la cantidad a emplearse por hectárea y evitará así resultados poco satisfactorios en sus cultivos y asegurará, en cambio, mayores beneficios en su empresa industrial.

H U G O   M I A T E L L O

INGENIERO AGRÓNOMO


HESPERIDINA
BAGLEY
Un "cocktail preparado a base de esta deliciosa bebida, constituye hoy el
APERITIVO
preferido en los centros elegantes.



Seleccionados con la infalible guía de nuestra experiencia...

presentamos el más completo surtido de casimires que pueda ofrecerse actualmente para la

MEDIA ESTACION

Los gustos más delicados y originales a la vez que las calidades de mayor aceptación, imperan en todos nuestros casimires. Sin embargo Vd. puede encargarnos un perfecto y elegante ***traje de medida*** en casimires de media estación y le cobraremos los que se vendían a $ **135.—** al precio

REBAJADO de $ 110.--

Enviamos gratis muestras de casimires indicándonos color y precio aproximado.

GRATIS remitimos al interior ALBUM DE FIGURINES.

Sastrería de Lujo

(La más grande en Sud América.)

NO TIENE SUCURSAL



NUESTRA FABRICACION de GUITARRAS

SON MUY DISTINTAS A LAS DEMAS POR LOS MODELOS Y CALIDAD DEL MATERIAL QUE EMPLEAMOS

N.º 9. — **GUITARRA de Concierto** modelo grande, caja de nogal, tapa armónica abovedada, clavijas finas y dibujo de mosaico en la boca; se remite con método figurado para aprender a tocar sin maestro, a........ $ **20.00**

N.º 15. — **Nuestro gran reclame**, hermosa **GUITARRA** de voz potente y armoniosa con lindo ornamento de mosaico y marfilina chinesca en la boca y en el puente, diapasón perfectísimo con trastes de metal y clavijas finas y bien encordada. Se remite con método figurado con las posiciones ilustradas para aprender a tocar sin que nadie le enseña, a.......... $ **25.00**

Cualquiera de estas **GUITARRAS** puede llevar el clavijero mecánico, aumentando su precio en.................. $ **3.00**

LAS CUERDAS marca SOPRANA son las más SONORA y de mucha DURACION.

N.º 49.—**Encordado** de tripa Romana, con bordonas de seda amarilla, a pesos............ **2.40**

N.º 52.— **Encordado** de tripa Romana, trasparente con bordonas de hilo de seda violeta, a.................................. $ **3.20**

N.º 53. — **Encordado** de tripa extra Romana, colores azul o granada, con bordonas de hilo de seda amarilla canario, pesos **3.80**. Por los tres encordados juntos los remito con flete pago, por.................... $ **9.40**

Gran surtido de Acordeones de todas clases, ¡Bandoneones, Violines, etc. Catálogo ilustrado remito gratis al interior.

Casa SOPRANA, de José Carratelli

BRASIL, 1190. — BUENOS AIRES.

(A una cuadra de la estación Constitución).



Cuadro húngaro



Salvador Rueda

Por una boca tan fresca que da abrasadora sed el mirarla, entre cuyos labios resaltan enérgicamente dos apiñadas filas de dientes de azulada blancura, entra y se grietea, despidiendo caldo frío y sabroso, una tajada de sandía, que enseña a trechos simétricas semillas y despierta el apetito de quien la contempla.

En auxilio del trozo de fruto acude una mano angulosa, fuertemente tostada por el sol, que, al mismo tiempo que remete el rosado fragmento, luce en la muñeca un sucio colgante de pulsera hecho de vivos corales y enseña en las enjutas falanges sortijas, donde vuelve a repetirse el motivo del producto marino.

El rostro, por donde se pierde poco a poco el trozo de fruto, oculta su frente bajo una maraña de cabellos dejados a su monte; la nariz es marcadamente aguileña; los ojos son de una negrura siniestra, con algo del vago e indefinido mirar de los bohemios; las mejillas son obscuramente rosadas y vestidas de suave vello, y la garganta enseña por igual tendones y morbideces y recuerda el cuello de bronce de las estatuas.

El cuerpo de la figura se oculta en el vestido suelto y libre de las gitanas, donde a los flotantes pliegues y colores vivos y chillones se juntan las guarniciones airosas llenas de charros arabescos de trencillas.

En la mano izquierda sujeta la mujer un pandero de parche recio y obscuro, que apoya sobre una piedra, y a sus pies se hallan extendidos los restos de un almuerzo que devoró alegremente en unión del salvaje húngaro, que entre hacer bailar grotescamente al oso y gozar de las delicias del amor, recorre sin parar ciudades y poblaciones, y toca las sonajas para hacer indescifrable armonía a la fiera.

Como ambas personas se hallan a la salida del pueblo y nadie juzga ni observa sus acciones, el hombre abre, acabado de saborear el almuerzo, cátedra con que instruir a la fiera, y dando un fuerte tironazo de los eslabones a que se halla sujeto el animal, lo levanta del suelo y pide a la mujer las sonajas, con lo cual la función da principio, y el oso queda encaramado bestialmente sobre los pies.



En su idioma, el domador dirige reprensiones al cuadrúpedo, que éste contesta con rugidos. Lo que desea el hombre es que dé una vuelta al son ronco del parche, marcando con numérica precisión los compases.

Pero la fiera se muestra rebelde y deja caer al suelo las manos, negándose a obedecer el mandato.

Entonces, alzando el hombre el nudoso palo con que se hace entender de la bestia, déjaselo caer con terrible fuerza, a cuyo golpe el oso retrocede y arrastra por un instante al domador.

La mujer mira con indiferencia la lección, echada sobre el rastrojo, y no se inmuta en lo más mínimo ante la amenazadora actitud de la fiera.

Quizás, mientras el hombre expone su vida por ganar valerosamente la de ella, ésta deja ir el pensamiento por países lejanos, y sueña acaso con el egipcio que condujo, rendido de amor, a su lado, la ardiente caravana por el caluroso desierto y deslizó palabras de loca pasión en sus oídos.

La pereza derrama su beleño oriental por todos sus miembros y abre sus sentidos a las visiones ardientes del amor.

El peligro no haría mover de su cuerpo la más ligera fibra; antes bien, excita con más encanto su pasión el valeroso amante cuando lucha brazo a brazo con la muerte.

El monstruo se resiste a la acostumbrada obediencia; ruge y retrocede a cada brusco tirar de la cadena y amenaza con dejarse caer sobre su contrario para hacerle pedazos entre sus garras.

La mujer de nada sigue preocupándose; solamente ríe con pereza cuando la fiera da una acometida al hombre, amenazando devorarle.

Este, empeñado en imponer su autoridad a la bestia, vuelve otra vez con su

cantoría y sus extraños monosílabos a mandarle que se levante. Obedece de un modo automático y queda sostenido sobre las horribles patas traseras. A medida que suenan originales golpes sobre el pandero y se columpia la nudosa vara, colgada del brazo del hombre, la aleccionada bestia empieza a querer seguir con los movimientos del cuerpo el número y la cadencia del pandero, que repica el húngaro sin descanso.

La actitud apacible y obediente del oso incita a aproximarse a la mujer y adelanta un trecho, quedando sentada a la oriental, con los rizos cayendo sobre el cuello y las manos enlazadas perezosamente detrás de la cabeza.

Un incidente terrible, atroz, imponente, deja pálido su rostro no bien se ha acomodado en el suelo. La cadena a cuyo extremo baila atada la bestia se rompe de pronto por cerca del taladrado hocico y el oso queda dueño absoluto de su libertad.

— ¡¡Eh!! — grita poderosamente el domador, queriendo fascinarle con la voz y salvar el momento trágico y horrible.

La escena es por demás espantosa: el hombre enarbola el palo y vase en dirección al enemigo; éste mira de soslayo y se dispone a acometer; la mujer desanuda el lazo de las manos que tiene formado detrás de su cabeza y blanquea, de profundo miedo, su rostro.

El oso sacude de pronto su cuerpo aperciibiéndose para la lucha; déjase ir, por un resto de temor, no a quien le manda obedecer, sino a la mujer indefensa, y échale la tremenda zarpa encima antes de que haya podido incorporarse.

La pobre lanza un grito de espanto, defendiéndose como puede del furor de la bestia; revuélcase; imprime sus manos en el hocico, desviando de sí la muerte; incorpórase y es nuevamente derribada, hasta que el domador, llamando a su brazo toda la fuerza de sus músculos, sacude un espantoso palo en la cabeza al enfurecido oso y échase encima y forcejea con él, hasta cogerle del resto de la cadena; dale entonces fuerte tironazo, con lo cual lo deja sometido a su obediencia, no sin haber sido antes arrastrado por el suelo.

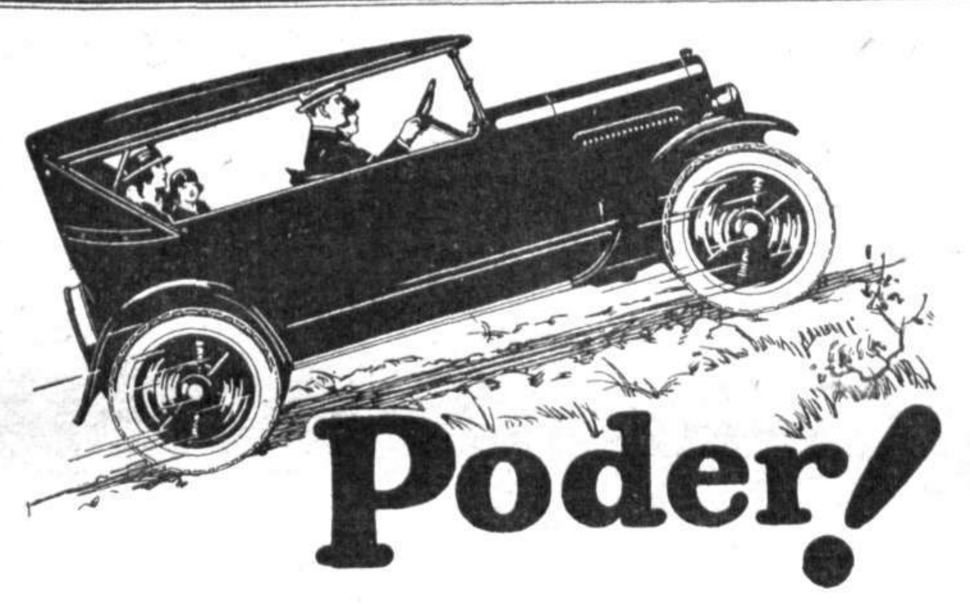
Añadida ligeramente la cadena, el hombre somete del todo al animal, le ata del robusto tronco de un árbol y vase hacia la mujer, que aun tiembla como una gota de azogue.

Embargada completamente de miedo, coge la mano de su amante, y refugiándose en su valor. se la lleva al lado izquierdo de su pecho.

El hombre, trayendo a sus ojos cuanta dulzura hay en su salvaje naturaleza, la coge amorosamente por la cintura, aproxima los labios a su boca, y donde antes sintiera la mujer el repugnante hocico de la bestia, siente ahora el manantial del amor caer beso a beso, con la claridad de un sutil goteamiento de luz...

DIBUJOS DE LARCO





La mayor fuerza del nuevo y más grande motor Overland es una revelación para los dueños. Satisface en el acto cualquier requisito de la demanda. Domina las cuestas más empinadas con sorprendente facilidad y circula muy suavemente, a bajísima velocidad, por el tráfico más denso.

Fuerza en abundancia, admirable suavidad en la marcha debido a sus muelles patentados Triplex, carrocería de acero esmaltada al horno, el eje trasero más resistente de todos los automóviles en la categoría de su precio. Estas son las evidencias sobresalientes del mayor valor intrínseco del Overland.



Chassis, Modelo 91	$ **2060.—**
Doble faeton » »	» **2895.—**
Voiturette » »	» **2895.—**
Sedan Champión	» **3900.—**
Sedan de Luxe	» **4300.—**
Cabriolet	» **4750.—**

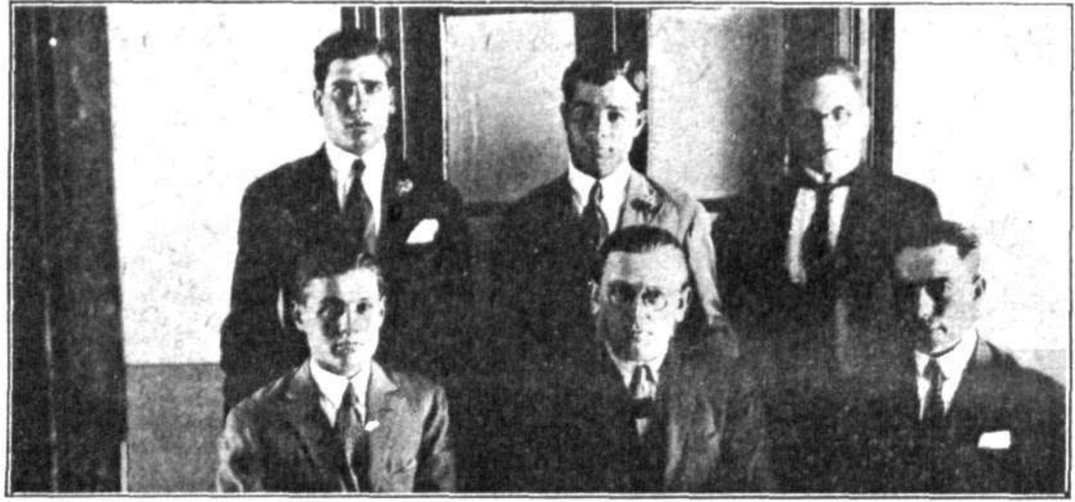
"Red Bird" Modelo 92,
doble faeton .... $ **3700.—**

El automóvil positivamente económico, con cuyo servicio se puede contar en todo terreno.

Soc. Anón. HARDCASTLE

MORENO, 745 — BUENOS AIRES

Apareció el N.º 3 de la "Revista Overland". Solicítelo al agente de su localidad, quien se lo entregará gratis.



Nueva Comisión Directiva de la "Sociedad de Empleados de Comercio" a cuya eficaz tarea débese el éxito obtenido en los festivales patrocinados por esa entidad.

LA INVENCIÓN DEL FÓSFORO.

Fué un inglés llamado Juan Walker, droguista de Stock-Outees, quien realmente inventó los fósforos de fricción, allá por el año de 1827.

Se componían éstos de una astillita de madera cubierta con una mezcla de sulfuro de antimonio, clorato potásico y goma. Eran puestos a la venta en cajitas de 24, dentro de las cuales había un papelito con las instrucciones para su uso.

Los fósforos, tal como los conocemos hoy, fueron lanzados al comercio en 1833 por cierto número de inventores simultáneamente. Uno de los más eminentes fué el austriaco Presche, quien construyó en Viena la primera fábrica de fósforos.

El empleo del fósforo natural en su fabricación ha dado lugar a gran número de envenenamientos, tanto entre los obreros empleados en su manipulación como entre el público. Los primeros, sobre todo, estaban, además, propensos a adquirir cierta enfermedad de las mandíbulas, característica de esta substancia.

Todo esto es evitado en la actualidad, pues el poco fósforo que contiene hállase en un estado alotrópico, que resulta inofensivo para la salud.



COMO SIEMPRE, LOS MAS BARATOS

TERZA Hnos. - 746, Sarmiento, 746 - Buenos Aires.

SE REMITEN CATALOGOS AL INTERIOR

Comedor de roble norteamericano o cedro-caoba, con marquetería y filetes de palo rosa, espejos biselados, mármoles «Coralinos», herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de aparador con vitrinas laterales, trinchante, mesa ovalada con 1 tabla de agregar y 6 sillas tapizadas en cuero de búfalo.

$ 465

Dormitorio 3 cuerpos, en cedro-caoba, con marquetería fina, incrustaciones con filetes de palo rosa y aplicaciones de bronce, lunas y cristales biselados, elástico patentado, 1 mesa de centro y 2 sillas.

$ 550

NUESTROS PEQUEÑOS



Federico Briasco, jockey.

Abel J. Sánchez, polichinela.



José Teramo, húngaro.



Carlos E. Schalattee, jockey.



Gregorio Tajman, boxeador.



Lidia M. Mártire, bailarina.



Concepción Rocco, velador.



Héctor Fernández, matrero.



Eduardo Lavorano, jockey.



Lelia Rubi Clauso.



Raquel Cuello, mariposa.



María Borello, pierrot.



Enrique M. Pinedi, Colón.



Delia Demarco, dama antigua.



María Rosa Garriga, sultana.



Oscar Illana, bretón.





Elvirita Montes, maja.



Catalina Nereia, sultana.

Enrique Héctor Gómez, gaucho.





Manolo Iglesias Delfino, pierrot.



Noemí E. Ferrara, directorio.





Antonio Carlos Sciucatti, fantasía.

Miguel Kiquel, polichinela.

María Leguizamón, pierrot.



Estela Parral Durand, kewpie.



Guillermo Goldstein, sultán.



Eugenia Filippini, Tutankhamón.



José Altman, doctor.



Chupita Mazzei, sultana.



Berta Salvartabein, bailarina.



J. C. Bonnesserre, príncipe.

Lucía Brull, pompadour.



Ricardo Aníbal Niro, holandés.



Lanete Trabe, bombonera.



Alberto Varela, baturro.



María R. Castagnola, mariposa.



María I. Sangines, bailarina.

VISITANTES



Emma Guzmán, pierrot. — Eloy González, cow-boy. — Felisa Ramírez, polichinela. — Idolinda Semisa, aldeana. — Luis Deceta, boxeador. — Adolfo Pascualini, mariposa. — María De Pérgola, bailarina.








Irene Elsa Lobeira, rosa. — María A. Finkeltien, billiken. — Eduardo M. Bonnesserre, dalia. — Luis Jorge Francia, boxeador. — Carlos Raúl Martínez, arlequín. — R. J. Rey Vaccarezza, cupido. — L. R. Montandon, reina de las perlas.



Irene Crosta López, esclava. — **María Luisa Fabiani, Sodoma y Gomorra.**





Nelly Riolfi, Tutankhamon. — Lilia Rosa Iberani, dama antigua.




Lucila Huesca, sultana. — **Luisa Minicuchi, fantasía.**

María Rosa Ferrer Crespo, marquesa.



Jorge Carbone, cuervo marino — Cristiana Chiclet, mariposa







Nélida A. Vecchies, bailarina. — Alfredo Perratta, sultán. — Ena Dapelo, baturro. — Ernestina Melchi, colombina. — Ivonne Porta, chino. — Etelvina Fernández, billiken. — Ilda Zagno Tutankhamon.








Raúl Luis Issaurralde, pierrot. — Amanda Cicala, hada cenicienta. — **Nélida De Alessandro, noche.** — Amelia García, cosechera. — Iris Luchiani, colombina. — Mario Heller, baturro. — Juan Poisson, pescado.

NUESTROS PEQUEÑOS VISITANTES



Herminia Diaco, billiken. — Blanca Norma Teper, billiken. — Antonio Sánchez, pierrot. — Lydia S. Maggio, holandesa. — Hebe M. Giacchino, dama antigua. — Elena Monjell, parra. — Mario Ayusso, pierrot.








Elsita Girotti, dama antigua. — María Rosa Arena, sombrero. — José F. Núñez Valencia, payaso. — María Rosa López, zíngara. — Juana M. Chiappano, bailarina. — Nélida R. Maneiro, molino. — José A. Mirabelli, boxeador.



Julieta Raimondo, "argence". — Ethel Serra, gigolette.

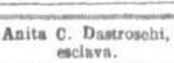




Beatriz Poggi, Salomé. — Mercedes Josefina Piccoli, criada antigua.



Enriqueta Rossel, egipcia. — Estercita Pohleny, canasta de flores.



Anita C. Dastroschi, esclava.



Angelita Parodi Ferro, fantasía. — Osvaldo Abat, pescador.









Elsa Otilia Zanfreni, fantasía. — Omar Guadasky, noche. — Emilio Miraca, pierrot. — Anita Cristiani, superstición. — Elvira F. Ortiz, payesa catalana. — Nélida A. Radicci, pierrot. — José María ... Ríos, pescador.








Carmelito Guida, holandés. — Alberto S. Frutos, pierrot Imperio. — Alfredo Blanco Alvarez, baturro. — Raúl Vásquez Varela, pierrot. — Rosa Esteiro Fi... — Alberto Gutiérrez, urraca. — Elsa Mora Mur, arlequín.



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

— Murió de apoplejía — dijo; pero por lo entonces averiguado parece ser que Stevens no esperaba fallecer de una manera repentina, porque había sacado todo su dinero del banco y sus maletas se hallaban dispuestas y cerradas.

— ¡Ah! — murmuró simplemente el detective.

— Es creencia general que, al sentir cerca los pasos de la policía en su casa, se refugió en el sótano y...

— Me gustaría visitar ese sótano — interrumpió, con su acostumbrada y siempre imprevista brusquedad el extravagante Patrick H. Doyle.

— ¿Por qué? ¿Para qué? — preguntó Ruth.

Patrick H. Doyle se puso a frotar su enorme brillante amarillo con su pañuelo de seda color naranja.

— Toda mi vida vengo eludiendo el trato con las mujeres, señora Reverly — confesó el hombre. — Usted ya sabe porqué.

— Claro que sí; porque tiene usted temores de enamorarse y ser «débil» — replicó ella.

Los verdeamarillos y profundos ojos de Doyle refulgieron como dos centellas.

— Siempre que concedo que usted es una mujer de intelecto, de las contadísimas veces que lo hago, vienen sus ridículas suposiciones a combatir tal opinión. Repetidamente le he dicho que no existe en el mundo entero hombre que posea menos desarrollado el sentimiento que Patrick H. Doyle. Me desagradan intensamente las mujeres, y una de las poderosas razones en que me apoyo es la de que ellas en todo caso meten sus «porqués». Estoy harto.

Ruth se chanceó visiblemente de él. Se advertía que el detective había perdido su poder de asombrarla con sus misantropías y brusquedades.

— ¿Pero cómo, entonces, nosotras podemos darnos cuenta de las cosas sino inquirimos con frecuentes preguntas? — replicó ella.

— Esperando a que se les expliquen — declaró él.

— Muy bien — sonrió Ruth en tono de broma: — En ese caso esperaré a que usted me diga porqué ansía visitar el sótano del «cottage».

Otra vez el ceño de Doyle se arrugó.

— En otras palabras, usted me vuelve a preguntar sobre la misma cuestión.

Y dando media vuelta se apartó algunos pasos del precipicio, encasquetándose su llamativo casco tropical y disponiéndose a irse.

Ruth le puso una de sus manos en el antebrazo.

— Si yo le prometo no hacerle... por ahora más preguntas, ¿me permite que le acompañe? — dijo.

Sonrióse Doyle con blanda condescendencia.

— Puede usted venir conmigo si lo desea — permitió.

Descendieron del precipicio y caminaron silenciosos, cruzando el campo del golf.

Varias parejas, desde no muy lejos, les siguieron con la mirada.

Es natural que se produjeran algunos comentarios acerca de las difíciles circunstancias que atravesaba la señora de Reverly.

Ruth, con el corazón henchido de esperanza y no teniendo nada que reprocharse, iba pensando, sin embargo, si haría bien en bromear y sonreir con el detective mientras su marido yacía en la prisión.

No, no; ella trabajaba noche y día por él; sus mejores pensamientos le acompañaban y, por otra parte, estaba segura de que la confianza puesta en Doyle jamás fracasaría.

Llegaron cerca de la casa que perteneciera a Jim Armstrong.

Doyle, caminando unos pasos delante, demostraba conocer el camino, que sin duda había examinado en su anterior visita, cuando se quedara solo.

El sótano hallábase en plena obscuridad, pero con el fin de enseñarlo a los presuntos compradores de la finca, que se hallaba en venta, Ruth había ordenado que se colocara una luz eléctrica allí, de modo que, ya en la puerta, dió vuelta a la llave y el subterráneo se iluminó.

Detrás del detective, observaba todos sus movimientos. Movíase de un lado a otro la cabeza de Doyle y sus ojos inquisitivos se paseaban por las paredes y el suelo sin que sus labios profirieran una sola palabra.

Lo que él esperaba encontrar no se lo podía imaginar ella. En realidad, ninguno de los dos parecía que buscaban algo determinado y concreto, entregándose en manos de la casualidad.

— Este es diferente de la mayoría de los sótanos — habló por fin Doyle.

— ¿En qué sentido? — preguntó Ruth.

El hombre se limitó a mover la cabeza.

— ¿Usted recuerda si fué Stevens o Armstrong quien hizo esto?

— Realmente no lo sé; pero esto indica «más» que una casa veraniega. Por supuesto — aclaró: — debió ser Stevens quien lo instaló así. Creo recordar que él pasó aquí varios inviernos trabajando en sus invenciones, según oí referir a mi padre — explicó ella.

— Sin embargo, no hay ninguna pieza de trabajo en la casa — objetó Doyle. — Acaso el hombre planeaba aquí y luego realizaba en otras partes. Mire las paredes.

La mujer, después de mirar con atención en la dirección indicada, quedóse mirando al detective en actitud interrogativa.

— ¿Nada de particular advierte?—preguntó éste.

— Nada, excepto que me parecen muy sólidas — dijo ella.

— Sí, lo son — asintió Doyle bromeando. — Vámonos.

Un tanto cortada por lo que ella creía su falta de perspicacia, subió las escaleras detrás de él.

Cuando, ya en la puerta de la calle, se había olvidado Ruth del pequeño incidente, vió a Gerlach, el Shériff, acompañado del detective Sánderson, que avanzaba hacia ellos.

El primero, con la gorda faz congestionada, se fué derechamente hacia Doyle.

— ¿Qué está usted haciendo en esta casa? — exclamó con tono perentorio.

Doyle, volviéndose hacia la señora de Reverly, dijo con política naturalidad:

— ¿Estoy yo equivocado o soy correcto al asegurar que fué usted quien me dijo que esta casa era de su propiedad?

— Ciertamente que sí — asintió Ruth.

El original pesquisante se volvió para enfrentarse con el Shériff.

— ¿Tiene usted alguna razón para dudar de que la señora Reverly sea la dueña del «cottage»? — preguntóle con mucha amabilidad.

— Esto constituye un negocio de testamentaría. Yo tengo derecho a inquirir sobre el asunto.

— Tiene usted derecho, el mayor derecho del mundo — volvió a decirle Doyle casi meloso... el mismo que yo poseo y que usted me concederá.

— Yo no le permito rondar por aquí — exclamó Gerlach.

Ruth, al oir la contestación de Doyle, jamás presumiera en él un tan provocativamente dulce tono.

— ¿Rondando dice usted? El que ronda es un solapado. Un rondador de tan aviesa especie es difícil que haga sus investigaciones a la luz del día y acompañado del propietario de la finca. Un rondador malévolo la visitará aprovechándose de las sombras de la noche y sin utilizar la luz eléctrica, valiéndose de una linterna sorda. ¿No? Mi querido Gerlach; me apena mucho advertir tal ignorancia en labios de un buen viejo yanqui de pura cepa.

La faz del Shériff adquirió un color purpúreo.

— Pediré una orden a la corte de justicia que le impedirá a usted entrometerse con un representante de la ley — refunfuñó amenazador.

— Consiga esa orden en seguida mientras «todavía» sea usted Shériff — le aconsejó Doyle.

Y con una galantería que seguía siendo una sorpresa para Ruth, le ofreció a ésta su brazo para apoyarse.

Al cabo de unas cincuenta yardas, detúvose ella para preguntarle verdaderamente intrigada:

— Mr. Doyle; ¿qué ocurre con John Gerlach?

— Cuando los hombres se hallan al cabo de una empresa, ya resuelta, no está mal perder algunos minutos en bagatelas — dijo el siempre extravagante personaje.

— ¿Qué quiere usted decir? — exclamó ella cada vez más curiosa.

En sus ojos notábanse ciertas humedades enternecedoras.

— Yo me he sentado de niña en las rodillas de John Gerlach; me festejaba; me regalaba juguetitos... lanchas, muñecas... ¿Y ahora he de presumir que él es un...?

Se detuvo nuevamente para establecer una pausa dolorosa.

— ¿Un qué? — preguntó Doyle.

— Bueno, yo no sé. El está demostrando una incomprensible agresividad contra Bent y contra mí; parece que quiere la culpabilidad de mi esposo y es notoria su complacencia por tenerlo detenido. Además, su actitud hacia usted es simplemente odiosa. Usted acaba de sugerirle que no permanecerá mucho tiempo en su puesto... que se halla al final de la cuerda a la que se agarra Y... usted me hace pensar que él es el asesino.

Hallábanse en el patio de la casa de ella.

Doyle, deteniéndose, comenzó a decir así:

— Cuando yo me presenté a usted la primera vez en compañía de su primo Dick, ¿no le dije que la agencia Bryan había enviado al detective Sánderson a este pueblo para investigar la muerte de Armstrong?

Ruth, prestando atención, afirmó con la cabeza.

— Pues bien; entonces usted también me preguntó quién o quiénes instigaban a la agencia y yo le contesté que no sabía; pero, ¿a usted no se le ha ocurrido que las agencias privadas proceden a sus investigaciones movidas por los premios que se ofrecen, a veces considerables? — siguió diciendo Doyle con la mejor de sus sonrisas. — Yo mismo le dije que mis honorarios serían extremadamente altos. Continúo: pocos días después de llegar aquí Sánderson, se puso al habla con Gerlach. Y yo, cuya ayuda tanto deseaba aquél, pronto fuí mal mirado, porque él deseaba para sí la gloria de capturar al asesino, comprendiendo, además, que si Patrick H. Doyle se mezclaba en la investigación, no tardarían en surgirle dificultades con sus jefes. Y entonces Sánderson decidió que era un «caso claro» proceder contra su marido de usted.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Plática transcendente de Amarrete y Robledal, por **Francisco Grandmontagne.** Dos parábolas, por **Jorge Farías Gómez.** La señorita de renta, por **Luis Cané.** La fiesta del alma, por **López de Molina.** El rival, por **Eduardo Martín.** Revisión del pasado, por **Félix Esteban Cichero.** Mañana Gris, por **José M. Braña.** Canto a Muñeca, por **José Martínez Jerez.** El libro puro, por **Pedro Herreros.** Aspecto del Valle Tulún, por **Juan Rómulo Fernández.** El sastre simplista, por **Alberto Hidalgo.** El hombre y su máscara, por **Fernán Félix de Amador.** Hasta el fin, por **H. M. Hámilton.** El teléfono homicida, por **Luis de Tinseau.** El Gerundio, por **Adriana Camby.** S. V. Q., por **Miguel de Unamuno.** El collar de perlas negras, por **Gustavo Morales.** El tío que perdió su silla, por **Arnold Bennet.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.**